Una selección de los cuentos más incitantes y perturbadores de la autora mexicana Amparo Dávila en una edición ilustrada para jóvenes.

A través de historias fantásticas y una pluma incomparable, la autora cautivará a nuevas generaciones con relatos fantásticos como El huésped, en el que una criatura acecha la tranquila vida de una mujer; o Alta cocina, una pequeña narración de la agonía de diminutos seres que se enfrentan ante su inevitable destino; además, se incluirán cuentos clásicos de Dávila como Árboles petrificados, Música concreta y Tiempo destrozado.

Los cuentos serán recreados por el pincel del ilustrador argentino Santiago Caruso para acercarlos al joven público lector.

Una selección de los cuentos más incitantes y perturbadores de la autora mexicana Amparo Dávila en una edición ilustrada para jóvenes.
A través de historias fantásticas y una pluma incomparable, la autora cautivará a nuevas generaciones con relatos fantásticos como El huésped, en el que una criatura acecha la tranquila vida de una mujer; o Alta cocina, una pequeña narración de la agonía de diminutos seres que se enfrentan ante su inevitable destino; además, se incluirán cuentos clásicos de Dávila como Árboles petrificados, Música concreta y Tiempo destrozado.
Los cuentos serán recreados por el pincel del ilustrador argentino Santiago Caruso para acercarlos al joven público lector.

Una selección de los cuentos más incitantes y perturbadores de la autora mexicana Amparo Dávila en una edición ilustrada para jóvenes.

A través de historias fantásticas y una pluma incomparable, la autora cautivará a nuevas generaciones con relatos fantásticos como El huésped, en el que una criatura acecha la tranquila vida de una mujer; o Alta cocina, una pequeña narración de la agonía de diminutos seres que se enfrentan ante su inevitable destino; además, se incluirán cuentos clásicos de Dávila como Árboles petrificados, Música concreta y Tiempo destrozado.

Los cuentos serán recreados por el pincel del ilustrador argentino Santiago Caruso para acercarlos al joven público lector.

Amparo Dávila

El huésped

Y otros relatos siniestros

a Amparo Dávila

y a las mujeres mexicanas que

sepan traspasar el claustro de lo real.

S. C.

ALTA COCINA

Cuando oigo la lluvia golpear en las ventanas vuelvo a escuchar sus gritos. Aquellos gritos que se me pegaban a la piel como si fueran ventosas. Subían de tono a medida que la olla se calentaba y el agua empezaba a hervir. También veo sus ojos, unas pequeñas cuentas negras que se les salían de las órbitas cuando se estaban cociendo.

Nacían en tiempo de lluvia, en las huertas. Escondidos entre las hojas, adheridos a los tallos, o entre la hierba húmeda. De allí los arrancaban para venderlos, y los vendían bien caros. A tres por cinco centavos regularmente y, cuando había muchos, a quince centavos la docena.

En mi casa se compraban dos pesos cada semana, por ser el platillo obligado de los domingos, y con más frecuencia si había invitados a comer. Con este guiso mi familia agasajaba a las visitas distinguidas o a las muy apreciadas. «No se pueden comer mejor preparados en ningún otro sitio», solía decir mi madre, llena de orgullo, cuando elogiaban el platillo.

Recuerdo la sombría cocina y la olla donde los cocinaban, preparada y curtida por un viejo cocinero francés; la cuchara de madera muy oscurecida por el uso y a la cocinera, gorda, despiadada, implacable ante el dolor. Aquellos gritos desgarradores no la conmovían, seguía atizando el fogón, soplando las brasas como si nada pasara. Desde mi cuarto del desván los oía chillar. Siempre llovía. Sus gritos llegaban mezclados con el ruido de la lluvia. No morían pronto. Su agonía se prolongaba interminablemente. Yo pasaba todo ese tiempo encerrado en mi cuarto con la almohada sobre la cabeza, pero aun así los oía. Cuando despertaba, a medianoche, volvía a escucharlos. Nunca supe si aún estaban vivos, o si sus gritos se habían quedado dentro de mí, en mi cabeza, en mis oídos, fuera y dentro, martillando, desgarrando todo mi ser.

A veces veía cientos de pequeños ojos pegados al cristal goteante de las ventanas. Cientos de ojos redondos y negros. Ojos brillantes, húmedos de llanto, que imploraban misericordia. Pero no había misericordia en aquella casa. Nadie se conmovía ante aquella crueldad. Sus ojos y sus gritos me seguían, y me siguen aún, a todas partes.

Algunas veces me mandaron a comprarlos; yo siempre regresaba sin ellos asegurando que no había encontrado nada. Un día

sospecharon de mí y nunca más fui enviado. Iba entonces la cocinera. Ella volvía con la cubeta llena, yo la miraba con el desprecio con que se puede mirar al más cruel verdugo, ella fruncía la chata nariz y soplaba desdeñosa.

Su preparación resultaba ser una cosa muy complicada y tomaba tiempo. Primero los colocaba en un cajón con pasto y les daba una hierba rara que ellos comían, al parecer con mucho agrado, y que les servía de purgante. Allí pasaban un día. Al siguiente los bañaban cuidadosamente para no lastimarlos, los secaban y los metían en la olla llena de agua fría, hierbas de olor y especias, vinagre y sal.

Cuando el agua se iba calentando empezaban a chillar, a chillar, a chillar… Chillaban a veces como niños recién nacidos, como ratones aplastados, como murciélagos, como gatos estrangulados, como mujeres histéricas…

Aquella vez, la última que estuve en mi casa, el banquete fue largo y paladeado.

LA SEÑORITA JULIA

La señorita Julia, como la llamaban sus compañeros de oficina, llevaba más de un mes sin dormir, lo cual empezaba a dejarle huellas. Las mejillas habían perdido aquel tono rosado que Julia conservaba, a pesar de los años, como resultado de una vida sana, metódica y tranquila. Tenía grandes y profundas ojeras y la ropa se le notaba floja. Y sus compañeros habían observado, con bastante alarma, que la memoria de la señorita Julia no era como antes. Olvidaba cosas, sufría frecuentes distracciones y lo que más les preocupaba era verla sentada, ante su escritorio, cabeceando, a punto casi de quedarse dormida. Ella que siempre estaba fresca y activa. Su trabajo había sido hasta entonces eficiente y digno de todo elogio. En la oficina empezaron a hacer conjeturas. Les resultaba inexplicable aquel cambio. La señorita Julia era una de esas muchachas de conducta intachable y todos lo sabían. Su vida podía tomarse como ejemplo de moderación y rectitud. Desde que sus hermanas menores se habían casado, Julia vivía sola en la casa que los padres les habían dejado al morir. Ella la tenía arreglada con buen gusto y escrupulosamente limpia, por lo que resultaba un sitio agradable, no obstante ser una casa vieja. Todo allí era tratado con cuidado y cariño. El menor detalle delataba el fino espíritu de Julia, quien gustaba de la música y los buenos libros: la poesía de Shelley y la de Keats, los Sonetos del portugués y las novelas de las hermanas Bronte. Ella misma se preparaba los alimentos y limpiaba la casa con verdadero agrado. Siempre se le veía pulcra; vestida con sencillez y propiedad. Debió de haber sido bella; aún conservaba una tez fresca y aquella tranquila y dulce mirada que le daba un aspecto de infinita bondad. Desde hacía algún tiempo estaba comprometida con el señor De Luna, contador de la empresa, quien la acompañaba todas las tardes desde la oficina hasta su casa. Algunas veces se quedaba a tomar un café y a oír música, mientras la señorita Julia tejía algún suéter para sus sobrinos. Cuando había un buen concierto asistían juntos; todos los domingos iban a misa y, a la salida, a tomar helados o a pasear por el bosque. Después Julia comía con sus hermanas y sobrinos; por la tarde jugaban canasta uruguaya y tomaban el té. Al oscurecer Julia volvía a su casa muy satisfecha. Revisaba su ropa y se prendía los rizos.

Hacía más de un mes que Julia no dormía. Una noche la había despertado un ruido extraño como de pequeñas patadas y carreras ligeras. Encendió la luz y buscó por toda la casa, sin encontrar nada. Trató de volver a dormirse y no pudo conseguirlo. A la noche siguiente sucedió lo mismo, y así, día tras día… Apenas comenzaba a dormirse cuando el ruido la despertaba. La pobre Julia no podía más.

Diariamente revisaba la casa de arriba abajo sin encontrar ningún rastro. Como la duela de los pisos era bastante vieja, Julia pensó que a lo mejor estaba llena de ratas, y eran estas las que la despertaban noche a noche. Contrató entonces a un hombre para que tapara todos los orificios de la casa, no sin antes introducir en los agujeros un raticida. Tuvo que pagar por este trabajo sesenta pesos, lo cual le pareció bastante caro. Esa noche se acostó satisfecha pensando que había ya puesto fin a aquella tortura. Le molestaba mucho, sin embargo, haber tenido que hacer aquel gasto, pero se repitió muchas veces que no era posible seguir en vela ni un día más. Estaba durmiendo plácidamente cuando el tan conocido ruido la despertó. Fácil es imaginar la desilusión de la señorita Julia. Como de costumbre revisó la casa sin resultado. Desesperada se dejó caer en un viejo sillón de descanso y rompió a llorar. Allí vio amanecer…

Como a las once de la mañana Julia no podía de sueño; sentía que los ojos se le cerraban y el cuerpo se le aflojaba pesadamente. Fue al baño a echarse agua en la cara. Entonces oyó que dos de las muchachas hablaban en el pasillo, junto a la escalera.

—¿Te fijaste en la cara que tiene hoy?

—Sí, desastrosa.

—No sé cómo puede presentarse a trabajar así, hasta un niño sospecharía…

—¿Entonces tú también crees…?

—¡Pero si es evidente…!

—Nunca me imaginé que la señorita Julia…

—Lo que a mí me da coraje es que se haga pasar por una santa.

—A mí me da mucho dolor verla, la pobre ya no puede ni con su alma.

—¡Claro!, a su edad…

Julia sintió que toda la sangre se le subía a la cabeza. Le comenzaron a temblar las manos y las piernas se le aflojaron. Le resultaba difícil entender aquella infamia. Un velo tibio le nubló la vista y las lágrimas rodaron por las mejillas encendidas.

La señorita Julia compró trampas para ratas, queso y veneno. Y

no permitió que Carlos de Luna la acompañara, porque le apenaba sobremanera que llegara a saber que su casa se encontraba llena de ratas. El señor De Luna podía pensar que no había la suficiente limpieza, que ella era desaseada y vivía entre alimañas. Colocó una ratonera en cada una de las habitaciones, con una ración de queso envenenado, pues pensaba que si las ratas lograban salvarse de la ratonera morirían envenenadas con el queso. Y para lograr mejores resultados y eliminar cualquier riesgo, puso un pequeño recipiente con agua, envenenada también, por si las ratas se libraban de la trampa y no gustaban del queso, pues imaginó que sentirían sed, después de su desenfrenado juego. Toda la noche escuchó ruidos, carreras, saltos, resbalones… ¡Aquellas ratas se divertían de lo lindo, pero sería su última fiesta! Este pensamiento le comunicaba algunas fuerzas y le abría la puerta de la liberación. Cuando el ruido terminó, ya en la madrugada, Julia se levantó llena de ansiedad a ver cuántas ratas habían caído en las ratoneras. No encontró una sola. Las ratoneras estaban vacías, el queso intacto. Su única esperanza era que, por lo menos, hubieran bebido el agua envenenada.

La pobre Julia empezó a probar diariamente un nuevo veneno. Y tenía que comprarlos en sitios diferentes y donde no la conocieran, pues en los lugares adonde había ido varias veces comenzaban a verla con miradas maliciosas, como sospechando algo terrible. Su situación era desesperada. Cada día sus fuerzas disminuían de manera notable. Había perdido su alegría habitual y la tranquilidad de que siempre había gozado; su aspecto comenzaba a ser deplorable y su estado nervioso, insostenible. Perdió por completo el apetito y el placer por la lectura y la música. Aunque lo intentaba, no podía interesarse en nada. Lo único que leía y estudiaba con desesperación eran unos viejos libros de farmacopea que habían pertenecido a su padre. Pensaba que su única salvación consistiría en descubrir ella misma algún poderoso veneno que acabara con aquellos diabólicos animales, puesto que ningún otro producto de los ordinarios surtía efecto en ellos.

La señorita Julia se había quedado dormida. Alguien le tocó suavemente un hombro. Despertó al instante, sobresaltada.

—El jefe la llama, señorita Julia.

Julia se restregó los ojos, muy apenada, y se empolvó ligeramente tratando de borrar las huellas del sueño. Después se encaminó hacia la oficina del señor Lemus. Apenas si llamó a la puerta. Y se sentó en el borde de la silla, estirada, tensa. El señor Lemus comenzó diciendo que siempre había estado contento con el trabajo de Julia, eficiente y

satisfactorio, pero que de algún tiempo a la fecha las cosas habían cambiado y él estaba muy preocupado por ella… Que lo había pensado bastante antes de decidirse a hablarle… Y le aseguraba que, por su parte, no había prestado atención a ciertos rumores… (esto último lo dijo bajando la vista). Julia había enrojecido por completo, se afianzó de la silla para no caer, su corazón golpeaba sordamente. No supo cómo salió de aquel privado ni si alcanzó a decir algo en su defensa. Cuando llegó a su escritorio sintió sobre ella las miradas de todos los de la oficina. Afortunadamente el señor De Luna no estaba en ese momento. Julia no hubiera podido soportar semejante humillación.

Las hermanas se dieron cuenta bien pronto de que algo muy grave sucedía a Julia. Al principio aseguraba que no tenía nada, pero a medida que las cosas empeoraron y que Julia fue perdiendo la estabilidad tuvo que confesarles su tragedia. Trataron inútilmente de calmarla y le prometieron ayudarla en todo. Junto con sus maridos revisaron la casa varias veces sin encontrar nada, lo cual las dejó muy desconcertadas. Aumentaron entonces sus cuidados y atenciones hacia la pobre hermana. Poco después decidieron que Julia necesitaba un buen descanso y que debía solicitar cuanto antes un «permiso» en su trabajo. Julia también se daba cuenta de que estaba muy cansada y que le hacía falta reponerse, pero veía con gran tristeza que sus hermanas dudaban también del único y real motivo que la tenía sumida en aquel estado. Se sentía observada por ellas hasta en los detalles más insignificantes, y ni qué decir de la oficina, donde su conducta llevaba a los compañeros a pensar en motivos humillantes y vergonzosos. La incomprensión y la bajeza de que era capaz la mayoría de la gente la habían destrozado y deprimido por completo. Recordaba constantemente aquella conversación que había tenido el infortunio de escuchar, y la reconvención del señor Lemus… y entonces las lágrimas le rodaban por las mejillas y los sollozos subían a su garganta.

La señorita Julia estaba encariñada con su trabajo, no obstante la serie de humillaciones y calumnias que a últimas fechas había tenido que sufrir. Llevaba quince años en aquella oficina, y siempre había pensado trabajar allí hasta el último día que pudiera hacerlo, a menos que se le concediera la dicha de formar un hogar como a sus hermanas. Pensaba que era poco serio andar de un trabajo en otro, y que eso no podía sentar ningún buen precedente. Después de mucho cavilar resolvió que no le quedaba más remedio que solicitar un permiso, como deseaban sus hermanas, y tratar de restablecerse.

Las relaciones de Julia con el señor De Luna se habían ido

enfriando poco a poco, y no porque esta fuera la intención de ella. Cuando empezó a sufrir aquella situación desquiciante, se rehusó a verlo diariamente como hasta entonces lo hacía, por temor a que él sospechara algo. Experimentaba una enorme vergüenza de que descubriera su tragedia. De solo imaginarlo sentía que las manos le sudaban y la angustia le provocaba náuseas. Después ya no era solo ese temor, sino que Julia no tenía tiempo para otra cosa que no fuera preparar venenos. Había improvisado un pequeñísimo laboratorio utilizando algunas cosas que se había encontrado en un cajón, y que sin duda su padre guardaba como recuerdo de sus años de farmacéutico, pues unos años antes de morir vendió la farmacia y solo se dedicaba a atender unos cuantos enfermos. En ese laboratorio Julia pasaba todos sus ratos libres y algunas horas de la noche mezclando sustancias extrañas que, la mayoría de las veces, producían emanaciones insoportables o gases que le irritaban los ojos y la garganta, ocasionándole accesos de tos y copioso lagrimeo… Así las cosas, Julia ya no tenía tiempo ni paz para sentarse a escuchar música con el señor De Luna. Se veían poco, si acaso una vez por semana y los domingos que iban a misa. Pero Julia sentía que aquel afecto era de tal solidez y firmeza que nada lo podía menoscabar. «Un sentimiento sereno y tranquilo, como una sonata de Bach; un entendimiento espiritual estrecho y profundo, lleno de pureza y alegría…». Así lo había definido Julia.

Y el señor De Luna pensaba igual que Julia respecto a la nobleza de sus relaciones, «tan raras y difíciles de encontrar, en un mundo enloquecido y lleno de perversión, en aquel desenfreno donde ya nadie tenía tiempo de pensar en su alma ni en su salvación, donde los hogares cristianos cada vez eran más escasos…» y daba gracias diariamente por aquella bella dádiva que se le había otorgado y que tal vez él no merecía. Pero Carlos de Luna era un hombre en extremo piadoso, hijo y hermano ejemplar, contador honorable y muy competente. Pertenecía con gran orgullo a la Orden de Caballeros de Colón, de cuya mesa directiva formaba parte. Ya hacía algunos años que debería haberse casado, pero él, responsable en extremo, había querido esperar a tener la consistencia moral necesaria, así como cierta tranquilidad económica que le permitiera sostener un hogar con todo lo necesario y seguir ayudando a sus ancianos padres. Había conocido a Julia desde tiempo atrás, después tuvo la suerte de trabajar en la misma oficina, lo cual facilitó la iniciación de aquella amistad que poco a poco se fue transformando en hondo afecto. A últimas fechas, el señor De Luna se hallaba muy preocupado y confuso. Julia había cambiado notablemente, y él sospechaba que algo muy grave debía de ocurrirle. Se mostraba reservada, evitaba hablarle a solas.

Empezó a sufrir en silencio aquel repentino y extraño cambio de Julia y a esperar que un día le abriera su corazón y se aclarara todo. Pero Julia cada día se alejaba más y el señor De Luna empezó a notar que en la oficina se comentaba también el cambio de Julia. Después llegaron hasta él frases maliciosas y mal intencionadas que tuvieron la virtud, primero de producirle honda indignación y, después, de prender la duda y la desconfianza en su corazón. En este estado fue a consultar su caso con el reverendo padre Cuevas, que desde hacía muchos años era su confesor y guía espiritual y quien resolvía los pocos problemas que el buen hombre tenía. El reverendo padre le aconsejó que esperara un tiempo prudente para ver si Julia volvía a ser la de antes o, de lo contrario, se alejara de ella definitivamente, ya que a lo mejor esa era una prueba palpable que daba Dios de que esa unión no convenía y estaba encaminada al fracaso y al desencanto, y podía ser, tal vez, un grave peligro para la salvación de su alma.

La señorita Julia llegó una tarde, última que trabajaba en la oficina, a pedirle a Carlos de Luna que la acompañara hasta su casa porque quería comunicarle algo importante. Este la recibió con marcada frialdad, de una manera casi hostil, como se puede ver algo que está produciendo daño o un peligro inmediato y temido. Julia, más cohibida que de costumbre por la actitud de Carlos, le relató en el camino que iba a dejar de trabajar por un tiempo porque necesitaba descanso. Carlos de Luna escuchaba sin hacer ningún comentario. Con sombrero y paraguas negros y su habitual traje oscuro tenía siempre un aire grave y taciturno, que ese día estaba más acentuado.

Julia lo invitó a pasar. Mientras hacía el café experimentaba un gran bienestar. La sola presencia del señor De Luna le producía confianza y tranquilidad. Se reprochó entonces haberlo visto tan poco durante ese último tiempo. Se reprochó también no haber tenido el valor de confiarle su tragedia. Él la hubiera confortado y juntos habrían encontrado alguna solución. Decidió entonces hablar con Carlos.

Los dos bebían el café en silencio. De pronto Julia dijo:

—Carlos… yo quisiera decirle…

—Diga, Julia.

—¿No quisiera oír algo de música?

—Como usted guste.

Julia se levantó a poner unos discos, profundamente contrariada

consigo misma. No se había atrevido, no se atrevería nunca. Las palabras se habían negado a salir. Tal vez aquella actitud demasiado seca de Carlos la había contenido. Aquella mirada tan lejana cuando ella iba a empezar a contarle su tragedia. Cogió su tejido y se sentó. Entonces Carlos de Luna comenzó a hablar, más bien a balbucear:

—Julia, yo quisiera proponerle… más bien… yo he pensado… querida Julia… yo creo que lo mejor… es decir, tomando en cuenta… Julia, por nuestro bien y salud espiritual… lo más conveniente es dar por terminado… bueno, quiero decir no llevar adelante nuestro proyecto de matrimonio…

Mientras el señor De Luna trataba de decir esto, se secó la frente con el pañuelo varias veces. Estaba tan pálido como un muerto y la voz se le quebraba constantemente. Después, un poco más calmado, siguió hablando «de la tremenda responsabilidad que el matrimonio implicaba, de los numerosos deberes y las obligaciones de los cónyuges…».

Julia estaba aún más pálida que él. El tejido había caído de sus manos y la boca se le secó completamente. El dolor y el desencanto la habían traspasado de tal manera que temía no poder decir ni una sola palabra. Haciendo un verdadero esfuerzo le aseguró que estaba de acuerdo con él, y que esa decisión, sin duda, era lo mejor para ambos.

La señorita Julia se sentía como una casa deshabitada y en ruinas; no encontraba sitio ni apoyo; se había quedado en el vacío; girando a ciegas en lo oscuro; quería dejarse ir, perderse en el sueño; olvidarlo todo. Dejó entonces de preparar venenos y de inventar trampas para las ratas. Tenía la convicción de que aquellos animales la perseguirían hasta el último día de su vida, y toda lucha contra ellos resultaría inútil. No fue más los domingos a comer con sus hermanas por no poder soportar el ruido que hacían los niños y menos aún jugar a las cartas. Tejía constantemente con manos temblorosas; de cuando en cuando se enjugaba una lágrima. Y solo interrumpía su labor para asear un poco la casa y prepararse algo de comida. A veces se quedaba, algún rato, dormida en el sillón, y esto era todo su descanso. Su hermana Mela iba todas las noches a acompañarla. Temían que algo le pasara, si la dejaban sola; tal era su estado. Y Mela, cansada de las labores de su casa, caía rendida y se dormía profundamente. A veces la despertaban los pasos de Julia que iba y venía por toda la casa buscando las ratas, «aquellas ratas infernales que no la dejaban dormir…».

Julia tenía los ojos cerrados, pero estaba despierta y escuchaba

los ruidos en la estancia… en la escalera… aquellas carreras… saltos… resbalones… después allí en su cuarto… llegando hasta su cama… debajo de la cama. Abrió los ojos y se incorporó; algo de claridad penetraba por las viejas persianas de madera. Escuchó como una estampida, una huida rápida, distinguió unas sombras alargadas y alcanzó a ver unos ojillos muy redondos, muy rojos y brillantes. Encendió la luz y saltó de la cama: ahora sí las encuentro… Después de algún rato de inútil búsqueda volvió a la cama tiritando de frío. Lloró sordamente. Se mesaba los cabellos con desesperación o se clavaba las uñas en las palmas de las manos produciéndose un daño que ya no sentía.

Aquella mañana la señorita Julia se levantó haciendo un gran esfuerzo. Dio algunos pasos tambaleante y se detuvo unos minutos frente al espejo para componerse el cabello. El rostro que vio reflejado no podía ser más desastroso. Abrió el clóset para buscar algo que ponerse y… ¡allí estaban…! Julia se precipitó sobre ellas y las aprisionó furiosamente. ¡Por fin las había descubierto…! ¡las malditas, las malditas, eran ellas…! con sus ojillos rojos y brillantes… eran ellas las que no la dejaban dormir y la estaban matando poco a poco… pero las había descubierto y ahora estaban a su merced… no volverían a correr por las noches ni a hacer ruido… estaba salvada… volvería a dormir… volvería a ser feliz… allí las tenía fuertemente cogidas… se las enseñaría a todo el mundo… a los de la oficina… a Carlos de Luna… a sus hermanas… todos se arrepentirían de haber pensado mal… se disculparían… olvidaría todo… ¡malditas, malditas…! ¡qué daño tan grande le habían hecho…! pero allí estaban… en sus manos… reía a carcajadas… las apretaba más… caminaba de un lado a otro del cuarto… estaba tan feliz de haberlas descubierto… ya había perdido toda esperanza… reía estrepitosamente… ahora estaban en su poder… ya no le harían daño nunca más… hablaba y reía… lloraba de gusto y de emoción… gritaba… gritaba… ¡qué suerte haberlas descubierto, qué suerte…! risa y llanto, gritos, carcajadas… con aquellos ojillos rojos y brillantes… gritaba… gritaba… gritaba…

Cuando Mela llegó, restregándose los ojos y bostezando, encontró a Julia apretando furiosamente su hermosa estola de martas cebellinas.

ÁRBOLES PETRIFICADOS

Es de noche, estoy acostada y sola. Todo pesa sobre mí como un aire muerto; las cuatro paredes me caen encima como el silencio y la soledad que me aprisionan. Llueve. Escucho la lluvia cayendo lenta y los automóviles que pasan veloces. El silbato de un vigilante suena como un grito agónico. Pasa el último camión de media noche. Media noche, también entonces era la media noche… Reposamos, la respiración se ha ido calmando y es cada vez más leve. Somos dos náufragos tirados en la misma playa, con tanta prisa o ninguna como el que sabe que tiene la eternidad para mirarse. Nada que no sea nosotros mismos importa ahora, sorprendidos por una verdad que sin saberlo conocíamos. Nos hemos buscado a tientas desde el otro lado del mundo, presintiéndonos en la soledad y el sueño. Aquí estamos. Reconociéndonos a través del cuerpo. Nos hemos quedado inmóviles, largo rato en silencio, uno al lado del otro. Tu mano vuelve a acariciarme y nuestros labios se encuentran. Una ola ardiente nos inunda, caemos nuevamente, nos hundimos en un agua profunda y nos perdemos juntos. Suspiras. Yo también. Estamos de vuelta. Ha pasado el tiempo, minutos o años, ya nada está igual. Todo se ha transformado. Se abren jardines y huertos; se abre una ciudad bajo el sol, y un templo olvidado resplandece. Afuera transcurre plácida la noche y en el viento llega un lejano rumor de campanas. No quisiera escucharlas. Suenan a ausencia y a muerte, y me ciño de nuevo a tu cuerpo como si me afianzara a la vida. La desesperanza florece en una pasión que está más allá de las palabras y las lágrimas. «Es muy tarde», dices. «Tendrás que irte…». Me siento al borde de la cama como si estuviera a la orilla del mundo, del espacio en que hemos navegado como planetas reencontrados. Te contemplo vistiéndote con prisa y sin cuidado, yo me pongo una bata con desgano y tengo que hacer un gran esfuerzo para levantarme y caminar hasta la puerta a despedirte. No hablamos. Pueden oírnos y descubrir que nos hemos amado apresurada y clandestinamente en esta noche que empieza a caérseme en pedazos. Las campanas siguen tocando y llegan cada vez más claras en el viento de la madrugada, su sonido nos envuelve como un agua azul llena de peces. Llegamos cogidos de la mano hasta la puerta y nos besamos allí como los que se besan en los muelles. La puerta se cierra tras de ti y es como una página que termina y uno quisiera alargar toda la vida. No logro entender que ya te has ido y que estoy de nuevo sola. Abro la ventana y el aire frío del amanecer me azota la cara. Tiemblo de pies a cabeza y comienzo de pronto a sentir miedo, miedo de que mañana, hoy, todo se desvanezca o termine como niebla que la luz deshace. Vivimos una noche que no nos pertenece, hemos robado manzanas y nos persiguen. Quiero verme

el rostro en un espejo, saber cómo soy ahora, después de esta noche… Ha llegado. La llave da vuelta en la cerradura. La puerta se abre. Voy a fingir que duermo para que no me moleste, no quiero que me interrumpa ahora que estoy en esa noche, esa que él no puede recordar, noches y días solo nuestros, que no le pertenecen. Ha entrado a ver si estoy dormida, me está mirando, suspira fastidiado, enciende un cigarrillo, busca junto al teléfono si hay recados, sale, camina por la estancia, conecta el radio, ya no hay nada, es tarde, solo music for dancing, recorre todas las estaciones, va hacia la cocina, abre el refrigerador, no ha de haber cenado, dijo que no le guardara nada, hay un poco de pollo, si quiere puede hacer un sándwich, ya tiró algo, siempre tan torpe, está cantando ahora, debe estar muy contento. Sigue lloviendo. Suenan las llantas de los automóviles en el asfalto mojado. También aquel día había llovido en la madrugada y la mañana estaba un poco fresca, ¿te acuerdas…? Llegaste muy temprano con un ramo de claveles rojos; yo me quedé con ellos entre las manos… No sé bien lo que te estoy diciendo, he caído dentro de un remolino de sorpresas y turbación. Nunca me han regalado flores, es la primera vez, quisiera decírtelo pero empezamos a hablar de cosas que no nos pertenecen mientras yo arreglo los claveles en un florero. Tú miras los libros del estante y los hojeas mostrando un desmedido interés. Sé que los dos estamos huyendo de este momento o de las palabras directas, de una emoción que nos aturde y nos ciega como una luz incandescente. Nos quedamos suspendidos sobre el instante mientras un claxon suena en la esquina como si sonara en el más remoto pasado. Ese pasado antes de ti que ahora se desvanece y pierde todo sentido. Solo tienen validez estos momentos tan honda y confusamente vividos dentro de nosotros mismos. Nos sentamos junto a la ventana y miramos hacia afuera como si estuviéramos dentro de una jaula o de una armadura. Quisiera vivir este mismo instante mañana, en un día abierto para nosotros. Pienso en una ciudad donde pudiéramos caminar por las calles sin que nadie nos conociera ni nos saludara, estar tirados en una playa sola o vagar por el campo cogidos de la mano. Quisiera conocer contigo el mundo, quisiera entrar contigo en el sueño y despertar siempre a tu lado. Te miro fijamente, quiero aprenderte bien para cuando solo quede tu recuerdo y tenga que descifrar lo que no me dices ahora. Una parte de mi vida, estos minutos, se van contigo. No sé decir las cosas que siento. Tal vez algún día te las escriba sentada frente a otra ventana. No sé tampoco hasta dónde soy feliz. Cada despedida es un estarse desangrando, un dolor que nos asesina lentamente. Estamos llenos de palabras y sentimientos, de un silencio que nos confina en nosotros mismos. Tal vez esta habitación nos queda demasiado grande o demasiado estrecha y por eso no sabemos qué hacer con nuestros cuerpos y las palabras.

Miras el reloj. El tiempo es una daga suspendida sobre nuestra cabeza. Después vendrá la tarde vacía como esas cuando no estás conmigo, cuando nos separamos y nos falta la mitad del cuerpo… Siento que me está mirando fijamente y suspira, debe estar cansado, bosteza, ha de ser ya muy tarde, bosteza otra vez y comienza a desnudarse. La ropa va cayendo sobre la silla, la cama se hunde cuando se sienta a quitarse los zapatos. Se mete bajo las cobijas pegándose a mi cuerpo y su mano empieza a acariciarme. Quisiera poder decirle que no me toque, que es inútil, que no estoy aquí, que sus labios no busquen los míos, yo ya he salido, estoy lejos conduciendo el automóvil por la avenida de los sauces, oyendo el zumbido de las llantas sobre el pavimento, viendo de reojo cómo avanza la aguja en el cuadrante, setenta, ochenta, las casas y los árboles pasan cada vez más rápido, noventa, cien, una niña llora sentada en la banqueta, necesito llegar pronto, la calle se alarga hasta la eternidad, un hombre me saluda y sonríe, no quiero hacerte esperar, paso las luces rojas, solo importa llegar, me has estado esperando a través de los días y los años, a pesar de la dicha y la desdicha, por eso es tan cierto nuestro encuentro, no hay otra manera de decirlo. Corro hacia ti y nos abrazamos largamente. Caminamos cogidos de la mano. Caminamos hacia el fin del mundo. La noche ha caído sobre nosotros como una profecía largo tiempo esperada. Las calles están desiertas, somos los únicos sobrevivientes del verano. Este viejo jardín nos estaba esperando. El tiempo ha dejado de ser una angustia. Estamos tan completos que no deseamos hacer nada, solo sentarnos en esta banca y quedarnos como dos sonámbulos dentro del mismo sueño. Los pájaros revolotean entre las ramas, caen hojas. Estamos unidos por las manos y por los ojos, por todo lo que somos hoy y hemos logrado rescatar de la rutina de los días iguales. Aquí sentados hemos estado siempre, aquí seguiremos sin despedidas ni distancias en un continuo revivir. Suenan las doce en esta noche perdurable. Han pasado mil años, han pasado un segundo o dos. Los pájaros revolotean entre las ramas, caen hojas. Miramos la fachada de una vieja iglesia entre la bruma cálida del amanecer. Miramos las columnas y los nichos como a través de un recuerdo. No hables ahora, guárdame en tus manos. Conserva la moneda, tu rostro y el mío, para tardes lluviosas en que el tedio pesa enormemente. Todo sentimiento aparte de nosotros se ha borrado. Velada por nubes altas pasa la luna como una herida luminosa en el cielo negro. Los pájaros revolotean entre las ramas, caen hojas. Se anudan las palabras en la garganta, son demasiado usadas para decirlas. Vivimos una noche siempre nuestra. Me afianzo a tus manos y a tus ojos. Es tan claro el silencio que nuestra sangre se escucha. El alumbrado de las calles ha palidecido. Ni un alma transita por ninguna parte. Los árboles que nos rodean están petrificados. Tal vez ya estamos muertos… tal vez estamos más allá de



nuestro cuerpo…

GRISELDA

La muchacha rubia se detuvo unos instantes, indecisa, frente a la puerta entornada, pero se decidió por fin a entrar. No dejó de extrañarle el total abandono del jardín, donde apenas se podía caminar por la maleza que todo lo invadía, hasta el sendero que llevaba hacia la casa, que se veía al fondo entre los altos árboles. Las plantas crecían desordenadamente: sin duda hacía tiempo que no habían sido podadas. El sol de las cuatro de la tarde era abrasador, deslumbrante, y la muchacha tenía que colocarse las manos a modo de visera para poder caminar. Un pájaro que voló a su paso la hizo sobresaltarse, y el suéter negro se quedó prendido entre las ramas espinosas de un rosal de Castilla. Lo desprendió con todo cuidado para no romperlo y resolvió llevarlo sobre el brazo. Se sentía nerviosa por haber penetrado en esa finca de una manera tan incorrecta; pero no había resistido la tentación de conocer la vieja residencia que ella siempre veía cerrada y probablemente sola, cuando pasaba en su diaria caminata hacia el correo de San Jerónimo. Esa, si se la podía llamar pequeña aventura, era algo por lo menos novedoso. Algo que rompía aunque fuera por breves instantes la monotonía de su existencia, reducida a oír las eternas lamentaciones de su madre. En eso pensaba la muchacha rubia cuando llegó hasta la orilla de una alberca que las plantas y los árboles ocultaban. Una mujer vestida también de negro se encontraba sentada en una banca bajo la sombra de un álamo. Al descubrirla, la muchacha pensó regresarse; pero la mujer ya se había percatado de su presencia, a causa de la ruidosa hojarasca.

—Perdone usted, señora, que haya entrado así, pero no resistí la curiosidad de conocer esta finca, que siempre me ha intrigado por su soledad.

—Desde hace años está abandonada, yo soy la única que viene de vez en cuando pero, no se vaya, quédese un momento a platicar; por favor, siéntese usted.

La joven titubeó y quiso inventar alguna disculpa: «sería bastante descortés no aceptar, después de haber entrado así…», y se sentó en el extremo de la banca.

—Me llamo Griselda —dijo por toda presentación la mujer que usaba unas gruesas gafas oscuras.

—Yo, Martha —correspondió la muchacha, y comenzó a

observarla de reojo. Debía tener cincuenta años o más. El cabello canoso conservaba aún algunos mechones negros. No usaba maquillaje y las gafas impedían apreciar bien sus facciones. Sin embargo, se podía advertir que aún era una mujer guapa, una mujer que debió ser muy hermosa.

—Uno siempre vuelve al sitio de sus recuerdos —dijo Griselda, como si tratara de explicar su presencia en aquella finca abandonada.

—Es verdad —contestó Martha—. Nosotros, es decir mi madre, se empeña en buscar los recuerdos de papá. Él murió hace poco tiempo.

—Cuánto lo lamento.

—Mi madre está inconsolable y quiso que nos viniéramos una temporada aquí, en donde pasábamos siempre las vacaciones y que a papá tanto le gustaba. Pero, más que otra cosa, yo sé que mamá quiere estar lejos de la ciudad y de todos. Usted sabe, yo a veces temo que ella…

—Sí, es duro y muy difícil resignarse a esas pérdidas, yo lo sé.

—Yo también he sentido mucho a papá, pero…, yo tengo esperanzas, proyectos, planes, en cambio, ella…

—Se termina todo para siempre, no queda nada ni nadie. Yo también perdí a mi marido.

Martha no supo de pronto qué decirle, conmovida por aquel tono de voz estremecido, y la desolación total que las palabras revelaban. Recordó la noche cuando su prima telefoneó para avisarle que Ricardo había muerto en Nueva York. Todo se había detenido en aquel instante, como si el tiempo y la vida misma se pararan de golpe. Se había quedado anonadada, sin saber qué hacer, qué pensar… Reparó entonces en el largo silencio en que había caído y trató de disculparse:

—Mi primer novio murió, murió repentinamente. Nos conocíamos desde niños y fue un golpe terrible.

—También él murió cuando yo menos lo hubiera creído. Era aún bastante joven, y nos queríamos de una manera tan…

—¿Fue hace mucho tiempo?

Griselda no la oyó. Se había quedado ensimisinada.

—Le voy a mostrar su retrato —dijo de pronto, como si volviera de muy lejos, y se quitó con manos temblorosas un medallón.

Al abrirlo, Martha encontró dos miniaturas notablemente logradas. El retrato de un hombre y el de Griselda. Los dos eran jóvenes y hermosos; sobre todo ella, con enormes ojos de un extraño color, azul, gris, verde. Un color increíble de humo verde azul. El cabello oscuro le caía sobre los hombros enmarcando un óvalo perfecto, y los extraordinarios ojos que Martha no podía dejar de admirar.

—Una bella pareja, y las copias muy fieles —y sintió que algo, por dentro, le dolía al contemplar a la mujer de ahora.

—Él fue muy guapo. Tanto, que las mujeres se volvían en la calle para mirarlo.

—Y usted también, señora, y qué ojos más increíbles los suyos, con un color como no he visto otros —dijo Martha al regresarle el medallón.

—A él también le encantaban.

—¿Fue hace mucho tiempo? —y al terminar la pregunta Martha reparó que era la segunda vez que la hacía.

—Sí, hace años. Estábamos aquí en esta finca, a donde veníamos a pasar el verano. Entonces había muy pocas residencias y no existía carretera; se sentía uno en pleno campo, lejos de la ciudad.

—Así me siento yo ahora, desconectada por completo de mis amigos y de mis actividades; en un aislamiento que me deprime terriblemente.

—Yo fui muy dichosa en este lugar, nunca lo olvidaré…

—En cambio para mí ha sido una verdadera tortura, sin tener qué hacer ni adónde ir; oyendo todo el día las constantes lamentaciones de mamá, o mirándola llorar sin consuelo. Hay veces que no soporto más, y me desespera no poder hacer nada, nada… Por eso salgo por las tardes, aprovechando que ella duerme un poco después de comer y son las únicas horas en que descansa, porque pasa toda la noche en vela, recorriendo la casa entre sollozos. Cuando salgo voy al correo a dejar las cartas que le escribo a mi novio que está en Mérida.

—¡Pobrecita!, es muy pesado a su edad pasar por estas

situaciones. Cuando se es viejo, uno vive ya solo de sus recuerdos, los persigue queriendo recuperarlos, como si fueran los pedazos de un objeto roto que se quisiera reconstruir.

Martha la escuchaba hablar y pensaba en la injusticia que su madre cometía con ella, al condenarla a ese aislamiento absurdo. Ya tenía bastante con haber perdido a su padre; y miraba el estanque invadido de lirios acuáticos.

—Por eso mismo no me he hecho el ánimo de vender esta finca. Aquí lo vi por última vez, aquí quedaron tantas cosas.

—Mi padre murió en México, pero mamá dice que en este lugar tiene muy bellos recuerdos y, además, como no quiere ver a nadie…

—Mi único deseo sería quedarme aquí. Sin embargo…

—¿Nunca más ha vuelto a vivir en este lugar?

—Nunca más. Solo en tardes como esta en que me escapo sin avisarle a nadie.

—Deben de haber sido muy duros todos estos años.

—No se puede usted imaginar cuánto —dijo la mujer con voz entrecortada—. Cuando lo vi muerto pensé que ya no sería posible sufrir más; después…

—¿Y no hay posibilidad de olvidar, que con el tiempo la memoria sea menos persistente y aminore la intensidad del dolor?

—No, eso sería lo más terrible de todo, lo inadmisible. Esta búsqueda continua de recuerdos, de pequeñas cosas como un olor, un sonido, o una palabra, que reconstruyan dentro de uno lo que se ha ido, es lo único que nos queda, lo único que sostiene y ayuda a seguir viviendo.

—Así piensa también mamá.

—Siempre que vuelvo aquí regreso deshecha, casi muerta. Es por eso que no me dejan venir. Cada vez revivo todo lo que pasó aquella tarde, escucho sus palabras de despedida, lo veo partir.

—¿Se fue lejos?

—No, a México solamente. Hacía el trayecto a caballo, era un estupendo jinete. Esa vez…, esa vez yo me pasé la tarde aquí junto al

estanque, bordando, hasta que anocheció. Después me fui a la casa a disponer la cena para esperarlo. Comenzó a llover. Llovía torrencialmente como llueve siempre en este lugar, y él no regresaba…

El sol estaba ocultándose; se iba la tarde. Martha miró el reloj con disimulo. Eran pasadas las seis. Su madre ya debía de haber despertado de la siesta, y la estaría esperando muy intranquila. Nunca tardaba tanto, pero ¿cómo irse ahora? No podía interrumpir el relato de la mujer.

—… yo estaba muy inquieta, como nunca lo había estado antes, con una extraña nerviosidad, como si presintiera algo. Dieron las diez, las once, habíamos recalentado la cena varias veces. Él no llegaba y seguía lloviendo, lloviendo sin cesar…

El viento refrescó la tarde y traía el perfume de los jazmines y las madreselvas. El crepúsculo se desmadejaba entre los altos árboles.

—… los relámpagos surcaban el cielo ennegrecido; no se oía el galope de su caballo, aquel galope que yo conocía hasta en sueños. Esperaba impaciente, cada vez más agitada, con un desasosiego que me roía las entrañas. De pronto entraron los mozos con él, bañado en sangre…

La voz de Griselda se deshizo en sollozos que estremecían todo su cuerpo. Martha la contemplaba muy perturbada. Hubiera querido estar ya de regreso en casa con su madre. Hubiera querido no haber entrado nunca en aquel lugar.

El olor de los jazmines y de las madreselvas comenzaba a ser demasiado fuerte, tanto que, de tan intenso, se iba tornando oscuro y siniestro, como la tarde misma y los árboles y el agua ensombrecida del estanque.

—El caballo se había asustado con un rayo —dijo Griselda recomponiéndose un poco—, y lo estrelló contra un árbol.

—¡Qué terrible! —fue lo único que supo decir Martha.

—Aquella noche decidí arrancarme los ojos… —y se llevó el pañuelo a la boca ahogando un grito.

También Martha había pensado hacer muchas cosas aquella noche, cuando se enteró de que Ricardo había muerto en Nueva York: tirarse por la ventana, tomar pastillas, aventarse al paso de un tren…

—En esos momentos uno piensa en hacer tantas cosas absurdas. Es natural.

—… me arranqué los ojos y los arrojé al estanque para que nadie más los viera —decía Griselda quitándose las gafas y cubriéndose el rostro con el pañuelo para sollozar sordamente.

Así permaneció minutos o siglos, una eternidad, mientras el viento movía las hojas de los árboles y era como otro largo sollozo que la acompañaba.

Martha no deseaba ahora sino huir cuanto antes de aquella mujer, del trágico jardín ya en sombras y del denso perfume que la envolvía.

—Debo irme, señora, ya es muy tarde —dijo poniéndose de pie y tocando suavemente el hombro de Griselda—, mi madre ha de estar preocupada por mí.

La mujer dejó de llorar y alzó la cara. Martha contempló entonces un rostro transfigurado por el dolor y dos enormes cuencas vacías; mientras los ojos de Griselda, cientos, miles de ojos, lirios en el estanque, la traspasaban con sus inmensas pupilas verdes, azules, grises, y después la perseguían apareciendo por todos lados como tratando de cercarla, de abalanzarse sobre ella y devorarla, cuando ella corría desesperada abriéndose paso entre las sombras vivas de aquel jardín.

EL HUÉSPED

Nunca olvidaré el día en que vino a vivir con nosotros. Mi marido lo trajo al regreso de un viaje.

Llevábamos entonces cerca de tres años de matrimonio, teníamos dos niños y yo no era feliz. Representaba para mi marido algo así como un mueble, que se acostumbra uno a ver en determinado sitio, pero que no causa la menor impresión. Vivíamos en un pueblo pequeño, incomunicado y distante de la ciudad. Un pueblo casi muerto o a punto de desaparecer.

No pude reprimir un grito de horror cuando lo vi por primera vez. Era lúgubre, siniestro. Con grandes ojos amarillentos, casi redondos y sin parpadeo, que parecían penetrar a través de las cosas y de las personas.

Mi vida desdichada se convirtió en un infierno. La misma noche de su llegada supliqué a mi marido que no me condenara a la tortura de su compañía. No podía resistirlo; me inspiraba desconfianza y horror. «Es completamente inofensivo —dijo mi marido mirándome con marcada indiferencia—. Te acostumbrarás a su compañía y, si no lo consigues…». No hubo manera de convencerlo de que se lo llevara. Se quedó en nuestra casa.

No fui la única en sufrir con su presencia. Todos los de la casa —mis niños, la mujer que me ayudaba en los quehaceres, su hijito— sentíamos pavor de él. Solo mi marido gozaba teniéndolo allí.

Desde el primer día mi marido le asignó el cuarto de la esquina. Era esta una pieza grande, pero húmeda y oscura. Por esos inconvenientes yo nunca la ocupaba. Sin embargo él pareció sentirse contento con la habitación. Como era bastante oscura, se acomodaba a sus necesidades. Dormía hasta el oscurecer y nunca supe a qué hora se acostaba.

Perdí la poca paz de que gozaba en la casona. Durante el día, todo marchaba con aparente normalidad. Yo me levantaba siempre muy temprano, vestía a los niños que ya estaban despiertos, les daba el desayuno y los entretenía mientras Guadalupe arreglaba la casa y salía a comprar el mandado.

La casa era muy grande, con un jardín en el centro y los cuartos distribuidos a su alrededor. Entre las piezas y el jardín había corredores que protegían las habitaciones del rigor de las lluvias y del

viento que eran frecuentes. Tener arreglada una casa tan grande y cuidado el jardín, mi diaria ocupación de la mañana, era tarea dura. Pero yo amaba mi jardín. Los corredores estaban cubiertos por enredaderas que floreaban casi todo el año. Recuerdo cuánto me gustaba, por las tardes, sentarme en uno de aquellos corredores a coser la ropa de los niños, entre el perfume de las madreselvas y de las bugambilias.

En el jardín cultivaba crisantemos, pensamientos, violetas de los Alpes, begonias y heliotropos. Mientras yo regaba las plantas, los niños se entretenían buscando gusanos entre las hojas. A veces pasaban horas, callados y muy atentos, tratando de coger las gotas de agua que se escapaban de la vieja manguera.

Yo no podía dejar de mirar, de vez en cuando, hacia el cuarto de la esquina. Aunque pasaba todo el día durmiendo no podía confiarme. Hubo veces que, cuando estaba preparando la comida, veía de pronto su sombra proyectándose sobre la estufa de leña. Lo sentía detrás de mí… yo arrojaba al suelo lo que tenía en las manos y salía de la cocina corriendo y gritando como una loca. Él volvía nuevamente a su cuarto, como si nada hubiera pasado.

Creo que ignoraba por completo a Guadalupe, nunca se acercaba a ella ni la perseguía. No así a los niños y a mí. A ellos los odiaba y a mí me acechaba siempre.

Cuando salía de su cuarto comenzaba la más terrible pesadilla que alguien pueda vivir. Se situaba siempre en un pequeño cenador, enfrente de la puerta de mi cuarto. Yo no salía más. Algunas veces, pensando que aún dormía, yo iba hacia la cocina por la merienda de los niños, de pronto lo descubría en algún oscuro rincón del corredor, bajo las enredaderas. «¡Allí está ya, Guadalupe!», gritaba desesperada.

Guadalupe y yo nunca lo nombrábamos, nos parecía que al hacerlo cobraba realidad aquel ser tenebroso. Siempre decíamos: «Allí está, ya salió, está durmiendo, él, él, él…».

Solamente hacía dos comidas, una cuando se levantaba al anochecer y otra, tal vez, en la madrugada antes de acostarse. Guadalupe era la encargada de llevarle la bandeja, puedo asegurar que la arrojaba dentro del cuarto pues la pobre mujer sufría el mismo terror que yo. Toda su alimentación se reducía a carne, no probaba nada más.

Cuando los niños se dormían, Guadalupe me llevaba la cena al

cuarto. Yo no podía dejarlos solos, sabiendo que se había levantado o estaba por hacerlo. Una vez terminadas sus tareas, Guadalupe se iba con su pequeño a dormir y yo me quedaba sola, contemplando el sueño de mis hijos. Como la puerta de mi cuarto quedaba siempre abierta, no me atrevía a acostarme, temiendo que en cualquier momento pudiera entrar y atacarnos. Y no era posible cerrarla; mi marido llegaba siempre tarde y al no encontrarla abierta, habría pensado… Y llegaba bien tarde. Que tenía mucho trabajo, dijo alguna vez. Pienso que otras cosas también lo entretenían…

Una noche estuve despierta hasta cerca de las dos de la mañana, oyéndolo afuera… Cuando desperté, lo vi junto a mi cama, mirándome con su mirada fija, penetrante… Salté de la cama y le arrojé la lámpara de gasolina que dejaba encendida toda la noche. No había luz eléctrica en aquel pueblo y no hubiera soportado quedarme a oscuras, sabiendo que en cualquier momento… Él se libró del golpe y salió de la pieza. La lámpara se estrelló en el piso de ladrillo y la gasolina se inflamó rápidamente. De no haber sido por Guadalupe que acudió a mis gritos, habría ardido toda la casa.

Mi marido no tenía tiempo para escucharme ni le importaba lo que sucediera en la casa. Solo hablábamos lo indispensable. Entre nosotros, desde hacía tiempo el afecto y las palabras se habían agotado.



Vuelvo a sentirme enferma cuando recuerdo… Guadalupe había salido a la compra y dejó al pequeño Martín dormido en un cajón donde lo acostaba durante el día. Fui a verlo varias veces, dormía tranquilo. Era cerca del mediodía. Estaba peinando a mis niños cuando oí el llanto del pequeño mezclado con extraños gritos. Cuando llegué al cuarto lo encontré golpeando cruelmente al niño. Aún no sabría explicar cómo le quité al pequeño y cómo me lancé contra él con una tranca que encontré a la mano, y lo ataqué con toda la furia contenida por tanto tiempo. No sé si llegué a causarle mucho daño, pues caí sin sentido. Cuando Guadalupe volvió del mandado, me encontró desmayada y a su pequeño lleno de golpes y de araños que sangraban. El dolor y el coraje que sintió fueron terribles. Afortunadamente el niño no murió y se recuperó pronto.

Temí que Guadalupe se fuera y me dejara sola. Si no lo hizo, fue porque era una mujer noble y valiente que sentía gran afecto por los niños y por mí. Pero ese día nació en ella un odio que clamaba venganza.

Cuando conté lo que había pasado a mi marido, le exigí que se lo llevara, alegando que podía matar a nuestros niños como trató de hacerlo con el pequeño Martín. «Cada día estás más histérica, es realmente doloroso y deprimente contemplarte así… te he explicado mil veces que es un ser inofensivo».

Pensé entonces en huir de aquella casa, de mi marido, de él… Pero no tenía dinero y los medios de comunicación eran difíciles. Sin amigos ni parientes a quienes recurrir, me sentía tan sola como un huérfano.

Mis niños estaban atemorizados, ya no querían jugar en el jardín y no se separaban de mi lado. Cuando Guadalupe salía al mercado, me encerraba con ellos en mi cuarto.

—Esta situación no puede continuar —le dije un día a Guadalupe.

—Tendremos que hacer algo y pronto —me contestó.

—¿Pero qué podemos hacer las dos solas?

—Solas, es verdad, pero con un odio…

Sus ojos tenían un brillo extraño. Sentí miedo y alegría.

La oportunidad llegó cuando menos la esperábamos. Mi marido partió para la ciudad a arreglar unos negocios. Tardaría en regresar,

según me dijo, unos veinte días.

No sé si él se enteró de que mi marido se había marchado, pero ese día despertó antes de lo acostumbrado y se situó frente a mi cuarto. Guadalupe y su niño durmieron en mi cuarto y por primera vez pude cerrar la puerta.

Guadalupe y yo pasamos casi toda la noche haciendo planes. Los niños dormían tranquilamente. De cuando en cuando oíamos que llegaba hasta la puerta del cuarto y la golpeaba con furia…

Al día siguiente dimos de desayunar a los tres niños y, para estar tranquilas y que no nos estorbaran en nuestros planes, los encerramos en mi cuarto. Guadalupe y yo teníamos muchas cosas por hacer y tanta prisa en realizarlas que no podíamos perder tiempo ni en comer.

Guadalupe cortó varias tablas, grandes y resistentes, mientras yo buscaba martillo y clavos. Cuando todo estuvo listo, llegamos sin hacer ruido hasta el cuarto de la esquina. Las hojas de la puerta estaban entornadas. Conteniendo la respiración, bajamos los pasadores, después cerramos la puerta con llave y comenzamos a clavar las tablas hasta clausurarla totalmente. Mientras trabajábamos, gruesas gotas de sudor nos corrían por la frente. No hizo entonces ruido, parecía que estaba durmiendo profundamente. Cuando todo estuvo terminado, Guadalupe y yo nos abrazamos llorando.

Los días que siguieron fueron espantosos. Vivió muchos días sin aire, sin luz, sin alimento… Al principio golpeaba la puerta, tirándose contra ella, gritaba desesperado, arañaba… Ni Guadalupe ni yo podíamos comer ni dormir, ¡eran terribles los gritos…! A veces pensábamos que mi marido regresaría antes de que hubiera muerto. ¡Si lo encontrara así…! Su resistencia fue mucha, creo que vivió cerca de dos semanas…

Un día ya no se oyó ningún ruido. Ni un lamento… Sin embargo, esperamos dos días más, antes de abrir el cuarto.

Cuando mi marido regresó, lo recibimos con la noticia de su muerte repentina y desconcertante.

ESTOCOLMO 3

A pesar de ser otoño hacía un tiempo espléndido la tarde en que yo caminaba por la colonia Juárez rumbo a la calle de Estocolmo. Allí vivían, en el número 3, desde hacía dos meses, Homero y Betty. Sin embargo, era la primera vez que iba a su nuevo departamento. Primero había sido la enfermedad de mamá, que me tuvo a su lado todo el tiempo, como sucedía siempre que algo perturbaba su salud, lo que me había impedido visitarlos. Mamá es de esas personas demasiado aprensivas a quienes hay que dedicarse en cuerpo y alma, pues si llegan a sentirse poco atendidas o descuidadas caen en fuertes crisis depresivas que ponen en peligro su recuperación. Después, por el trabajo rezagado y la intención de ponerlo al corriente se fue pasando el tiempo, y éramos tan amigos que solo por inconvenientes así se justificaba que hubieran pasado tantos días sin verlos. En el reloj de la Profesa daban las seis de la tarde cuando toqué el timbre de Estocolmo 3. Casi sin aliento llegué hasta el quinto piso, donde estaba el departamento de mis amigos.

—Pero qué agradable sorpresa.

—Por fin te dejas ver.

Y los dos comenzaron a hacerme mil reproches por el largo tiempo que había dejado de verlos, tanto, que ni siquiera conocía la nueva casa. Yo trataba de explicarles todo lo que me había ocurrido y por qué no me había sido posible visitarlos antes.

Un poco aclaradas las cosas, Betty me quitó el abrigo y se encaminó al dormitorio a dejarlo, mientras Homero me mostraba la estancia.

—Tiene una vista estupenda —decía al tiempo en que descorría la cortina para que yo pudiera admirar un magnífico panorama que el crepúsculo matizaba con tonalidades rosas y acres. Le aseguré que el departamento me parecía muy bonito, y era verdad, pues aquella pequeña estancia, lo único que conocía hasta ese momento, con su gran ventanal, muros recubiertos de madera y chimenea, era de lo más agradable y acogedor, y ellos la habían amueblado con buen gusto: un sofá amplio y dos butacas (de esas en que uno se hunde cómodamente), varios estantes llenos de libros, una mesa de trabajo, cuadros, lámparas, y muchas otras pequeñas cosas que uno gusta de ver y tener cerca.

—Los pisos altos tienen muchas ventajas —seguía diciendo

Homero.

Estuve de acuerdo con él, pero no dejé de hacerle notar que la escalera era bien pesada, y que yo aún no recobraba mi aliento. «Se acostumbra uno pronto y, además, es un buen ejercicio que lo mantiene a uno ágil y favorece la circulación». Nos sentamos y Homero siguió platicándome de lo contentos que estaban con el departamento; que cada día le descubrían mayores ventajas; que había sido una gran suerte encontrarlo en ese punto de la ciudad, tan bien comunicado, como si hubiera sido hecho precisamente para ellos, de acuerdo con sus necesidades, con una renta bastante moderada, sin ningún ruido, y donde él podía trabajar a gusto.

Betty regresó de la recámara con una caja de bombones y una cajetilla de cigarrillos y, tras ella, una muchacha rubia vestida de blanco. Al verlas llegar intenté moverme hasta un extremo del sofá para dejarles lugar donde sentarse.

—No, no te incomodes, estás bien ahí, yo me voy a sentar aquí junto a Homero —y acercó una silla.

—¿Qué opinan si tomamos un ron? —propuso Homero.

—Desde luego —afirmó Betty.

—Me parece buena idea —dije yo, que, debo confesar, estaba bastante sorprendida y desconcertada por aquella descortesía, ¿o de qué otra manera llamarla?, de no presentarme a la joven de blanco. A lo mejor pensaban que ya la conocía; pero, de todos modos… Me preguntaba también si no sería alguna pariente de Betty, pues yo no conocía a su familia que vivía en Nueva York.

—A ti no te gusta muy fuerte, ¿verdad? —recordaba Homero cuando estaba preparando las copas.

—Lo dejo a tu gusto.

—¿Y cómo está tu madre ahora? —preguntó Betty.

Comencé a informarle a grandes rasgos sobre la salud de mamá, sin dejar de observar de reojo a la muchacha, que se había quedado de pie junto a un librero mirando los volúmenes. Homero vino con las copas para Betty y para mí, luego trajo la suya y se sentó. Los dos hacían caso omiso de la muchacha y yo no me atrevía a preguntarles nada, porque su misma presencia me intimidaba y no entendía qué estaba sucediendo allí.

—Por el gusto de tenerte aquí.

—Ya teníamos ganas de verte.

—Y yo no menos que ustedes. ¿Y cómo te va con tu nuevo trabajo, Homero?

—Bastante bien. Dos o tres horas por las mañanas solamente. No se puede decir que sea pesado.

—¿Y es interesante lo que haces?

—Leer todos los periódicos, recortar notas, archivarlas, eso es todo…

—Tienes suerte, no cabe duda, pues me parece un trabajo perfecto.

—Lo mejor sería no trabajar —dijo riéndose Betty—, ¿no les parece?

Seguimos platicando un poco de todo. Homero y Betty casi se quitaban la palabra. Realmente estaban muy animados esa tarde. Entretanto, la muchacha se acercó hacia donde estábamos y se sentó en una silla de bejuco, tan frágil y fina como ella misma. Desde ahí nos observaba en silencio. Yo miré a mis amigos con mirada inquisidora, pero ellos no se dieron por aludidos, como si no quisieran tomarla en cuenta. Entonces me puse a pensar si sería una de esas personas que abusan de la amistad, que acostumbran perturbar la intimidad de amigos y vecinos, y de las que nunca se sabe cómo desembarazarse y se termina por odiarlas frenéticamente. Era indudable que ellos sabían lo que estaban haciendo. Traté, entonces, de no preocuparme demasiado por su presencia, pero tampoco lograba ignorarla, sentada allí, tan quieta, en conmovedor silencio.

Pocas veces he estado tan incómoda como esa tarde en que visité a Homero y a Betty en su departamento de Estocolmo 3. Soy de esas personas con una rígida educación y me mortifica profundamente cometer lo que a mi juicio pueda calificarse de faltas elementales de buenos modales o de cortesía. Así que, solo mediante un gran esfuerzo, lograba soportar aquella absurda y molesta situación y me decía que más tarde, o cuando hubiera oportunidad, ellos me explicarían los motivos especiales y sin duda justificados que tenían para tratar de esa manera a la muchacha de blanco. Homero insistió en que tomáramos otra copa y, mientras él la preparaba, Betty se levantó a encender las lámparas porque ya había oscurecido y apenas

si nos veíamos las caras. Al pasar junto a la muchacha tropezó con su silla, y por poco la tira al suelo; pero ni siquiera por esto fue para pedirle la más mínima disculpa y siguió como si nada hubiera ocurrido. Yo no me enteré de qué cara puso la joven, pues no me atreví a mirarla. Ahora sí ya no sabía qué pensar de todo aquello y había empezado a sufrir por la pobre chica que, sin duda, no tenía el menor sentido de la dignidad, o el tacto de irse. En fin, la gente es tan rara a veces…

Homero regresó con las copas y seguimos nuestra charla. Me contaron que les habían pintado todo el departamento según su deseo, pues antes tenía un papel tapiz oscuro que lo ensombrecía demasiado y le daba un aspecto fúnebre. También les habían puesto una estufa nueva porque la que había no funcionaba bien. El dueño del edificio era una finísima persona, que había accedido a todo cuanto ellos le solicitaron, ni siquiera fianza les había pedido, y solo habían dado una renta adelantada. Les subían la correspondencia para que no tuvieran que molestarse en bajar a recogerla; tenían agua caliente todo el día; el gas y la luz estaban incluidos en el alquiler y, en fin, Homero y Betty nunca habían soñado en encontrar un departamento con tantas ventajas como ese.

El reloj de la Profesa dio ocho campanadas que me sonaron tristísimas, así se lo dije a ellos. Betty aseguró que no tenían nada de tristes y que eran iguales a las de otros templos. Entonces fue cuando la muchacha se levantó y se encaminó hacia la recámara sin decir nada, así como había llegado.

—Por fin se va… —comenté en voz muy baja, para que ella no pudiera oírme.

—¿Quién se va?

—¿De qué hablas?

—De ella —contesté simplemente, y con la vista indiqué a la muchacha que ya entraba en el dormitorio, mientras me preguntaba qué les sucedía a Homero y a Betty.

—No te entiendo —dijo Betty.

—¿No serán los rones? —comentó, burlón, Homero.

—Nunca pensé que esto fuera una broma de ustedes —les reproché. A decir verdad, todo me parecía muy extraño.

—Esta sí que es la confusión de las lenguas —dijo Homero—. Nadie sabe de qué habla el otro.

—Claro que sí sabemos, pero ya terminen de una vez —supliqué.

—Te aseguro que no sabemos de qué…

—Bueno, de todos modos fue demasiado tenerla así, todo este tiempo —les dije.

—¿Tenerla así, dónde?

—Pero ¿cómo dónde? Aquí —y señalé la silla que acababa de desocupar la muchacha—, sentada horas y horas sin hablar, como si fuera una pobre muda. Creo que fue excesivo y desconsiderado.

—¿Sentada aquí? —comentó Betty, como sin entender, y miró a Homero fijamente.

—¿Y quién es? ¿Cómo se llama? —se me ocurrió preguntar.

—Bueno… el caso es, que… —comenzó a decir Homero mientras se frotaba las manos como solía hacerlo cuando estaba nervioso.

—¿Para dónde se fue? —preguntó de pronto Betty, interrumpiendo lo que Homero iba a decir.

—A la recámara —contesté.

Sin decir más los dos se levantaron y se dirigieron hacia el dormitorio, y yo detrás de ellos. Entramos a la recámara y no había nadie allí, solo un fuerte olor a gardenias y a nardos, un olor demasiado dulce y pegajoso, denso y oscuro, atrayente y repulsivo, que no se podía dejar de aspirar y que contraía el estómago en una náusea incontenible.

—Pero ¿tú crees que…? ¿Si será la…? —le preguntaba Betty a Homero. Betty tenía los ojos muy abiertos y le temblaba la boca al hablar.

—Uno qué sabe de esas cosas —comentó sencillamente Homero que seguía restregándose las manos, presa de una gran nerviosidad.

Yo decidí marcharme en ese momento. Además de tener el pendiente de mamá que se había quedado sola, me sentía bastante perturbada.

Después supe que Homero y Betty se mudaron de Estocolmo 3 al día siguiente. Después supe, también, muchas otras cosas.

MÚSICA CONCRETA

«Se parece a Marcela», piensa Sergio deteniéndose, y se da vuelta para observar mejor a la mujer que solo ha visto de reojo al pasar por la Librería Francesa… «¡Pero si es Marcela misma!», y no sale del asombro al comprobar que esa desaliñada y ensombrecida mujer que mira con desgano el escaparate es su amiga Marcela. Tiene urgencia de llegar a la oficina antes de las seis de la tarde pero se queda unos minutos platicando con ella. No puede impedir preguntarle antes de despedirse:

—Te noto desmejorada, ¿has estado enferma?

—No precisamente —dice Marcela con desaliento—, tal vez se debe a que duermo mal.

—Por qué no tomamos un café, cuando tú quieras, y platicamos un buen rato. Hoy me encantaría, pero tengo que revisar algunas cosas antes de que salga mi secretaria.

Se va caminando de prisa pero lleva en la mente el rostro marchito de Marcela, el notable descuido de su persona. Siente una gran incomodidad consigo mismo, algo así como remordimientos por haberla tenido tan olvidada, por verla tan poco en los últimos meses. «Me he ido llenando de trabajo y compromisos en una forma bastante absurda: ya ni siquiera puedo ver a las gentes que quiero». Todavía el año anterior se reunía a menudo con Marcela y Luis, casi todos los sábados por la noche en que oían música o se enfrascaban en discusiones sobre cualquier cosa, mientras vaciaban una o dos botellas…

«¿Qué le pasará a Marcela?», se pregunta de nuevo Sergio mientras se rasura. Piensa que tal vez ese cambio se debe al tiempo, que ya no tienen veinte años y sí están cerca de los cuarenta. Se quita la jabonadura y se contempla en el espejo con detenimiento. «No es eso, debe tener alguna cosa, algo le debe ocurrir», y le duele pensar que sea algo serio, tanto que ha ocasionado un cambio tan desastroso, y él sin saber nada. Bajo la ducha vuelve a la época de la preparatoria, cuando Marcela y él andaban siempre juntos: iban a las mismas fiestas, les encantaba caminar sin rumbo por la ciudad o mataban las horas sentados en el café, «estaba muy espigada y tal vez un poco pálida pero eso le daba un aire interesante, apenas se pintaba y recogía sus largos cabellos castaños hacia atrás como cola de caballo, era una linda muchachita», se dice Sergio. Habían estado todo ese

tiempo tan cerca uno del otro que nunca se le ocurrió preguntarse qué clase de afecto los unía. Marcela era como una parte de él mismo. Alguna vez se había puesto romántico pero no habían pasado de unos cuantos besos inocentes. Tal vez Marcela estuvo esperando a que él se decidiera, tal vez se cansó de esperar y un día se hizo novia de Luis, quién sabe… «A lo mejor ayer estaba desvelada o un poco triste sin ganas de arreglarse y no pasa nada; ella está igual que siempre y yo soy el que está haciendo una montaña, ¡qué bueno sería que solo fuera mi imaginación!». Y comienza a leer el periódico mientras desayuna hasta que deja de pensar en su amiga.

Llega a su departamento, cansado después de un día de trabajo, y como aún es buena hora llama a Marcela para concertar una cita. Una, dos, tres llamadas, quiere oír su voz alegre como siempre: «¡Ah, eres tú, Sergio, qué gusto!». Una llamada más y contesta la propia Marcela, pero no con la voz que él conoce y espera, que tiene necesidad de escuchar. Claro que sí le ha dado gusto que sea él quien la llama, lo siente, lo sabe bien, pero es indudable que algo anda mal en ella. Quedan en verse al día siguiente. Desalentado, camina por la estancia. Le molesta que Velia esté fuera de la ciudad. Por lo menos hablaría con ella de su preocupación por Marcela, pero la pobre es tan poco atinada. Ya podría haber regresado, quince días son más que suficientes para tostarse y lucirse en la playa… Decide leer un rato y busca el libro de Miller. Se tumba en un sillón; le duele ligeramente la pierna izquierda, se la frota con la mano; es un fastidio que aún le duela con el frío después de tanto tiempo, Miguel no le cree cuando se lo dice y nunca le receta nada, «estos médicos son una lata…». Se acuerda de cuando se rompió la pierna. Marcela fue realmente la única persona que lo acompañó con constancia aquellas largas tardes en el hospital; los otros se cansaron pronto; la tal Irene se fue a visitar a su madre a San Francisco. Marcela llegaba siempre muy fatigada: «Luis vendrá por la noche. Te compramos este libro. Luis dice que es muy bueno y te gustará…». Se sentaba con dificultad (esperaba entonces su segundo hijo) y le contaba todas las novedades, los chismes de los amigos, le acomodaba las almohadas o le leía, sin cansarse, hasta que la tarde se iba y llegaba la enfermera con la charola de la merienda. Luis iba siempre a buscarla, conversaban un rato más, y después se marchaban cogidos de la mano con aquel aire de novios tímidos que le hacía tanta gracia. El día que se casaron él estaba tan nervioso como el propio novio; tal vez un poco más, ya que Luis era más calmado para todo. Le parecía que Luis nunca terminaría de vestirse, que llegarían tarde; después perdieron los anillos y ya cerca de la iglesia él se pasó un «alto» y por poco se los llevan a la comisaría. Habían llegado cuando ya todo mundo estaba inquieto…

Después de las siete y media de la noche, entra Sergio en el café del Ángel y encuentra a Marcela sentada a una mesa del fondo.

—¿Hace tiempo que me esperas? —pregunta Sergio al darse cuenta de que el café que bebe Marcela está completamente frío—. No tengo remedio, siempre llego tarde —toma la mano de Marcela y la retiene entre las suyas.

—No te aflijas —dice ella—, no me acordaba si habíamos quedado de vernos a las seis y media, o a las siete y media, entonces…

—Que eso me pase a mí es casi natural —dice Sergio bromeando—, pero a ti, con esa increíble memoria que siempre has tenido y que yo tanto te envidio…

Marcela dice que su memoria ya no es la misma, que se olvida de todas las cosas o las confunde. Sergio la mira fijamente tratando de averiguar lo que le ocurre; como no tiene éxito le pregunta:

—¿Qué te pasa, Marcela, qué te ha sucedido?

Ella saca un cigarrillo y permanece callada. Sergio llama al mesero y pide dos cafés.

—No sé, todo ha sido tan confuso, tan inesperado, como un sueño desastroso, una pesadilla; a veces creo que voy a despertar y que todas las cosas estarán intactas.

Juega con su argolla de matrimonio, le da vueltas nerviosamente en el dedo, se la quita, se la pone, se la vuelve a quitar. Sergio intuye que debe ser algo de Luis, algo que le duele y le cuesta trabajo decir. Él también está incómodo, hay mucha gente en el café, mucho ruido, no están bien ahí.

—Voy a pagar la cuenta —le dice—, nos iremos a mi casa.

Marcela no responde pero acepta con la mirada. En el camino los dos hablan de cosas que no les interesan mayormente: si leíste tal libro, si viste tal película, que las noches empiezan a ser frías, que oscurece temprano, que los días no alcanzan para nada… Sergio conecta el radio del auto; la voz grave, cálida de Armstrong los envuelve. Marcela mira pasar los árboles de la avenida Tacubaya, «I'll walk along, because to tell you the truth I'll be lonely, I don't mind being lonely when my heart tells me you are lonely too», dice Armstrong.

—¿Te acuerdas —pregunta Sergio— cuando oíamos este disco hasta rayarlo?

Marcela asiente pero él sabe que no puede llevarla hacia atrás, que ella está estancada en otro momento del cual no quiere o no puede salir. Él vuelve a aquellos domingos en la tarde: Marcela, Luis y él en su pequeño cuarto de estudiante, bebiendo ron y escuchando a Armstrong. Marcela sentada en el piso con las piernas encogidas y cruzadas llevando el compás con un leve balanceo, Luis tumbado a su lado mirando el techo y él dirigiendo una orquesta invisible, poseído, arrastrado por Louis…

—Hace frío —dice Sergio y comienza a arreglar los leños para encender la chimenea.

Marcela se ha acomodado en una butaca hecha un ovillo. «Por lo menos ya no está tan tensa, pero ¿por qué no habla, por qué no cuenta lo que le pasa?». Él se dedica a preparar el café y a los pocos minutos el olor llena la estancia. Sirve las tazas y comienza a sentirse cercado por el silencio de Marcela. Es la primera vez, desde que la conoce, que no sabe de qué hablar con ella. Le pregunta si está bien de azúcar; ella dice que sí. Le ofrece un cigarrillo y él enciende otro. Marcela menea su café, Sergio se pone a hacer anillos con el humo.

—Luis me engaña y todo se ha roto entre nosotros.

Sergio la mira sin saber qué decir.

—Ha sido un golpe tremendo, como quedarse de pronto caminando sobre una cuerda floja, sin tiempo ni espacio donde situarse.

—¿Estás segura, Marcela?

—Claro que estoy segura, yo misma lo comprobé. Al principio me desconcertaba su actitud de despego hacia mí, cada vez más marcado, sus ausencias. Me inventé muchas excusas, di muchas vueltas, no quería darme cuenta.

—Debe ser algo pasajero, algún capricho —dice Sergio y va a buscar una botella.

Marcela mueve la cabeza negativamente y le alarga su copa. Él le sirve mientras piensa que las mujeres agrandan siempre las cosas; siente frío y atiza la lumbre.

—Hace apenas unos meses que lo descubrí, después supe que todo viene de tiempo atrás, varios años.

Los leños arden en grandes llamas anaranjadas cuyo resplandor le da un aspecto más desolado al rostro marchito de Marcela. Sergio se acomoda hasta el fondo de la butaca y enciende un cigarrillo.

—¿Quién es?

—Una costurera.

Él se dice que aunque las cosas estén agrandadas por Marcela existen y la han destruido, existen como esas llamas que bailan en la chimenea. No hay más que verla, que oírla, está tan sola y entristecida como una casa abandonada y en ruinas. Bebe un buen trago, la mira tan derrumbada, «¡mi pobre Marcela, la muchachita de cola de caballo!», tan de él, tan su hermana, como un brazo o algo de él mismo, así le duele. Trata, lo mejor que puede, de levantarle el ánimo, de comunicarle esperanza… solo la muerte es irremediable, todo tiene solución, las cosas pueden cambiar, será un mal momento, una experiencia dolorosa, pero siente dentro de él que sus palabras son huecas, que no sirven, que son solo palabras, deseos que no hacen milagros.

Había concertado una cena de negocios pero a última hora le avisan que se pospondrá para otra fecha. Tiene la noche libre pero no siente ganas de hacer nada ni de ver a nadie. La situación de Marcela lo ha perseguido. Por más vueltas que le ha dado al problema no encuentra qué puede hacer para ayudarla. Varias veces se propuso hablar con Luis, pero desechó la idea. Todo le parece inútil, ineficaz. «Solo ellos mismos pueden arreglar sus cosas». Sabe que nadie cambia su vida o deja de hacer algo por consejo de un amigo. Decide irse para su casa y ahí comer algo. Cuando llega encuentra a Marcela sentada en el piso cerca de la chimenea.

—¡Tú aquí, nunca pensé…! —dice Sergio sorprendido y contento de encontrarla.

—Me dijeron que volverías tarde, pero tuve una corazonada y me esperé.

—¡Qué bueno que hayas venido! —dice Sergio inclinándose a besarla—, me tienes muy preocupado.

—Es el segundo coñac —dice ella señalando el vasito que está a su lado—. He sentido mucho frío.

—Sí, hace algo —dice Sergio y va a servirse una copa. Regresa y se sienta a su lado—. ¿Has hablado con Luis, te ha dado alguna explicación?

—Varias veces hemos hablado —dice Marcela con voz desalentada— pero es inútil, lo niega todo; dice que es invención mía y cada vez se abre entre nosotros una zanja más honda. Vivimos agazapados, desconocidos, ahogados por el silencio.

—Tal vez con el tiempo… —empieza a decir Sergio, pero Marcela no lo deja terminar.

—Hay algo más que no te conté el otro día, por eso vine hoy… también me persigue.

—¿Quién? —pregunta Sergio frunciendo la frente.

—Ella. Me persigue noche tras noche, sin descanso, durante largas horas, a veces toda la noche, sé que es ella, recuerdo los ojos, reconozco sus ojos saltones, inexpresivos, sé que quiere acabar conmigo y destruirme por completo, ya no duermo, hace tiempo que no me atrevo a dormir de noche, estaría a su merced, paso las horas en vela oyendo todos los ruidos del jardín, entre ellos reconozco el suyo, sé cuando llega, cuando se acerca hasta mi ventana, cuando espía todos mis movimientos; el menor descuido me perdería, cierro las ventanas, reviso las puertas, las vuelvo a revisar, no dejo que nadie las abra, por cualquiera puede entrar y llegar hasta mí, son noches interminables oyéndola tan cerca, una tortura que me va consumiendo poco a poco hasta que se agote mi última resistencia y me destruya…

—Toma, bebe un poco —dice Sergio alcanzándole la copa. Él siente que se ha quedado bloqueado, que no ha entendido bien y quisiera preguntar y aclarar pero ella no lo deja.

—Empecé a dormir mal cuando lo descubrí todo y me pasaba las noches dando vueltas en la cama, oyendo los ruidos de la noche, ruidos lejanos, vagos, comencé a distinguir uno que sobresalía de entre los demás y que cada vez era más fuerte y más preciso, cada vez se acercaba más hasta llegar a mi ventana y ahí permanecía horas y horas, después se iba, se desvanecía a lo lejos y a la noche siguiente regresaba; así todas las noches, igual, sin descanso, una vez la descubrí, eran sus ojos, yo los conocía, muchas veces seguí a Luis con la esperanza de que fueran solo sospechas infundadas de parte mía, pero él entraba siempre en el mismo edificio, Palenque 270, y pasaban horas antes de que volviera a salir; supe que ahí vivía ella pero nunca

la había visto… Un día llegaron juntos en el auto de Luis, la alcancé a ver bien, los ojos saltones, inexpresivos, los mismos ojos que descubrí bajo mi ventana entre las hierbas…

Marcela se pasa la mano por la frente tratando de borrar una imagen; después enciende un cigarrillo. El reloj da las once de la noche, Sergio se sobresalta. Se da cuenta de que es el reloj, su reloj, el que está ahí sobre la chimenea desde hace tiempo, el que da las horas igual, de la misma manera, pero que ahora le parece distinto. Bebe un poco de coñac que también le sabe a otra cosa, con otro gusto, como si todo y él mismo hubiera cambiado. «Estoy embrutecido». Todo ha sido tan inusitado, tan confuso, que no sabe qué pensar ni cómo entender. Mil pensamientos invaden su mente como fragmentos desarticulados, como las piezas en desorden de un motor, y él no encuentra la primera pieza, el punto de donde partir para después seguir acomodando las otras. Su mente es una maraña difícil de desenredar.

—¿Tú qué harías, Sergio? —pregunta de pronto Marcela—, dímelo.

Sergio la ve como una niña acorralada a punto de precipitarse que pide ayuda.

—Estás muy nerviosa, muy agobiada, y cuando uno se encuentra así todas las cosas se transforman y se agrandan…

—No, Sergio, no son mis nervios, es su presencia ahí bajo mi ventana todas las noches, ese croar y croar y croar toda la larga noche…

—¿De qué estamos hablando, Marcela? —pregunta Sergio angustiado—, o más bien, ¿de quién estamos hablando?

—De ella, Sergio, del sapo que me acecha noche tras noche, esperando solo la oportunidad de entrar y hacerme pedazos, quitarme de la vida de Luis para siempre.

—Marcela querida, ¿no te das cuenta de que todo eso es solo una fantasía? Una fantasía a la que te ha llevado tanto tiempo sin dormir, tu ensimismamiento, el dolor mismo…

—No, Sergio, no.

—Sí, querida, el sapo no existe, es decir, los sapos sí existen pero no ese que tú crees, ella. Será un sapo cualquiera que ha tomado la costumbre de ir hasta tu ventana todas las noches…

—No me entiendes, Sergio, todo es tan difícil de explicar, por eso no te lo había contado. No sabía, no sé cómo decirlo…

—Yo te entiendo, Marcela.

—No me entiendes, no quieres entenderme. Piensas que son mis nervios o tal vez que estoy loca…

—No digas eso, yo solo pienso que estás muy nerviosa y muy destrozada.

Marcela, que ha permanecido todo el tiempo en la misma postura con las piernas encogidas, apoya la cabeza sobre las rodillas y comienza a sollozar. «Tiene la misma actitud, el mismo dolor que aquella noche, cuando supo de la muerte de su abuela», piensa Sergio y le comienza a acariciar el cabello sin decir nada. No encuentra la palabra que la alivie; se siente tan torpe y mutilado, como si de pronto se hubiera agotado interiormente y solo quedara dentro de él un embotamiento, una pesadez agobiadora (oye el timbre de la puerta), lo único que sabe es que está sufriendo con Marcela, tanto como ella y por ella (vuelve a oír el timbre); él, que siempre se ha defendido del sufrimiento y huye por sistema de todo lo que pueda causarle dolor, aquí está ahora completamente destrozado, hecho una mierda (otra vez el timbre). «¿Quién podrá ser?», se pregunta con disgusto.

—Alguien toca —dice Marcela levantando la cabeza.

—Sí —contesta Sergio.

—No quiero ver a nadie, saldré por la cocina.

—Espera, no es necesario que abra.

Vuelve a sonar el timbre y una voz de mujer llama a Sergio.

—¡Tenía que ser Velia! —dice Sergio fastidiado—, solo ella es capaz de armar tanto escándalo.

Deciden que lo mejor es abrirle antes de que despierte a todo el edificio con sus gritos. Sergio abre la puerta y Velia se precipita adentro. Besa a Sergio y después a Marcela que no se ha movido. Como espectadores mudos, la ven que empieza a quitarse el abrigo y los guantes mientras explica que no pudo avisar de su llegada. Al pasar para su casa había visto luz en el departamento y decidió darle una sorpresa y, como no le abría, comenzó a ponerse nerviosa temiendo que algo le hubiera ocurrido. «Qué podía haberme ocurrido,

no teníamos ganas de ver a nadie», piensa Sergio con disgusto y está a punto de decírselo, pero sus ojos se encuentran con los ojos verdes de Velia y el mal humor y la tirantez ceden: le dice simplemente que no pensaban que fuera ella. Velia nota que Marcela ha llorado y trata de saber lo que le ocurre, pero Marcela ya no tiene alientos para hablar.

—Me puse triste —es lo único que dice. Se despide casi inmediatamente y Sergio la acompaña hasta su automóvil.

—Te llamaré pronto —y la besa en la mejilla.

Regresa al departamento sin darse ninguna prisa. Le molesta la presencia de Velia, es cierto que la extrañaba y quería que regresara, pero no en ese momento en que tiene necesidad de estar solo con su maraña de pensamientos.

—Qué bueno es volverte a ver —dice Velia abrazándolo. Sergio la besa levemente y se sientan muy juntos.

—Fueron muchos días —dice Sergio, por decir algo, y su mano acaricia con desgano el brazo tostado de Velia, mientras piensa: «Podías haber regresado la semana pasada pero tuviste que llegar en el momento en que yo no tengo ganas de nada, ni siquiera de ti y soy un embrollo».

—¿Qué le pasa a Marcela?

—Ella te lo dijo, estaba triste y lloró.

Él prepara unas copas y oye a Velia diciendo que encuentra a Marcela muy desmejorada y como ensombrecida. Tal parece que hubiera perdido, por completo, el interés en su persona y en todo lo que la rodea.

—Sí, es notable el cambio que ha sufrido —dice Sergio regresando con las copas.

—Y tú también tienes algo, algo que no me dices…

Sergio no contesta, bebe un poco. ¿Cómo decirle lo que él mismo no entiende, lo que le da vueltas por dentro y no logra atrapar ni parar? Velia insiste en saber lo que pasa y pregunta y vuelve a preguntar.

—Estoy preocupado por Marcela —comienza a decir Sergio y termina contándole todo el problema, es decir, lo que él ha logrado

rescatar: que Luis la engaña y eso ha sido un golpe mortal para la pobre Marcela, que se ha hundido por completo; ha dejado de dormir y su sistema nervioso está sumamente alterado; sufre persecuciones de la amante de Luis, las cuales él está seguro de que solo existen en su mente. Esto es todo lo que Sergio cuenta: una historia de triángulo bastante igual a millones de historias del mismo género, pero él sabe que hay algo más, algo que ni él mismo se cuenta, y quiere quedarse solo y repasar el diálogo con Marcela, reconstruir todo lo que ella le ha contado. Pero Velia no se va y el resto de la noche tiene que transcurrir como si nada hubiera pasado. Beben otras copas, Velia comenta sus vacaciones: el tiempo era increíble, el agua deliciosamente tibia, todo mundo estaba en Acapulco, qué pena que Sergio no hubiera ido, se habría divertido mucho; aunque no le creyera, lo había extrañado una barbaridad… Preparan algo para comer, comen y hacen el amor. Después cuando Velia duerme a su lado, Sergio escucha los ruidos de la noche y vuelve a pensar en Marcela con angustia, «ahora ha de estar viviendo otra de sus noches desquiciantes».

Sergio y Velia se han encontrado en un bar de Reforma a donde van con frecuencia. Él mira con desgano la gente que entra y que sale. Las muchachas como patrón, con el peinado abultado «a la italiana», los ojos sumamente pintados y los labios pálidos; ellos con su corbata de moño y su saquito entallado.

—¿Y Marcela, has sabido algo?

Sergio dice que ha estado muy ocupado y no ha podido buscarla, ni siquiera llamarla por teléfono.

—Yo pienso que con un poco de tiempo se recuperará y se olvidará de todo —dice Velia—, hasta de Luis, ¿no te parece?

—Marcela tiene un mundo muy especial, lleno de fantasías, por eso me preocupa tanto.

—Pero ya no es una niña, Sergio. Las fantasías son propias de la niñez, es absurdo a su edad apartarse de la realidad.

Sergio la deja hablar, reconoce que es lo mismo que él se ha estado diciendo durante días y días. Él es el primero en admitir lo descabellado de la historia que se ha creado Marcela, pero también sabe que esa fantasía la está destruyendo por completo y es eso lo que lo desespera; de alguna manera él tiene que hacerla entender, despertarla de ese sueño absurdo y volverla a la realidad… Se da

cuenta de que Velia ya no dice nada y lo mira atentamente.

—Me quedé pensando en Marcela —dice apenado y le acaricia la mejilla.

Ella sonríe indulgente.

Muy temprano, en la mañana, suena el teléfono. Sergio salta de la cama atarantado. Marcela se disculpa por haberlo despertado pero necesita verlo, es muy urgente. Él también así lo siente por el tono de la voz, entrecortada y jadeante.

—Ven en cuanto puedas, ahora mismo.

Se mete a la regadera para acabar de despertar. Pensaba dormir hasta tarde como todos los domingos, pero no le pesa, hablará con Marcela de una vez por todas y todo el tiempo que sea necesario. Mientras la espera prepara café y unas tostadas, y le telefonea a Velia para que no pase a buscarlo. Él irá por ella cuando termine de hablar con Marcela.

Cuando Marcela llega se sientan a tomar el café cerca de la ventana. «Tiene un aspecto deplorable», se dice Sergio.

—Anoche —comienza a contar Marcela— todo estuvo a punto de terminar, es decir, pudo haber sido mi última noche, alguien, yo creo que Lupe, dejó abierta la puerta de la estancia que comunica al jardín, por ahí entró, yo había escuchado durante varias horas su croar y croar junto a mi ventana, después se fue alejando el ruido hasta que se perdió, pensé que se había ido y no dejó de sorprenderme… Un poco tranquila comencé a dormitar, de pronto empecé a oír algo que caía pesadamente, de tiempo en tiempo, que se iba acercando cada vez más, cada vez más, me levanté y corrí hasta la puerta de mi cuarto, ahí estaba en el hall a unos cuantos pasos de mi puerta, un salto bastaba para que entrara, ahí estaba con sus enormes ojos que parecían estar ya fuera de las órbitas a punto de lanzarse sobre mí, lo sé por las patas replegadas en actitud de salto, porque se iba inflando enfurecida ante mi vista y por su deseo de destruirme… de un golpe cerré la puerta y di vuelta a la llave, en el mismo momento la oí estrellarse contra la puerta y croar, croar, quejarse de dolor y rabia, fue un instante el que me salvó, un solo instante, di otra vuelta a la llave y me quedé pegada a la puerta escuchando, gemía dolorosamente, después oí cómo se iba yendo con su sordo golpear, sus cortos saltos pesados… yo sudaba copiosamente, después me desvanecí, cuando volví en mí ya era de día. Me metí en la cama

tratando de calentarme, tenía mucho frío y mucho miedo, no lo logré, seguía temblando de pies a cabeza, entonces te llamé…

De una manera automática Marcela se lleva a los labios la taza de café que no ha probado aún.

—Debe de estar helado —dice Sergio—, no lo tomes, voy a calentarlo —y se va a la cocina pensando: «¿cómo empezar a decirle, qué decirle?».

Regresa con el café caliente, le sirve a Marcela, se sirve él también. El sol entra y baña la estancia, son las nueve y media de la mañana de un domingo del mes de octubre, todo es real, cotidiano, tan real como la mujer que menea el café sentada frente a él, como él mismo que saborea su descanso semanal. Lo que no encaja a esa hora, son las palabras, el mundo que ella expresa.

—Te vas dejando llevar muy de prisa por tu imaginación y tus nervios excitados; detente, querida, es un camino muy peligroso, y a veces es solo un paso, un paso que se da fácilmente, después…

—Cómo es posible que me digas estas cosas —dice Marcela con gran desencanto—, que no comprendas; no es imaginación, ni sueño ni son mis nervios como tú les llamas, es una realidad aterradora, desquiciante, es estar tan cerca de la muerte que uno empieza a sentir su frío sobre los huesos.

—A veces uno sin querer —dice Sergio—, sin darse cuenta, mezcla la realidad y la fantasía y las funde, se deja atrapar en su maraña y se abandona a lo absurdo, es como irse de viaje hacia una ciudad que nunca ha existido.

—Es difícil de explicar, de creer, pero existe y tú no quieres darte cuenta; yo reconocí los ojos desde la primera noche que la sorprendí entre las plantas bajo mi ventana, la vi bien el día que iba con Luis, los mismos ojos saltones, fríos, inexpresivos, la cara demasiado grande para su corta estatura, pegada sobre los hombros, sin cuello…

Sergio se levanta y camina por la estancia, después se recarga de espaldas a la ventana y le dice:

—Tienes que darte cuenta de lo ilógico de esta situación, no es posible que sea realidad esa loca fantasía que ha creado tu imaginación, estás cansada, debilitada por el sufrimiento.

—Y la desesperación de saber que cada noche puede ser la última,

te he dicho que fue solo un instante el que me salvó, un instante, cerrar la puerta antes de que saltara sobre mí.

Sergio se da cuenta de que ella ya no puede salir de esa obsesión que la aprisiona distorsionándolo todo y que será inútil lo que él le diga.

—¿Y ahora qué hacer?, ¿si esta noche o mañana, o la otra puede ser la última?, ¿qué puedo hacer, Sergio?, perseguida, acechada sin descanso, noche a noche, minuto a minuto, sin tener el alivio del sueño, siempre atenta, escuchando, siguiendo sus movimientos como el reo que espera en su calabozo la hora final, ¿por qué ese empeño, esa saña en terminar conmigo?, ya me destrozó al arrebatarme a Luis, ¿qué más quiere?, la noche entera croando, croando, croando horriblemente, sin parar, afuera y dentro de los oídos tengo su croar, su croar estúpido y siniestro…

Sergio la ve llevarse las manos a la cabeza tratando de taparse los oídos. Siente un gran dolor, una como desollada ternura que se le anuda en la garganta; sabe que está a punto de llorar y se da vuelta, de cara a la ventana, para que ella no lo vea. Ve afuera la soleada mañana de octubre, ve pasar los automóviles por la avenida de árboles dorados, algunas personas con canastas de comida para irse al campo, ve un vendedor de flores, un lechero, el cartero que pasa en bicicleta; pasan algunas muchachas casi niñas, recuerda a la niña de cola de caballo, quisiera, quisiera irse al campo, ayer, con aquella niña, su amiga, su hermana, la parte de él que está destrozada tapándose los oídos, quisiera…

—Me voy, Sergio —dice Marcela tocándole el hombro con la mano—, quiero comer con los niños.

Sergio se vuelve sorprendido y la mira irse, sin poder decirle nada. Se asoma de nuevo a la ventana: ve partir el automóvil de Marcela y después perderse por la avenida. Marca el número de Velia y le pide que pase a buscarlo; al colgar la bocina se arrepiente de haberla llamado, hubiera sido mejor estar solo, pero tampoco eso quiere, en realidad no quiere nada, tal vez con una copa se sienta mejor, tal vez, pero él ya no puede tener paz, sufre por Marcela como con una enfermedad que de pronto hubiera adquirido, un mal insufrible que no se puede hacer a un lado porque está ahí fijo, doliendo constantemente.

Velia lo encuentra cabizbajo. Pasean un rato por el bosque lleno de niños y de globos. Él apenas habla, se deja llevar. Después en el bar

le cuenta a Velia sus temores, la inutilidad de su esfuerzo y el dolor que le produce no poder hacer nada por Marcela. Cuando terminan de comer Velia le pregunta qué quiere hacer, adónde quiere ir.

—Adonde tú quieras, me da lo mismo.

Pasean por la ciudad desierta como todas las tardes de domingo, bajo un cielo pesado, agobiante, incendiado por un crepúsculo prematuro. Pasean un buen rato en silencio, sin rumbo, hasta que el aire fresco de la tarde les azota el rostro como un látigo de hielo; Velia detiene el auto y sube el capacete. Siguen vagando hacia ninguna parte. «Sería bueno ver a la costurera», se le ocurre de pronto a Sergio, pero ¿para qué?, ¿qué decirle?… tal vez hablarle del estado en que se encuentra Marcela, explicarle lo grave de la situación, quizá insinuarle que se vaya un tiempo de la ciudad, a lo mejor con eso Marcela se tranquilice, el saberla lejos la mejore… le parece una idea descabellada, sería una comisión que él nunca hubiera aceptado… ¡pobre muchacha!, su único delito era haberse enamorado de un hombre ajeno. Después de todo, ese tipo de relaciones siempre le han despertado lástima, ¿por qué no decirlo?, también simpatía; siempre viviendo a la sombra sin poder dar la cara, abrazándose a oscuras, a hurtadillas, abortando al segundo mes llenas de dolor y miedo, botadas con los años como un costal de huesos inservibles. Realmente les tiene mucha lástima. Piensa que debe ser una buena muchacha, piensa que se conmoverá al saber cómo se encuentra Marcela, Palenque 270…

Le pide a Velia que lo lleve a la calle de Palenque donde vive la amante de Luis. Velia lo mira muy sorprendida:

—Pero tú, ¿qué vas a hacer ahí?

—No lo sé muy bien, pero siento que hablar con ella es mi único recurso y lo voy a intentar.

Velia lo deja en la esquina del edificio y se queda esperándolo.

Sergio sube hasta el tercer piso y toca el timbre del departamento 15. Nadie responde. Teme que por ser domingo haya salido. Vuelve a tocar. Una muchacha sin edad abre la puerta, Sergio sabe que es ella y le dice que quiere hablarle. La muchacha se le queda viendo entre sorprendida y temerosa. Del departamento salen unos extraños y confusos ruidos.

—¿Me permite pasar?

Ella no responde y hace el intento de cerrar la puerta. Sergio la detiene, introduciéndose al departamento. Localiza los extraños sonidos que escuchó al abrirse la puerta saliendo de un radio: «debe ser música concreta o algo por el estilo, tal vez el programa dominical de Radio Mil», piensa Sergio mientras da una rápida mirada al departamento: una larga mesa de cortar, una máquina eléctrica de coser, un maniquí negro, un espejo, otros muebles… La muchacha lo observa atentamente sin ofrecerle una silla pero él toma asiento. Entonces ella hace lo mismo colocándose frente a él y desde ahí lo mira; él también la mira con extrañeza mientras saca un cigarrillo y lo enciende. «Bastante rara la tipa», piensa Sergio.

—He venido para hablarle de Marcela.

—¿De quién? —pregunta ella con una vocecita meliflua y gelatinosa que se le atraganta a Sergio.

—De mi amiga Marcela, la esposa de Luis —dice Sergio irritado por la necia pregunta.

En el rostro de ella se medio dibuja una sonrisa entre burlona y despectiva, dice algo que Sergio no alcanza a escuchar bien, algo que él interpreta como un «no sé de qué me habla». Él siente que no se le puede oír porque habla como para adentro de ella misma y porque los desagradables sonidos, como gritos inarticulados, han aumentado en intensidad. Sergio mira hacia el radio pero ella no hace nada por bajar el volumen, como si no le molestara el ruido o no se diera cuenta de él. Sergio empieza a hablarle de Marcela, a describir lo mejor que puede el dolor de su amiga, su desplome interior, sus nervios destrozados; le dice, le explica, vuelve a explicar, habla solo, ella no contesta, «no hay comunicación, no le interesa nada, no le conmueve nada», calla, pero él sabe que no es el silencio de los seres enigmáticos sino el de aquellos que no tienen nada que decir, y la música, es decir, esos como ruidos destemplados cada vez más fuertes, intolerablemente fuertes y violentos como una agresión, envolviéndolos, ahogándolos… él vuelve a hablar, a explicar; sugiere que se vaya un tiempo, sería lo más conveniente para todos. Ella solo lo mira y lo mira fijamente; de vez en cuando él ve la misma sonrisa, su utilizada sonrisa de máscara que le adelgaza aún más los labios alargándolos. Sergio habla cada vez más alto para hacerse oír, ella lo mira como burlándose de su empeño; él tampoco puede dejar de mirarla, la cara es demasiado grande para su corta estatura, no tiene casi cuello, como si tuviera la cabeza pegada a los hombros… Ahora ya no sugiere, pide abiertamente; le exige que se vaya un tiempo lejos mientras Marcela se recupera, ella lo mira con sus ojos saltones, fríos, inexpresivos; Sergio casi grita para

no dejarse opacar por esos ruidos que parecen salir de adentro de ella: un triste y monótono croar y croar y croar a través de toda la larga noche, «tiene razón Marcela, los ojos están fuera de las órbitas, los labios son una línea de lado a lado de la enorme cabeza, se está inflando de silencio, de las palabras que no ha dicho y se ha tragado, se ha inflado y me mira con odio frío, mortal, mientras me envuelve con su estúpido y siniestro croar y croar y croar, con ese olor a cieno que despide, ese olor a fango putrefacto que me va siendo insoportable aguantar, sus miembros se repliegan, yo sé que se prepara a saltar sobre mí, inflada, croando, moviéndose pesadamente, torpemente…». La mano de Sergio se apodera de unas tijeras y clava, hunde, despedaza… El croar desesperado empieza a ser cada vez más débil como si se fuera sumergiendo en un agua oscura y densa, mientras la sangre mancha el piso del cuarto.

Sergio arroja las tijeras y se limpia las manos con el pañuelo, se contempla todo descompuesto ante el espejo y trata de arreglarse un poco. Se enjuga el sudor y se peina.

Cuando sale a la calle ya ha oscurecido; dobla la esquina y ve el automóvil de Velia y a Velia que lo espera adentro. Antes de reunirse con ella se detiene en un estanquillo; compra cigarrillos y marca un número en el teléfono.

—Sí, soy yo. Ya puedes dormir tranquila, querida mía, esta noche y todas las demás noches, el sapo no volverá jamás a molestarte.

EL JARDÍN DE LAS TUMBAS

A Diego de Mesa

I

… a la entrada de la capilla hay una inscripción en latín que yo leo siempre cuando cruzo la puerta… La memoria fue tan fiel que sintió como si hiciera muy poco tiempo desde la última vez que estuvo en el convento. Recordaba con toda claridad el gran patio central con su majestuosa arquería, la capilla a un lado, el jardín, el enorme comedor con su larga mesa, las galerías, las celdas, el escritorio de su padre, donde siempre lo encontraba escribiendo, leyendo, pensando; la puerta que separaba el mundo de la luz y el mundo de la sombra, el mundo de lo conocido y el mundo de lo desconocido, de aquel misterio temido y anhelado…

… todos los veranos salimos de vacaciones y mi familia renta un viejo convento abandonado para ir a descansar y a huir del calor de la ciudad. Yo debo haber tenido unos cuantos meses la primera vez que me llevaron al convento y desde entonces no hemos dejado de ir verano tras verano durante muchos años. ¡Qué felices somos mis hermanos y yo de dejar por un tiempo el departamento de la ciudad, la escuela y las tareas, de tener todo el día para jugar y tanto espacio!

… comenzamos a hacer planes y preparativos para las vacaciones con varios meses de anticipación. Seleccionamos cuidadosamente los juguetes y la ropa que vamos a llevar y ahorramos casi todo el dinero que mi padre nos da los domingos, para dulces y helados. Con ese dinero compramos las cosas que necesitamos para nuestros juegos…

… durante el día el viejo convento es un lugar maravilloso. Las horas se nos van jugando a la pelota en el patio central o en el jardín. Nuestro jardín fue el cementerio de los frailes y está lleno de tumbas que solo tienen unas lápidas de cantera al nivel del suelo; en algunas todavía se pueden leer los nombres de los monjes, en otras están ya borrados. Solo hay una tumba grande con monumento, la de un obispo que, según cuentan, vino a visitar el convento y se murió de pronto. Nosotros corremos y brincamos sobre las tumbas atrapando ardillas o cazando mariposas; otras veces somos exploradores en busca de grandes tesoros cuyo hallazgo nos convertirá de la noche a la mañana en señores poderosos… No pudo menos que sonreír. La lectura del diario lo complacía y no dejó de sentir nostalgia de aquella edad tan desprovista de malicia literaria y de las complicaciones de la

vida. Lo había escrito entre los nueve y los dieciséis años y estaba dividido en dos partes: la primera contenía episodios de su infancia y la segunda el comienzo de su primera juventud. El diario quedó interrumpido cuando se fue a Francia. Con este solo hecho había sentido que pasaba a una etapa más seria de su vida y que el diario era un síntoma de adolescencia…

… al anochecer todo cambia de rostro; nuestro castillo (nosotros jugamos a que el convento es un castillo legendario) se transforma en una serie de largas y oscuras galerías sumidas en el silencio. Por ningún motivo nos hacen ir al jardín a atravesar solos el patio central; bajo la luz de la luna se pueblan de sombras aterradoras y monstruosas. Los duraznos y los almendros que el viento mueve semejan espectros que se abalanzan sobre nosotros… Marcos encendió un cigarrillo y avivó el fuego de la chimenea; el invierno se anticipaba y las noches empezaban a ser frías. Llegó a su departamento con la intención de concluir el ensayo prometido a Pablo para su revista, y al buscar unas fichas bibliográficas había encontrado aquel viejo diario. Y allí estaba sin ganas ya de trabajar. En realidad se sentía muy cansado para intentar escribir, «día completo», y le dio fastidio hacer un recuento de todo lo que había hecho…

… mis hermanos y yo siempre hemos creído que en la tumba del obispo está el tesoro que los monjes enterraron cuando dejaron el convento. Hacemos excavaciones a los lados del monumento, pequeños túneles por donde intentamos llegar hasta el ataúd del obispo. Siempre nos turnamos para escarbar y uno de nosotros o un amigo vigila subido en un árbol la llegada de algún intruso que pueda delatarnos con nuestros padres. Cuando nos llaman a comer cubrimos cuidadosamente los agujeros con ramas y tierra para que nadie pueda sospechar lo que estamos haciendo y no nos ganen el tesoro…

… nunca hemos podido llegar hasta el ataúd del obispo porque los agujeros que hacemos un día al siguiente están otra vez llenos de tierra. Si alguna vez lo conseguimos, yo me pregunto si tendremos el valor de abrirlo; ahí está sin duda el tesoro, pero también está el obispo sin ojos ya y carcomido por los gusanos y esto, realmente, resulta superior a nuestras fuerzas. Por la sola profanación de su tumba él me persigue todas las noches…

… a las siete de la noche cenamos; mi padre se sienta a la cabecera de la larga mesa. A los niños no se nos permite hablar y comemos siempre en silencio. Al terminar mi padre da gracias por la cena, por el día vivido y por muchas otras cosas. Después nos despedimos de ellos y subimos a acostarnos. Yo voy el primero por ser

el menor y cada uno de nosotros lleva su vela. Mis dos hermanos duermen en la misma celda; yo, solo. Jacinta, nuestra nana, me acompaña y se queda mientras me desvisto; una vez que estoy en la cama apaga la vela y sale de la celda. Entonces empieza la noche del terror para mí y no sé, ni sabré nunca, si para mis hermanos. Yo jamás he podido confesarles mis pánicos ni contarles nada de lo que me ocurre por las noches; temo que se burlen de mí y me pongan algún apodo ridículo y humillante. Yo quisiera pedirle a gritos a mi nana que no me deje solo y que no apague la luz, pero la vergüenza me hace enmudecer… A los cuarenta años tampoco podía vencer el miedo a la oscuridad; se sentía perdido en la tiniebla; a veces cuando de pronto se quedaba a oscuras, no podía moverse; siempre presentía tropezar con algo o experimentaba la extraña sensación de no encontrarse en su casa o en el sitio donde estaba al apagarse la luz, sino en otro lugar totalmente desconocido y poblado de presencias que lo rodeaban. Lo iban cercando y cada vez se estrechaban más sobre él…

… el mundo tenebroso de la oscuridad y el silencio creciente se apodera de mí, cuando me quedo solo en la celda, un sudor frío y pegajoso me surca la frente y pueden escucharse los latidos de mi corazón mientras mil sombras se remueven en la oscuridad. Me voy recogiendo en la cama hasta quedar hecho un ovillo y jalo los cobertores hasta la nariz. Trato de pensar entonces en la Navidad o en mi cumpleaños, en los premios de la escuela, pero todo resulta inútil, nada logra distraerme ni aminorar mi miedo. Nunca puedo cerrar los ojos, porque siento que así aumenta el peligro. No pasan las horas y las noches se hacen eternas. Sombras que van y vienen, murmullos, pasos, roces de hábitos, aleteos, cadenas que se arrastran, rumores de plegarias, quejidos apagados, un viento helado que me llega hasta los huesos, el obispo sin rostro frente a mí, sin rostro, sin ojos, hueco… Algunas veces se despertaba de pronto a mitad de la noche; la débil luz de la luna o del alumbrado de la calle que se filtraba por la persiana solía tener un tinte azuloso, casi metálico, y todo comenzaba a girar dentro de una atmósfera inquietante. Su corazón latía con violencia y un frío espanto lo iba invadiendo hasta lograr paralizarlo por completo cuando advertía que no estaba solo, que alguien sentado frente a su cama lo observaba fijamente, penetrándolo hasta el alma con sus cuencas vacías… Transcurría una eternidad de angustia y pavor desorbitado hasta que su mente funcionaba de nuevo y descubría, o más bien se daba cuenta de que el obispo no era sino su ropa que había dejado en desorden sobre la silla…

… cuando la primera luz del día comienza a filtrarse por la claraboya de la celda, el obispo se marcha y con él las sombras y los

ruidos. El terror de la noche desaparece y yo empiezo a reconocer la celda y todas mis cosas. Me estiro por primera vez en la cama, los brazos y las piernas pierden su rigidez y caigo de golpe en el sueño. Al poco rato la voz de Jacinta me obliga a despertar…

… me gustaría saber cómo pasan las noches mis hermanos, si son iguales a las mías. Pero nunca me he atrevido a preguntarles nada. A la hora del desayuno están siempre frescos y contentos, llenos de planes para el día. Algunas veces mi madre se da cuenta de mi palidez y de los bostezos que yo no puedo contener. «¿Estás enfermo, hijo, dormiste mal?», y me observa atentamente. Yo me apresuro a decirle que estoy muy bien y que dormí toda la noche. Mientras hablo siento que me voy poniendo colorado ante el temor de que mi propia voz me denuncie. No podría soportar las preguntas de mis padres ni las burlas de mis hermanos después. «¿De modo que usted le tiene miedo a los fantasmas? ¿Y cómo son los fantasmas, hijo mío?». Casi oigo la voz de mi padre y puedo hasta imaginar su sonrisa… Aún no sabía gran cosa de sus hermanos, se querían bien respetándose en todo, se buscaban con cierta frecuencia y charlaban a gusto, pero siempre había existido algo como una barrera interior que él no lograba franquear. Tal vez vivía muy encerrado en su propio mundo y no le interesaba moverse en el de ellos. «Yo quisiera que fueras más sencillo, así como tus hermanos, vives demasiado dentro de ti, hijo mío», solía decirle su madre. «¡Cómo me gustaría penetrar en tu mundo!». Su mundo era solo su mundo, lleno siempre de inquietud, angustia de todo y de nada, ansiedad acrecentada por los años, desasosiego, andar de aquí para allá buscando un sitio, el sitio que no encontraba, nunca la paz, aburrimiento constante de lo que tenía o deseo de algo distinto; la soledad a cuestas siempre, ni siquiera su obra bastaba, solo en el tiempo de la gestación era parte suya, después podía haber sido la de otro, tan lejana, como nunca creada por él…

II

… todas las noches salgo del convento. Cuando todos duermen me escapo sin hacer ruido. No puedo aún superar el miedo de descubrir o presentir en la sorda oscuridad de la celda la figura del obispo sin rostro que me acechó tantos años, cuando yo no podía hacer otra casa que vivir la noche del terror… Tendría unos dieciséis años cuando empezó a escaparse por las noches. Aún recordaba la emoción de sus primeras huidas llenas de sobresaltos y del temor de ser descubierto por sus padres…

… finjo acostarme para no despertar sospechas y cuando todo

está en calma salgo apresuradamente del convento. En la taberna del pueblo bebo algunas copas con los muchachos campesinos, lo cual es necesario para darme valor. Me siento bastante cohibido ante ellos, tan decididos y directos en todos sus actos. Al principio no aceptaban muy bien mi compañía pero poco a poco he sabido ganarme su confianza y su estimación…

Anoche había bebido mucho, tontamente; le daba rabia recordarlo. La reunión marchaba muy agradablemente y todo mundo estaba contento. José era un gran conversador, sin duda alguna, lleno de ironía, afecto a burlarse de todos y de sí mismo. De pronto lo molestó aquella broma de José; conociéndolo tanto como lo conocía no dudaba de que ya desde antes hubiera hecho reír a los demás a costa suya. Se puso bastante tenso y comenzó a beber copa tras copa hasta embrutecerse. Siempre era lo mismo, por una cosa, por otra, por nada, él bebía como esponja; antes era la timidez, «darse valor», como pensaba a los dieciséis años, después…

… bien puedo decir que llevo una doble vida, durante el día soy uno en el convento con mis padres y mis hermanos, y por la noche en la taberna soy otro; allí bebo, juego a la brisca, bailo fox y danzón y acabo la noche en la estrecha cama de Carmen… No se explicaba cómo a pesar de la gran timidez de aquel entonces que lo hacía ruborizarse ante la sola presencia de cualquiera de las amigas de sus hermanos, había buscado el cuerpo de una mujer para escapar de la noche a solas. Aún perduraba aquella sensación que lo hacía sentirse como el único sobreviviente de un naufragio, sin voces, sin calor, como caer de golpe en la muerte, soledad del cuerpo y soledad de adentro, vacío, oscuridad, silencio aplastante. Ese miedo a estar solo lo había perseguido y lo perseguía siempre. Con frecuencia, cuando ya iba para su casa a dormir, bien entrada la noche, después de haber estado en alguna fiesta, lo asaltaba aquel temor incontrolable. No llegaba a su casa, se metía en el primer bar o café que encontraba abierto y allí esperaba pacientemente, bebiendo o tomando café, a que se hiciera de día. Muchas veces sonaban las seis o las siete de la mañana cuando por fin llegaba a su departamento y encontraba a la portera barriendo la calle. «Fue larga la fiesta, joven», y lo miraba con ojos sospechosos…

… anoche por poco y me descubren. Matilde salió de la cocina cuando yo creía que ya se había acostado. Me pegué a un pilar, casi incrustándome en él, y detuve la respiración. Por fortuna el viento le apagó la vela. Gruñó algo entre dientes y se volvió a encenderla. Nunca he corrido tan aprisa. De solo pensar que me hubieran descubierto y que ya no pudiera seguirme escapando por las noches,

me sentí enfermo. En la taberna todos lo notaron. «Parece que te hubieran espantado», dijo Jacobo al verme, y me hizo beber sin respirar, un buen fajo de vino…

… si mi madre supiera dónde paso las noches, sufriría mucho y no lo entendería. Las madres nunca se resignan a que los hijos dejen de ser niños. A veces cuando la beso y le doy las buenas noches me siento bastante culpable de engañarla y experimento fuertes remordimientos, pero cuando llego a la celda no deseo más que huir de allí a toda prisa…

… fue peligrosa la riña de anoche y una suerte que yo no saliera con algún golpe notorio en la cara. Yo no debí intervenir, pero de no haberlo hecho hubiera quedado muy mal en la opinión de todos y no podría volver más a la taberna. Todo el día me sentí mal, adolorido y cansado, sin humor de hacer nada…

… no estoy enamorado de Carmen, presiento que el amor debe ser otra cosa. Durante el día casi no la recuerdo y no siento necesidad de verla, no sabría ni de qué hablarle. Y no es que sea fea, todos los muchachos la encuentran guapa. Algunas veces he pensado ya no buscarla más, pero no puedo dejarla, junto a ella no temo la noche, su cuerpo es como un refugio… Seguía creyendo que el amor debía ser otra cosa; siempre que algo terminaba se repetía lo mismo y esperaba algo diferente, pero ya estaba bastante cansado, ¿por qué no confesárselo?, de tantas entregas mezquinas, de tantos equívocos, de encontrar solo el placer por el placer mismo, sin nada más. ¡Cómo envidiaba a veces a sus hermanos y a algunos de sus amigos que encontraban una mujer y ahí anclaban!, eran felices con su pequeña vida cotidiana carente de gran emoción tal vez, pero que en cambio les daba seguridad, compañía, y no esa soledad agobiadora, cada vez más grande y cada vez más difícil de llenar, ese andar de aquí para allá como perro sin dueño, sin tener un hogar y sí la libreta de direcciones llena de nombres y teléfonos de mil mujeres que no significaban, la mayoría de las veces, más que un breve intervalo o un capricho. Sintió frío, necesidad de tener a alguien allí, un perro, un gato, un rostro familiar, aunque no fuera el gran amor ni la gran pasión; una compañía solamente, oír pasos, algo caer y romperse, otra respiración, el calor de un cuerpo confundiéndose con el suyo dentro del sueño, un calor que ya de tan conocido le pareciera el suyo propio. Sintió más frío, se sirvió una copa de coñac y se acercó a la chimenea. Comenzó a recorrer con la vista los libros, los discos, sus colecciones de pipas y timbres, los mil objetos que había ido acumulando a través de los años, todas esas cosas que compraba para darle al departamento la sensación de hogar, allí estaba en medio de aquel mundo estático,

angustiosamente solo. Bebió un coñac y otro; el reloj de una iglesia distante dio las tres de la mañana. Bostezó, tenía sueño, aquella lectura le había removido muchas cosas que prefería ignorar por no tener solución. Se desnudó y se metió en la cama. Antes de apagar la luz organizó su plan para el día siguiente: desayunar con X, después ir con el sastre, recoger los libros que había encargado y que ya estaban en la librería, comer en cualquier sitio y ponerse a trabajar toda la tarde y parte de la noche hasta terminar el ensayo. Después se durmió profundamente.

La luz del día entraba triunfante por la claraboya de la celda.

—Yo creía que ya estabas levantado y vestido; mira que te has aprovechado hoy que tus padres han ido al pueblo —decía Jacinta—, pero ya les avisaré de tu flojera cuando vengan.

Marcos abrió los ojos, con gran esfuerzo, y miró a Jacinta entre la bruma del sueño.

—Y no pongas esos ojos de borrego agonizante que no me conmueves, a levantarse pronto, tus hermanos ya se están desayunando —seguía diciendo Jacinta.

El niño se removió en la cama y bostezó repetidas veces, y a medida que iba despertando y su mente se empezaba a despejar, experimentaba una gran sensación de alivio al comprobar que por fortuna había pasado otra noche de espanto y ya era nuevamente de día.

EL ÚLTIMO VERANO

Llevaba un vestido de gasa con volantes en el cuello y en las mangas; el pelo castaño oscuro, recogido hacia atrás con un moño de terciopelo negro, dejaba despejado un rostro joven de armoniosas facciones en el cual resaltaban los ojos sombreados por largas pestañas. No solo irradiaba juventud y frescura aquella muchacha, sino una gran paz y felicidad. Pero aquella muchacha hermosa, porque en verdad lo era, y tan bien arreglada y respirando tranquilidad por todos los poros, estaba dentro de un marco, colocado sobre el tocador, cerca del espejo. Así era a los dieciocho años, antes de casarse. Pepe había querido que le diera un retrato como regalo de cumpleaños. Había salido muy bien, sí, realmente, y experimentó un inmenso dolor al comparar a la joven de la fotografía con la imagen que se reflejaba en el espejo, su propia imagen: la de una mujer madura, gruesa, con un rostro fatigado, marchito, donde empezaban a notarse las arrugas y el poco cuidado o más bien el descuido de toda su persona: el pelo opaco, canoso, calzada con zapatos de tacón bajo y un vestido gastado y pasado de moda. Nadie pensaría que esa que estaba mirándola detrás del vidrio del portarretratos había sido ella, sí, ella, cuando estaba tan llena de ilusiones y de proyectos, en cambio, ahora… «¿Qué te pasa, mamá?», le preguntó Ricardo, porque se había quedado con la cara escondida entre las manos, sentada allí, frente al tocador, a donde había ido a arreglarse un poco para salir. Con gran desaliento se cambió de ropa y se arregló, «claro que no es posible sentirse contenta y animosa cuando de sobra se sabe que una no es ya una mujer sino una sombra, una sombra que se irá desvaneciendo lentamente, lentamente…». Ahora tuvo que taparse la boca con el pañuelo para ahogar un sollozo. Porque aquel último tiempo se había sentido demasiado sensible y deprimida, y lloraba fácilmente.

Fue a principios del verano, de ese verano seco y asfixiante, que había empezado a sentirse mal; a veces era una intensa náusea al despertar y unas como oleadas de calor que le subían hasta la cabeza, o fuertes mareos, como si el cuarto y los muebles se movieran; mareos que en algunas ocasiones persistían durante todo el día; también había perdido el apetito, no se le antojaba nada y todo le daba asco, y de su cuenta se habría pasado los días sin comer, solo con un café o un jugo. Una inmensa fatiga se iba apoderando de ella y la imposibilitaba para el cumplimiento de las tareas diarias, ella que siempre había trabajado de la mañana a la noche, como una negra. Todo lo que hacía ahora era con un gran esfuerzo, un esfuerzo que cada día iba siendo mayor. «Ha de ser la edad». Esa edad que la mayoría de las mujeres teme tanto y que ella en especial veía llegar como el final de todo:

esterilidad, envejecimiento, serenidad, muerte… Los días pasaban y el malestar aumentaba a tal punto que decidió ir a ver al médico. Tal vez le diera algo con qué hacer menos pesada esa difícil etapa.

Después de examinarla detenidamente, el doctor le dio una palmada cariñosa en el hombro y la felicitó. Sería madre de nuevo. No podía creer lo que estaba escuchando. «Nunca lo hubiera creído, pero a mis años, yo pensaba que era… es decir, que ya serían los síntomas de… pero ¿cómo es posible, doctor?». Y tuvo que preguntarle varias veces si estaba realmente seguro de su diagnóstico, pues era muy raro que eso sucediera a su edad. «Eso es, hija, y nada más, sigue mis indicaciones y vienes a verme dentro de un mes, no tengas temor, si te cuidas todo saldrá bien, ya verás, te espero dentro de un mes». Le recetó algunas medicinas que debería tomar. Y ella que durante días y días, y todavía unas horas antes, había llorado de solo pensar que ya había llegado a esa terrible edad en la que la maternidad, la lozanía y el vigor terminan, ahora, al recibir la noticia, no experimentó ninguna alegría, por el contrario una gran confusión y una gran fatiga. Porque, claro, era bien pesado después de siete años volver a tener otro niño, cuando ya se han tenido seis más y una ya no tiene veinte años, y no cuenta con quién le ayude para nada y tiene que hacerlo todo en la casa y arreglárselas con poco dinero, y con todo subiendo día a día. Así iba pensando en el camión, de regreso a su casa, mirando pasar las calles que le parecían tan tristes como la tarde, como ella misma. Porque ya no quería volver a empezar; otra vez las botellas cada tres horas, lavar pañales todo el día y las desveladas, cuando ella ya no quería sino dormir y dormir, dormir mucho, no, no podía ser, ya no tenía fuerzas ni paciencia para cuidar a otro niño, ya era bastante con lidiar con seis y con Pepe, tan seco, tan indiferente, «no es partido para ti, hija, nunca logrará nada en la vida, no tiene aspiraciones y lo único que hará será llenarte de hijos», sí, otro hijo más y él no haría el más mínimo esfuerzo por buscarse otro trabajo y ganar más dinero, qué le importaba que ella hiciera milagros con el gasto, o que se muriera de fatiga.

Esa noche le dio la noticia. Los niños ya se habían acostado y ellos estaban en la estancia viendo la televisión como todos los días después de cenar. Pepe le pasó un brazo sobre los hombros y le rozó la mejilla con un beso. «Cada hijo trae su comida y su vestido, no te preocupes, saldremos adelante como hemos salido siempre». Y ella se quedó mirando aquella pantalla de televisión donde algo se movía sin sentido, mientras en su interior un mundo de pensamientos y sentimientos se apretujaba. Pasaban los días, las semanas, y seguía sin encontrar resignación ni esperanza. La fatiga aumentaba con los días y una gran debilidad la obligaba a recostarse, en ocasiones, varias veces

durante el día. Así transcurría el verano.

Por las noches y un poco entre sueños Pepe la oía llorar o la sentía estremecerse, pero él apenas si se daba cuenta de que ella no dormía. Era natural que Pepe descansara a pierna suelta, ¡claro!, él no tendría que dar a luz un hijo más, ni que cuidarlo, «los hijos son un premio, una dádiva», pero cuando se tienen cuarenta y cinco años y seis hijos, otro hijo más no es un premio sino un castigo porque ya no se cuenta con fuerzas ni alientos para seguir adelante.

A veces se levantaba a mitad de la noche y se sentaba cerca de la ventana, ahí, a oscuras, oía los grillos abajo en el pequeño huerto donde ella cultivaba algunas hortalizas, y el alba la sorprendía con los ojos abiertos aún y las manos crispadas por la angustia.

Había ido a ver al médico al cumplirse el mes y, después, al siguiente. Le cambiaba un poco las prescripciones, pero siempre las recomendaciones eran las mismas: «Procura no cansarte tanto, hija, reposa más, tranquilízate». Ella regresaba a su casa caminando pesadamente.

Una de esas noches en que no lograba conciliar el sueño y el calor y la desesperación la hacían levantarse y caminar, salió a refrescarse un poco y se recargó en el barandal de la escalera que bajaba de las habitaciones hacia el huerto. Hasta ella llegaba el perfume del huele de noche que tanto le gustaba, pero que ahora le parecía demasiado intenso y le repugnaba. Estaba observando indiferente a las luciérnagas, que se encendían y se apagaban poblando la noche de pequeñas y breves lucecitas, cuando algo caliente y gelatinoso empezó a correr entre sus piernas. Miró hacia abajo y vio sobre el piso un ramo de amapolas deshojadas. Sintió la frente bañada en sudor frío, las piernas que se le iban aflojando y se afianzó al barandal mientras le gritaba a su marido. Pepe la llevó a la cama y corrió a buscar al médico. «Te recomendé mucho que descansaras, hija, que no te fatigaras tanto», dijo el doctor cuando terminó de atenderla y le dio una breve palmada en el hombro, «trata de dormir, mañana vendré a verte». Antes de caer en el sueño, le pidió a Pepe que envolviera los coágulos en unos periódicos y los enterrara en un rincón del huerto, para que los niños no los vieran.

El sol llenaba la habitación cuando despertó. Había dormido muchas horas. Sus hijos se habían ido a la escuela sin hacer ruido. Pepe le llevó una taza de café con leche y pan que comió con agrado. Tenía hambre. Y cuando Pepe salió a buscar a su hermana para que viniera unos días mientras ella se recuperaba, se quedó pensando y no

pudo menos que experimentar un gran descanso por haber salido de aquella tremenda pesadilla. Claro que le dolía que hubiera sido en una forma tan triste, tan desagradable, pero las cosas no son como uno las desea, ni las piensa, sino como tienen que ser. Desde luego que ya no quería otro hijo, no, hubiera sido superior a sus fuerzas, pero no así, que no hubiera sucedido así, así, cómo le afectaba y la conmovía, y comenzó a llorar desconsoladamente, largo rato, hasta que se quedó nuevamente dormida.

A los pocos días todo había vuelto a la normalidad y cumplía con sus tareas domésticas, como siempre lo había hecho. Cuidando de no fatigarse demasiado procuraba estar ocupada todo el día, para así no tener tiempo de ponerse a pensar y que la invadieran los remordimientos. Trataba de olvidarlo todo, de no recordar aquel desquiciante verano que por fin había terminado, y casi lo había logrado hasta ese día en que le pidió a Pepito que le cortara unos jitomates. «No, mami, porque ahí también hay gusanos».

Comenzaron a zumbarle los oídos y todos los muebles y las cosas a girar a su alrededor, se le nubló la vista y tuvo que sentarse para no caer. Estaba empapada en sudor y la angustia le devoraba las entrañas. Seguramente que Pepe, tan torpe como siempre, no había escarbado lo suficiente y entonces… pero, qué horror, qué horror, los gusanos saliendo, saliendo…

Ese día apenas si hubo comida y lo que logró hacer o estaba salado o medio crudo o quemado, pues ella había empezado a girar dentro de un torbellino de ideas y temores desquiciantes.

Toda su vida y la diaria rutina cambiaron de golpe. Hacía el quehacer muy nerviosa, presa de una gran ansiedad, mal tendía las camas, daba unos cuantos escobazos y corría a asomarse a las ventanas que daban hacia el huerto; empezaba a quitar el polvo de los muebles, y otra vez a la ventana; se le olvidaba lo que estaba haciendo, al trapear dejaba los pisos encharcados, se le caían las cosas de las manos, rompía la loza, recogía rápidamente los pedazos y los echaba al bote de la basura para que nadie los viera y sospechara; pasaba largas horas recargada en el barandal, observando, observando…

Apenas si hablaba con Pepe y con los chicos, todo le molestaba: que le preguntaran algo, que le platicaran, que hicieran ruido, que pusieran el radio, que jugaran, que gritaran, que vieran la televisión… ella quería estar sola, pensar, observar… que no la distrajeran, necesitaba estar atenta, escuchando, observando, escuchando,

observando…

Esa tarde, Pepe había ido al centro a comprar unos zapatos y a la peluquería. Los tres niños más pequeños a la doctrina como todos los sábados, y los mayores a jugar basquet. Estaba sola en la modesta estancia tratando inútilmente de zurcir calcetines y remendar las camisas y los pantalones, lo que antes hacía con bastante habilidad y rapidez mientras veía en la televisión los «Sábados con Saldaña» que tanto le gustaban, sobre todo «Nostalgia»… pero eso ya no era posible, a ella ya no le interesaba nada que no fuera escuchar, observar, estar atenta observando, escuchando… Cerca de las seis de la tarde alcanzó a percibir como un leve roce, algo que se arrastraba sobre el piso apenas tocándolo; se quedó quieta, sin respirar… sí, no cabía la menor duda, eso era, se iban acercando, acercando, acercando lentamente, cada vez más, cada vez más… y sus ojos descubrieron una leve sombra bajo la puerta… sí, estaban ahí, habían llegado, no había ya tiempo que perder o estaría a su merced… Corrió hacia la mesa donde estaba el quinqué de porcelana antiguo que fuera de su madre y que ella conservaba como una reliquia. Con manos temblorosas desatornilló el depósito de petróleo y se lo fue virtiendo desde la cabeza hasta los pies hasta quedar bien impregnada; después, con el sobrante, roció una circunferencia, un pequeño círculo a su alrededor. Todavía antes de encender el cerillo los alcanzó a ver entrando trabajosamente por la rendija de la puerta… pero ella había sido más lista y les había ganado la partida. No les quedaría para consumar su venganza sino un montón de cenizas humeantes.

MATILDE ESPEJO

Es increíble cómo pasa el tiempo: entonces era 1940 y estamos en 1962. ¡Veintidós años!, apenas puedo creerlo. Es uno joven y saludable, tiene el cabello negro y el cutis terso, y cuando se acuerda está con la cabeza completamente blanca y lleno de arrugas y de achaques. Veintidós años y todavía me duele la historia de doña Matilde, porque yo sé muy bien y no me lo podrán quitar nunca de la cabeza, que era la persona más buena del mundo, incapaz de hacerle daño a nadie, ni siquiera a una mosca. Conocí a doña Matilde mucho antes del cuarenta; este retrato que nos sacó Pancho en Chapultepec fue en ese año, pero ya teníamos algún tiempo de ser amigas. Como en 1935 nos fuimos a vivir a la calle del Chopo. Así conocí a doña Matilde que era la dueña de aquella casita. Ella también vivía en la misma calle del Chopo, en el número 12, a dos cuadras de la casa que nos rentaba. Me acuerdo como si fuera ayer de la primera vez que la vi. Toqué la puerta y salió a abrir una señora o señorita de bastante edad, toda vestida de negro. Pregunté por doña Matilde Espejo, como me habían dicho que se llamaba.

—Yo soy Matilde Espejo, ¿en qué puedo servirle? —dijo ella con una voz que me agradó mucho y que denotaba su fina educación.

—Estoy interesada en la casa que renta usted —le contesté, mientras miraba y miraba su hermoso cabello blanco, peinado con tanto gusto y esmero que me llamó la atención. Después me fijé en sus ojos que eran de un color muy raro, entre verde y azul, parecidos a esas piedras de aguamarina; luego caí en cuenta de que eran iguales a los de Filidor, nuestro gato, y por eso me gustaban tanto.

Ella me invitó a pasar para que pudiéramos hablar con toda calma y comodidad, y me llevó a la sala. Yo sentí que entraba en otra época o en un sueño al penetrar en aquella maravillosa sala con muebles dorados Luis XV, un piano de cuarto de cola, cortinas de terciopelo verde jade, alfombras finísimas, tapices y gobelinos por todos lados, tibores, flores de porcelana, quinqués, licoreras de cristal cortado, medallones con angelitos y enormes espejos en donde uno se veía de cuerpo entero. Me senté con sumo cuidado y precaución, temiendo que aquella delicada silla cediera ante mi peso. Estaba a tal punto impresionada por tantas cosas hermosas y por las atenciones y la amabilidad de la señora que apenas pude decirle cuánto nos gustaba la casa y nuestro deseo de rentarla.

—¿De veras les gusta? —preguntó complacida—. Si viera usted el

cariño que le tengo a esa casita, ahí vivió mi querida hermana Sofía.

Al decir esto se le llenaron los ojos de lágrimas. Sacó entonces un pañuelo de lino con encaje de Bruselas y se los secó con suma discreción. Yo no sabía qué hacer ni qué decirle y me sentí apenada pensando que, de seguro, le había removido algún recuerdo triste; sospeché que la hermana se había muerto.

—Perdóneme usted —dije por fin—, no era mi intención…

—No se apene usted, querida. Mi dolor está todavía reciente y no puedo aún dominarme cuando me pongo a hablar de ciertas cosas. Pero ya pasó. Si le gusta a usted la casa se la rento de inmediato.

—Muchas gracias —dije gustosa. Luego le expliqué que yo necesitaba saber cuáles eran la renta y las garantías que ella pedía para ver si ambas estaban dentro de nuestras posibilidades. Y pensaba, con desencanto, que lo más probable era que esa renta no estuviera a nuestro alcance.

—Las garantías que pido son solo el cumplimiento puntual de los pagos, nada más —dijo ella—. Y la renta es lo que ustedes puedan pagar, es decir, lo que tengan asignado para ello.

Debe de haberse dado cuenta de la sorpresa y estupor que me produjeron sus palabras, porque dijo:

—Piensa usted, seguramente, que soy muy bondadosa, pero no es eso. El que a usted le guste tanto la casa lo explica todo. Yo deseaba rentarla a alguien a quien le gustara de verdad y supiera apreciarla, porque quiero que se conserve como está sin ser destruida. No sabe usted cómo la cuidaba mi pobre hermana.

Al despedirnos me dio la mano, una mano pequeña y tan suave y tersa como la de una niña. Yo apenas la toqué porque temí lastimarla con la mía, áspera y tosca, como de campesina.

Inmediatamente nos mudamos a la casa del Chopo. Daba gusto ver cómo nos lucían ahí los muebles que, a decir verdad, no eran gran cosa y ya estaban bastante usados, sobre todo el ajuar de la sala que compramos cuando nos casamos y que tenía el tapiz muy decolorado y rasguñado por Filidor y Titina. Yo había quedado tan deslumbrada por doña Matilde que no hacía sino hablar de ella, a todas horas, con Pancho y los muchachos: que era una señora muy fina y elegante y que su casa era como un palacio, no se me caía de la boca.

Como a los ocho días de vivir en la nueva casa sentí que debía notificárselo a la señora. Después de la comida me fui a verla. Estaba a unos cuantos pasos de su casa, cuando la vi que salía cargando un enorme ramo de claveles blancos. Quise regresarme, pensando que no era oportuno interrumpirla, pero como ella ya me había visto, me acerqué y la saludé. Me dio la impresión de que le había dado gusto verme, porque sonrió amablemente mientras contestaba a mi saludo y me preguntaba a su vez cómo estaban todos por mi casa.

—He pasado solo a comunicarle que ya estamos instalados y al mismo tiempo a ponernos a sus órdenes —le dije.

—Qué amable es usted, querida. No sabe cuánto agradezco su gentileza y me apena muchísimo no invitarla a pasar, pero mire usted —dijo señalando los claveles—, ahora salgo a llevarles estas flores a mis queridos muertos. Dígame usted si mañana le sería posible tomar conmigo una tacita de té.

—Claro que sí, muchas gracias —me apresuré a contestarle entusiasmada con la idea, ya que eran pocas o ninguna las oportunidades que tenía de relacionarme con personas de la categoría de doña Matilde. Las señoras que yo trataba eran las esposas de los músicos compañeros de Pancho y nadie más.

Al día siguiente, después de la comida, me vestí y arreglé lo mejor que pude. Hasta el corsé me puse, pues siempre he creído que uno debe estar de acuerdo con el lugar y las personas a las que visita. Y como doña Matilde era una gran dama yo debía presentarme ante ella lo más decorosamente posible. Pancho estaba dando una clase de violín cuando me oyó salir y se sorprendió de verme tan prendida.

—¿Adónde vas tan emperifollada? —preguntó mirándome por arriba de sus lentes.

—Voy a tomar el té con doña Matilde Espejo —le contesté sintiéndome bastante importante y satisfecha.

Doña Matilde me condujo hasta la sala tomándome del brazo, con tal atención y afecto como si yo hubiera sido una señora de su misma clase y muy amiga suya. Eso es algo que jamás olvidaré. Me hizo sentar junto a ella en el sofá, para que estuviera más cómoda, y se dispuso a servir el té mientras me preguntaba por Pancho y los muchachos. Nunca había tomado un té más rico, así se lo dije a doña Matilde.

—Me alegro mucho de que le guste, querida. Es un té delicioso

que yo adoro. Un té chino de pequeñas flores silvestres, difícil de conseguir y bien caro. Pero qué quiere usted, estoy tan mal acostumbrada a las cosas buenas que me es imposible privarme de ellas. Le aseguro a usted que soy capaz de cualquier cosa antes que prescindir de mis pequeños vicios.

Esto lo dijo con mucha gracia y con un encanto especial que lo cautivaba a uno. De una cajita de lámina roja me ofreció un cigarrillo.

—Es otro de los vicios —dijo sonriendo—. Uno de los tabacos más rubios que existen en el mundo y tan suaves, que jamás lastiman la garganta. Pruébelos usted, estoy segura de que le gustarán.

Acepté uno de los cigarrillos observando cómo ella colocaba el suyo, de la manera más delicada, en una larga boquilla de marfil. Después del té tomamos coñac, mientras ella me mostraba un álbum de familia lleno de fotografías de caballeros y de damas sumamente elegantes y distinguidos, y me iba explicando quiénes habían sido, pues todos habían muerto ya. Conocí a su hermana Sofía, la que vivió en nuestra casita, a su mamá y a su papá, a sus dos hermanos. Entonces me di cuenta de que eran pasadas las seis de la tarde y me dije que debía marcharme, aunque no tuviera ganas, porque no era nada correcto prolongar la primera visita. Eso me lo había dicho, alguna vez, mi madre y yo no quería hacer nada que no estuviera bien frente a la señora.

—Me apena mucho que se vaya, querida. Vivo tan sola que momentos como estos son verdaderamente inapreciables. Pero prométame usted que volverá otro día a tomar el té conmigo.

Le aseguré que era un honor para mí gozar de su compañía y que volvería siempre que ella me lo permitiera.

Como a la semana me llegó una nota en papel color de rosa muy fino, donde me invitaba de nuevo a visitarla. Fue entonces cuando me dijo Pancho que le parecía absurdo que yo quisiera cultivar la amistad de doña Matilde, que pertenecíamos a dos mundos diferentes y yo nunca podría corresponder a sus atenciones. Esto me entristeció mucho, pero luego me dije que si la señora me invitaba yo no le iba a hacer un desaire y me fui a tomar el té con ella, sin hacer caso, por primera vez, de lo que Pancho decía. Yo siempre respetaba y tomaba muy en cuenta todas sus opiniones porque era más instruido que yo.

Así fue como se inició aquella amistad que iba a durar por años y a través de los cuales llegamos a querernos tanto. A pesar de que doña

Matilde era una señora aristócrata y de un medio totalmente distinto al nuestro, jamás nos hizo un solo desaire y siempre nos dio infinidad de pruebas y demostraciones de cariño. Al principio nos veíamos una vez a la semana en que me invitaba a tomar el té. Después de algún tiempo, comenzó a pedirme de cuando en cuando que la acompañara al cementerio a dejarles flores a sus muertos. Ella acostumbraba ir todos los sábados, con una devoción y cariño como no he visto otros. En una ocasión en que le dije cuánto admiraba su constancia, ella me contestó: «Que no les falten nunca flores, es lo menos que puedo hacer por ellos, amiga mía. Debo tanto a mis queridos muertos». Siempre llevaba claveles blancos, decía que los rojos eran para los vivos y los blancos para los muertos. Tenía una propiedad en el panteón donde estaban enterrados todos sus familiares, y no solo les llevaba flores cada semana sino que pagaba a un muchacho para que barriera la capilla y quitara el polvo. Cuando yo la acompañaba arreglábamos las flores en las macetas de cantera; al terminar, ella se sentaba y permanecía un buen rato quieta y pensativa, seguramente rezando. Yo también rezaba, sin saber ni para quién, nada más por acompañarla. De regreso del cementerio me invitaba a merendar, lo cual yo esperaba con entusiasmo pues siempre me servía algo exquisito. Una de esas noches después de merendar, sacó otra vez su álbum de retratos y me mostró el de un caballero rubio de porte muy distinguido: «Este es Wilberto, mi primer esposo. ¡Qué amor más tierno fue el nuestro, querida! Cuando murió quedé completamente desolada». Así supe que doña Matilde había sido casada y de seguro por dos veces puesto que dijo «mi primer esposo». Recuerdo que comenté que don Wilberto debió de haber sido un hombre muy guapo.

—Era bastante bien parecido —dijo ella—. Aun muerto se veía como un príncipe, lo vistieron con su frac y parecía como si solo estuviera durmiendo. Lo velamos aquí en esta sala.

Yo no podía dejar de mirar la fotografía de don Wilberto y trataba de imaginarme cómo sería vivir con un hombre tan guapo, y como en la fotografía se veía muy fuerte y lleno de vida, pensé que tal vez había sufrido algún accidente y se lo pregunté a doña Matilde.

—No, querida —me contestó ella—, se fue acabando poco a poco, como una vela que se consume lentamente.

Pancho y yo siempre nos preguntábamos por qué siendo una dama de tan buena posición y con una casa tan elegante, no tenía sirvientes de planta; solo había una señora de entrada y salida que le hacía la comida y le arreglaba la casa y su ropa. El huerto ella misma lo cuidaba. Nunca entendí cómo podía hacerlo con aquellas manos tan

finas. Cuando le tuve más confianza se lo pregunté: «Amo mi soledad, querida, tan llena de recuerdos, y me molesta la presencia de ciertas gentes». Nosotros pensamos que por tener tantas cosas de valor tal vez desconfiaba de la servidumbre. No dejaba también de parecernos extraño el que no tuviera amistades entre las personas de su misma clase, o por lo menos que nunca las frecuentara y viviera tan aislada, pero como ella misma me lo dijo, le gustaba estar sola con todos sus recuerdos.

Al principio yo era la única de mi familia que llevaba amistad con ella. Con el tiempo, también Pancho comenzó a tratarla y a admirarla como yo. Él iba, algunas veces, por las noches a recogerme y entonces ella lo invitaba a pasar. Conversábamos un rato mientras saboreábamos un brandy o algún otro licor finísimo de esos que ella siempre nos ofrecía. Doña Matilde adoraba la buena música y según me di cuenta, por lo que platicaban Pancho y ella, conocía bastante. En su juventud había tocado el piano, nos confesó una noche. Pero hacía muchos años que no lo tocaba, por lo que ya debía de estar completamente desafinado y sordo. Pancho se ofreció a afinárselo y ella rehusó de una manera cortés, diciendo que ya no podría volver a tocar, después de tanto tiempo y tantas desdichas. Sin embargo, una noche ella misma le pidió a Pancho que cuando pudiera le diera una revisada al piano. En dos o tres veces mi marido lo dejó como nuevo y le sacó unas voces que daba gusto. Un día Pancho llevó su violín y cuando menos acordé se pusieron los dos a tocar. ¡Cómo me acuerdo de ese tiempo y de las cosas tan bellas y sentidas que tocaban: la Serenata de Toselli, Para Elisa, la Estrellita de Ponce! La primera vez que tocaron la Serenata, doña Matilde suspiró con mucha tristeza al terminar la ejecución y las lágrimas asomaron a sus ojos.

—¡Cómo le gustaba esta melodía a mi querido Reynaldo! —nos dijo conmovida.

—¿Hermano suyo? —preguntó Pancho.

—No, amigo mío, Reynaldo fue mi segundo esposo —contestó ella y nos mostró una miniatura de un caballero muy distinguido, con grandes bigotes oscuros y unos ojos de mirada penetrante.

—¿También murió? —le pregunté.

—Sí, querida, mis tres maridos murieron. El último, Octaviano, hace apenas cinco años. Desde entonces solo vivo de recuerdos y añoranzas —dijo con una voz tan desalentada, que Pancho y yo no encontrábamos la manera de distraerla y quitarla de pensar en sus

infortunios.

Algunos domingos o días festivos íbamos los tres al Bosque de Chapultepec a pasear por la Calzada de los Poetas o la de los Filósofos, que eran sus preferidas. Nos sentábamos en una banca a la sombra de los altos árboles y ella nos contaba de los lugares maravillosos que había conocido, cuando fue con sus padres y sus hermanos al viejo mundo. ¡Qué bonito conversaba! Se iban las horas oyéndola. Parecía que uno estaba viendo aquellas bellas ciudades o paseando en una góndola en Venecia, en donde decía que habían vivido un año. También nos platicaba de los hermosos conciertos que había escuchado en los mejores teatros del mundo y de las óperas fastuosas. Era increíble cuántas cosas había visto y sabía doña Matilde, y todo eso lo contaba sin presunción y no como otras gentes que yo he conocido y que solo tratan de deslumbrarlo a uno y hacerlo sentir ignorante y sin cultura.

Cuando cumplimos nuestras bodas de plata, doña Matilde fue nuestra madrina. ¡Qué día fue aquel! Por la mañana la misa, con la iglesia llena de flores que ella envió y una música como no recuerdo otra, ni siquiera la del día en que nos casamos porque entonces no pudimos pagar sino el órgano. Desayunamos en su casa con los muchachos y nos sirvió unos bocados como para reyes. Ella estaba muy contenta, decía que las bodas la emocionaban mucho y no paraba de hacer recuerdos de las suyas. Después que terminamos de desayunar nos llevó a la sala para darnos su regalo. Nos quedamos atontados, y sin saber ni qué decirle, al recibir las escrituras, a nuestro nombre, de la casa que nos alquilaba. Fue la sorpresa mayor y más agradable de nuestra vida, no podíamos creerlo, era como estar soñando. Pancho y yo la abrazamos y no pudimos contener las lágrimas. «No se pongan así, amigos míos, es una celebración, no un entierro —decía ella—. Vamos a tomar una copita y a platicar». Nos dio un licor muy fuerte y muy fino que le gustaba mucho a don Wilberto, su primer esposo. Y con aquel licor cuyo nombre no recuerdo porque era muy difícil, nos pusimos, Pancho y yo, tan contentos como si tuviéramos veinte años. A ella nunca se le subían los vinos, de seguro porque estaba acostumbrada a ellos de toda su vida. «Mi pobre Willie terminaba una botella diariamente, lo paladeaba con verdadera delicia. Hasta el último día de su vida lo bebió», nos dijo, y sonrió con ternura al recordar a su primer compañero.

Al poco tiempo de nuestro aniversario Filidor y Titina tuvieron gatitos y uno de ellos, un machito, sacó los mismos ojos de Filidor y de doña Matilde. Decidimos regalárselo por tener el color de sus ojos.

Era precioso el gatito aquel, todo gris y con sus ojitos como dos piedras de aguamarina. A doña Matilde le gustó tanto que aceptó el obsequio, no obstante que nunca en su vida había tenido ningún animal en su casa. Le puso el nombre de Minou y lo quería que daba gusto: le compraba carne picada especial y le arregló una cesta muy linda para que durmiera al lado de la cama de ella. Todos los días lo peinaba y le ponía moños de listones finos. Creció muy bonito Minou con la buena vida que le daba doña Matilde, pero un día 14 de octubre que nunca olvidaré, se comió no sé que alimaña del huerto y se envenenó. Doña Matilde nos mandó llamar con urgencia. La encontramos descompuesta y con los ojos enrojecidos y al pobre Minou que apenas si respiraba. Todas las luchas que se le hicieron resultaron inútiles. Buscamos un veterinario que cobró cien pesos solo por la visita; le aplicó inyecciones y suero pero Minou ya no pudo reanimarse y murió en las faldas de doña Matilde que lloraba inconsolable. Cuando se serenó un poco lo arregló en su canasta con flores y perfume y lo colocó en la sala, arriba del piano. Le preguntamos qué pensaba hacer con el gatito y ella nos dijo que lo enterraría en el huerto para tenerlo más cerca. Pancho se ofreció a hacerlo pero doña Matilde no aceptó. «Muchas gracias, amigos míos, son cosas que prefiero hacer yo misma», dijo con su voz más triste. La dejamos sentada junto al gatito muerto; con un dolor tan grande que partía el alma. ¡Y quién nos hubiera dicho que era la última vez que veríamos a doña Matilde en su casa!

Al día siguiente de la muerte de Minou, después de comer, yo estaba lavando los trastes y Pancho dando una clase de solfeo, cuando llegó don Roberto, el boticario de la esquina que era muy amigo de Pancho, a decirnos todo excitado que habían llegado unos automóviles llenos de policías. Se llevaron a doña Matilde con ellos y habían dejado la casa vigilada. Nos quedamos tan sorprendidos y asustados como si hubiéramos visto una aparición y sin saber ni qué pensar. Cuando nos recobramos un poco nos fuimos a ver qué había sucedido. Don Roberto estaba parado en la puerta de la botica y nos detuvo al pasar.

—Será mejor que no lleguen hasta la casa. Parece que la cosa está algo fea y como ustedes son tan amigos de la señora no vaya a ser que también les toque algo —dijo don Roberto.

—Como amigos de ella sabemos que debe ser algún malentendido, algo que se aclarará. No veo de qué o por qué tengamos que ocultarnos —le dije muy molesta.

—Pues yo, en su lugar, no me daría mucho a ver —volvió a

insistir don Roberto.

—Don Roberto tiene razón —dijo Pancho, que siempre había sido miedoso y enemigo de andar en enredos—, será mejor que nos vayamos a nuestra casa y esperemos a ver qué se sabe. Después de todo, ¿qué podemos hacer nosotros? —dijo dirigiéndose a mí que lo estaba mirando de feo modo.

Nos fuimos a nuestra casa y nos sentamos a preguntarnos una y otra vez qué podía haber pasado. Así estuvimos hasta bien entrada la noche. Al día siguiente había gran revuelo en la calle del Chopo. Parecía una feria por la cantidad de gente que iba y venía y la que se aglomeraba frente a la casa de doña Matilde. No se metían en ella porque los gendarmes no dejaban entrar a nadie, pero se subían a las ventanas y a donde podían. Aún conservo los recortes de los periódicos: ¡era horrible lo que decían de la pobre señora! Por supuesto, meras calumnias y difamaciones de gente mala. Alguien, yo creo que unos vecinos que no la querían, y siempre estaban buscando la manera de molestarla porque nunca se relacionó con ellos, dieron parte a la policía de que la señora estaba haciendo un entierro en el jardín de su casa. Entonces fueron los agentes y aprehendieron, sin más, a doña Matilde y escarbaron el huerto. ¡Y claro que encontraron la cajita con el pobre Minou!, y unos esqueletos humanos que fue por lo que hicieron tanto escándalo, inventando las cosas más espantosas. Seguramente, como me explicó Pancho, aquellos esqueletos serían de algunos pobres indios de los que los españoles sacrificaron por montones y enterraron por todas partes. Pero con la buena e indefensa señora se ensañaron los periódicos, la policía y los malos vecinos. Nosotros maliciamos que, a lo mejor, lo que querían era que ella les diera una fuerte suma de dinero para que se quedaran callados, lo cual sucede con mucha frecuencia.

Para complicar más el asunto aparecieron dos güeras que según decían los periódicos eran las hijas del difunto don Octaviano de los Monteros, el último esposo de doña Matilde. Y estas señoras o señoritas, sabrá Dios lo que serían, abrigaban dudas de que su padre no hubiera muerto de muerte natural y pidieron a la policía que se hiciera una investigación exhumando el cadáver de don Octaviano. Alegaban que su padre le había dejado su fortuna íntegra a doña Matilde y a ellas ni un solo centavo, lo cual resultaba sumamente extraño porque su padre las quería mucho. Como ellas se encontraban estudiando en un colegio en Suiza cuando el señor murió, siempre habían sospechado de doña Matilde. También decían que era demasiada casualidad que sus tres maridos hubieran muerto de manera misteriosa, de enfermedades que nunca se supo qué habían

sido, y que no solo ellos sino otros parientes de doña Matilde murieron en igual forma, que todos eran ricos y ella siempre quedaba como única heredera.

Parecía que de pronto todo mundo se hubiera vuelto loco; fueron al cementerio y sacaron de sus tumbas a los parientes de doña Matilde y se pusieron a analizar huesos y cabellos y cuanto encontraban. Entre tanto era espantoso lo que decían los periódicos de nuestra querida amiga: Asesina a sus tres maridos y a sus parientes para quedarse con las herencias. Cuando inhumaba a un gato se le descubrieron sus crímenes ocultos a través de los años, y más cosas tan terribles y crueles como estas. Pancho y yo hicimos infinidad de luchas para que nos dejaran ver a doña Matilde, pero no nos lo permitían. Las hijas de don Octaviano aseguraban que no escatimarían nada hasta no averiguar la verdad sobre la muerte de su padre. Nosotros comentábamos que lo que se proponían era apoderarse de los bienes de doña Matilde, lo cual estaba tan claro como el agua, y por lo mismo ponían tal empeño en decir las cosas más horribles sobre ella.

A los pocos días salió en los periódicos que se habían encontrado vestigios de arsénico en los cadáveres del cementerio, en los encontrados en el huerto, y hasta en el gato. Que doña Matilde los había asesinado suministrándoles pequeñas y diarias dosis del veneno. Era de no creerse hasta dónde llevaron las calumnias y la voracidad de las hijas de don Octaviano, quienes sin duda sí pagaron a los periódicos y a los jueces. Pancho me explicó que los huesos y los cabellos de aquellos esqueletos ya no podían tener más que ceniza después de tantos años, especialmente don Wilberto, el primer esposo de doña Matilde y sus dos hermanos que llevaban más de veinte años de muertos.

Cómo nos dolía que no hubiera nadie que hiciera algo por doña Matilde, la pobrecita estaba sola en el mundo sin quien viera por ella y la defendiera de tantas infamias. Nosotros suplicábamos que nos dejaran hablar en su favor, pero nunca nos hicieron el menor caso ni nos tomaron en cuenta. Los periódicos siguieron publicando cosas y más cosas, mientras duró el juicio. Por fin la declararon culpable de la muerte de sus tres maridos, dos hermanos, la hermana, un tío y una tía. Ocho personas en total, y nuestra pobre amiga que era de veras la persona más bondadosa y buena del mundo incapaz de matar una mosca, y que había llorado tanto por la muerte del gatito, quedó sentenciada, por asesina maniática y peligrosa, a prisión perpetua.

Después supimos que habían vuelto a colocar a los muertos en sus nichos, en la propiedad de doña Matilde; menos a don Octaviano, al

cual sus hijas se llevaron a otra tumba. A los esqueletos que encontraron en el huerto y que inventaron que eran los de un tío y una tía de doña Matilde que vivieron con ella y que de la noche a la mañana habían desaparecido sin que nunca nadie diera razón de ellos, los pusieron en la bóveda de don Octaviano, que estaba desocupada.

Un día logramos verla. A través de las rejas de fierro ni siquiera pudimos abrazarnos. Se había consumido por completo. Aparte de sus setenta y cinco años y de su delicado físico, aquella pena tan terrible la había deshecho. El mal trato, las incomodidades de la prisión, las groserías y las inhumanas calumnias que tuvo que soportar, habían sido demasiado para una señora de su condición social y de su refinada educación. Estuvimos con ella todo el rato que nos permitieron, tomados de sus manos por entre las rejas. Pancho y yo no podíamos contener el llanto, ella solo se enjugaba una lágrima de vez en cuando, yo pienso que su educación le impedía llorar a lágrima viva en un lugar como la cárcel, pero nos decía palabras tiernas y afectuosas: que nuestro recuerdo y cariño la acompañaban siempre, que no la olvidáramos. Entonces nos dijeron que ya teníamos que irnos porque había terminado la visita. Nos quedamos mirándola hasta que desapareció tras la puerta de fierro.

Esta fue la última vez que vimos a doña Matilde, porque a los pocos días de nuestra visita murió repentinamente. Una mañana nos estábamos desayunando cuando llegó don Roberto el boticario con el periódico en la mano. En él leímos que había muerto la anciana asesina y como sospechaban que se había suicidado se le iba a practicar la autopsia. Nos pusimos a llorar como si se nos hubiera muerto de nuevo nuestra madre y mirábamos y mirábamos el periódico sin lograr convencernos de que era cierto lo que estaba escrito. Después de tantas cosas como le habían hecho, no creyeron que hubiera muerto de muerte natural, que la mataron con sus crueles calumnias. Así son algunas gentes, especialmente la policía y los jueces. Y para salirse con la suya afirmaron que se envenenó con arsénico, igual que como había matado a sus víctimas, solo que ella tomó la dosis de una vez. Aseguraban que escondía el veneno dentro de un medallón con el retrato de sus padres que siempre llevaba puesto. Y como nadie salió en defensa de doña Matilde así se quedaron las cosas.

Después de muchos trámites y súplicas nos dejaron asistir a su entierro. Solo fuimos nosotros dos de particulares. Y varios agentes de la policía y los sepultureros. Parece ser que accedieron, según supimos, porque ella pidió, en una carta, que cuando muriera les fuera permitido al maestro de música Francisco Escobar y a su digna esposa,

amigos suyos muy dilectos, acompañarla a su sepelio. También fue, ahora que me acuerdo, un sacerdote que no se cansaba de echar agua bendita hacia todos lados y a cada rato, y que parecía muy nervioso. La enterraron, conforme a sus deseos, junto con sus padres, por los que había tenido verdadera adoración. Dentro de la caja de doña Matilde pusieron dos pequeños cofres con las cenizas de los señores. Pancho y yo le llevamos sus claveles blancos y lloramos sin parar durante el entierro, y después, siempre que nos acordábamos de ella y de su triste historia. Nos consolaba un poco verle los ojos a Filidor, porque era como estar viendo los ojos de doña Matilde.

ÓSCAR

La joven dio la contraseña al empleado y esperó pacientemente a que le entregaran su equipaje. Se sentó en una banca y encendió un cigarrillo, tal vez el último que iba a fumar durante el tiempo que pasara con su familia. Sus ojos revisaban cuidadosamente el local tratando de descubrir si, en esos años de ausencia, había habido algún cambio. Pero todo estaba igual. Solo ella había cambiado, y bastante. Recordó cómo iba arreglada cuando se fue a la capital: el vestido largo y holgado, la cara lavada y con su cola de caballo, zapatos bajos y medias de algodón… Ahora traía un bonito suéter negro, una falda bien cortada y angosta, pegada al cuerpo, zapatillas negras y gabardina beige; pintada con discreción y peinada a la moda, era una muchacha atractiva, guapa, ella lo sabía; es decir, lo fue descubriendo a medida que aprendió a vestirse y a arreglarse… El empleado le llevó sus dos maletas y le dijo:

—Si usted quiere, el coche del correo la puede llevar al pueblo, solo cobra dos pesos, porque el camión tarda mucho en pasar.

La muchacha tomó asiento junto al gordo chofer del correo y le dio la dirección de su casa.

—¿A la casa de don Carlos Román? —preguntó sonriente el chofer—. Yo toco con él en la banda municipal los domingos en la tarde, y después lo acompaño hasta su casa. Si me permite voy a detenerme en el correo a dejar el saco de la correspondencia, no me tardo nada.

El hombre entró a la oficina de correos con el saco de la correspondencia casi vacío. Ella pudo ver desde allí la vieja parroquia del pueblo con sus esbeltas torres, la Plaza de Armas con su quiosco y sus bancas de fierro y, al lado de la parroquia, la notaría de su padre. Sin duda estaba ahora inclinado sobre algún papel de oficio, escribiendo con pluma de manguillo sus letras tan bonitas y uniformes.

La muchacha pagó al chofer los dos pesos convenidos y se quedó un momento, antes de decidirse a tocar, contemplando la casa del notario, su propia casa. Viniendo de la capital parecía pequeña y modesta, pero allí era una buena casa pues tenía dos pisos y un sótano, cualidades raras en el pueblo. La pintura se veía maltratada, las ventanas y la puerta descoloridas, sin duda hacía tiempo que no se preocupaban por la casa. Tocó por fin la puerta y esperó, mientras el

corazón le latía apresuradamente.

—¡Mónica! —gritó al verla Cristina y la estrechó cariñosamente. Los pasos de alguien que llegaba las hicieron separarse, y Mónica corrió a abrazar a su madre, a aquella mujercita flaca, de rostro ceniciento y ojos hundidos y sin brillo. Al abrazarla, Mónica se dio cuenta de la extrema delgadez de la mujer, de su rostro tan marchito y acabado, y se apretó a ella con ternura y dolor.

—¡Qué bueno que regresaste, hija! —decía la madre mientras se limpiaba una lágrima.

—¿Y papá? ¿Y Carlos?

—Papá está en la notaría, y Carlos sigue en la escuela. Ahora tiene a los niños de quinto.

—¿Y… Óscar…?

—Como siempre —dijo lacónicamente la mujer y suspiró. Su rostro parecía en ese momento más ceniciento y sus ojos más hundidos.

Al entrar a la recámara que había compartido con Cristina durante tantos años, Mónica sintió remordimientos y dolor de haber dejado a su hermana languideciendo, consumiéndose en aquel encierro, y no habérsela llevado con ella cuando se fue a la capital. La habitación estaba igual: las dos camas de latón con sus colchas tejidas de hilaza blanca, nítidas y estiradas, como acabadas de poner; el viejo ropero de madera de ojo de pájaro que ellas habían heredado de la abuela; el tocador con su plancha de mármol, y el aguamanil y la jarra de porcelana; el buró con su candelero dorado y su vela lista para ser encendida, y el florero con jazmines que Cristina había cortado para recibirla sabiendo cuánto le gustaba su perfume.

—Cristina, hermana, ¡cómo te he extrañado, no sabes cuánto! —y era sincera Mónica. En ese momento supo claramente que había extrañado a Cristina más que a nadie. La familia, la casa, el pueblo, todo era Cristina: esbelta, pálida, callada siempre, hacendosa y sufrida, resignada.

—Y yo, ¡no te puedes imaginar cuánto! —y sus ojos se empañaron—, solo me consolaba pensando que volverías pero ¿te vas a quedar?, ¿no te vas a volver a ir?

—Ya platicaremos, Cristina.

—Tienes razón. Voy a ayudar a mamá a terminar de hacer la comida, descansa un poco, te ves fatigada.

Mónica se miró en el espejo del tocador-lavabo. Tenía razón Cristina, se veía fatigada y lo estaba. El temor a enfrentarse con todos los de la familia la había puesto muy nerviosa y tensa. Pero era preciso correr el riesgo porque necesitaba mucho el afecto y la cercanía de los suyos. Empezó a sacar la ropa de las maletas y a colgar sus vestidos en el viejo ropero, al lado de los de Cristina. Aquellas prendas allí colgadas, unas al lado de otras, hablaban claramente de las dos mujeres que las usaban y del medio en que se movían.

Como a las dos de la tarde llegaron el padre y el hermano. El recibimiento fue cortés, pero frío. Mónica no había esperado nada distinto. Inmediatamente después de lavarse las manos se sentaron a la mesa. El padre rezó una breve oración, como acostumbraba hacerlo, y comenzaron a comer. Qué buena le supo a Mónica la comida de su casa, hecha con tanto cuidado y esmero por su madre. Poco se hablaba durante las comidas, al padre le molestaba y lo ponía de mal humor. Mónica le observaba de reojo, en realidad casi no había cambiado, tal vez estaba algo más grueso y más calvo, pero continuaba igual de callado y metódico, de bueno y ordenado; con su servilleta puesta desde el cuello seguía sorbiendo la sopa, como siempre lo había hecho. En la otra cabecera de la mesa la madre servía la comida en silencio. «Ella no solo ha cambiado —se dijo Mónica—, se acabó por completo». Enflaquecida en extremo, con la cara afilada y cenicienta y los ojos hundidos y sin brillo, más que un ser humano parecía una sombra dolorosa. Cristina, agobiada por el silencio, la soledad y la desesperanza, era una joven vieja, una flor marchita. Y Carlos, abstraído, encerrado en sí mismo, se veía más grande, representaba más edad que la que tenía. Mónica sintió una gran ternura y mucho dolor por todos ellos y gusto también por haber regresado. Un ruido, como de trastos que caen por el suelo, hizo estremecer a Mónica. Los demás se miraron sin asombro.

—Ya debe de haber terminado de comer —dijo la madre levantándose de la mesa. Salió apresuradamente y desapareció por la puerta que conducía al sótano. A los cuantos minutos regresó trayendo una charola con pedazos de platos y vasos. Jadeaba un poco y su rostro tenía un leve color.

—Está muy nervioso, creo que es por… —y sus ojos se fijaron en Mónica—. Deberías darle algo, papá.

El padre terminó de comer rápidamente, se limpió la boca con la

servilleta, sirvió un poco de agua en un vaso y se dirigió al sótano. El hermano se levantó de la mesa, cogió unos libros y se marchó.

Al día siguiente de su llegada Mónica comenzó a hacer la parte de los quehaceres de la casa que le correspondía, como antes de que se marchara para la capital. La misma rutina de siempre: a las seis y media de la mañana se levantaban; la madre daba de comer a los pájaros y limpiaba las jaulas; las dos hermanas ponían la mesa del comedor y preparaban el desayuno, y a las ocho se sentaban todos a la mesa. Pero antes se le llevaba el desayuno a Óscar porque pasaba el día de muy mal humor si no era atendido primero y él, desde el sótano, tenía gran conocimiento de los ruidos de la casa y de las horas; sabía cuándo se levantaban, cuándo entraban a la cocina, cuándo salían, todo. A las ocho y media se iba Carlos a la escuela y el padre, un poco más tarde, a abrir la notaría. Entonces las tres mujeres limpiaban la casa cuidadosamente. Cristina se encargaba de arreglar la cocina y de lavar la loza, la madre sacudía la sala y el comedor y Mónica se dedicaba a las recámaras y al baño. Mientras la madre salía a hacer la compra para la comida, las muchachas barrían y trapeaban el patio y el zaguán. Después, cuando la mujer regresaba con el mandado, Cristina le ayudaba a preparar la comida y a arreglar la mesa y Mónica lavaba la ropa sucia. En aquella casa siempre había algo que hacer: al terminar de comer se levantaba la mesa y la cocina, se remendaba y planchaba la ropa, y solo después de la cena, cuando ya todo estaba recogido y acomodado, y el padre se ponía a estudiar en el violonchelo las piezas que se tocaban en la serenata de los domingos y el hermano corregía los trabajos de sus alumnos, las tres mujeres hacían alguna labor de tejido o de bordado.

Desde el sótano Óscar manejaba la vida de aquellas gentes. Así había sido siempre, así continuaría siendo. Comía primero que nadie y no permitía que nadie probara la comida antes que él. Lo sabía todo, lo veía todo. Movía la puerta de fierro del sótano con furia, y gritaba cuando algo no le parecía. Por las noches les indicaba con ruidos y señales de protesta cuando ya quería que se acostaran, y muchas veces también la hora de levantarse. Comía mucho, con voracidad y sin gusto, con las manos, grotescamente. A la menor cosa que le incomodaba aventaba los platos con todo y comida, se golpeaba contra las paredes y cernía la puerta. Raras veces permanecía silencioso, siempre estaba monologando entre dientes palabras incomprensibles. Cuando todos se habían retirado a sus habitaciones Óscar salía del sótano. Sacaba entonces el agua del pozo y regaba las macetas cuidadosamente y, si estaba enojado, las rompía estrellándolas contra el piso; pero el día siguiente había que reponer todas las macetas rotas, pues él no soportaba que disminuyeran,

siempre tenía que haber el mismo número de macetas. Cuando terminaba de regar las macetas entraba a la casa y subía la escalera que conducía a las habitaciones. Hacia la medianoche se escuchaba el crujir de la vieja madera de la escalera bajo el tremendo peso de Óscar. A veces abría la puerta de una de las recámaras y tan solo se asomaba, volvía a cerrar la puerta y se regresaba al sótano. Pero otras veces entraba a todos los cuartos y se acercaba hasta las camas y allí se quedaba un rato, inmóvil, observando, y solo su brusca y fuerte respiración rompía el silencio de la noche. Nadie se movía entonces, todos permanecían rígidos y paralizados ante su presencia, pues con Óscar nunca se sabía qué podía suceder. Después, en silencio, salía de la habitación, bajaba pesadamente la escalera y entraba al sótano a acostarse. En aquella casa nadie había dormido jamás tranquila ni normalmente, su sueño era ligero, atento siempre al menor ruido. Pero nadie se quejaba nunca, resignados ante lo irremediable, aceptaban su cruel destino y lo padecían en silencio. En los días de luna llena Óscar aullaba como un lobo todo el tiempo del plenilunio y se negaba a comer.

Podía decirse que la familia Román era una de las familias más acomodadas del pueblo: tenían casa propia y grande, una notaría, un hijo maestro de escuela y, sin embargo, apenas les alcanzaba el dinero que el padre y el hijo ganaban para solventar los gastos de aquella casa; es decir, los muchos gastos que originaba Óscar. Con bastante frecuencia había que reponer cinco, diez, muchas macetas, y ni qué decir de la loza, continuamente se compraban platos, tazas, vasos, y además la ropa que desgarraba y hacía jirones: camisas, pantalones, sábanas, colchas, cobertores; también destrozaba sillas y muebles y, agregado a todo esto, las medicinas que constantemente se le administraban y que eran bastante caras.

Contadas eran las visitas que se recibían en la casa del notario, tan solo algunos familiares o amigos muy íntimos cuyas voces Óscar conocía muy bien, desde pequeño, los cuales iban muy de tiempo en tiempo a saludarlos y a tomar un chocolate mientras platicaban un rato a la caída de la tarde. Una persona desconocida nunca hubiera podido entrar en aquella casa, Óscar no lo hubiera soportado ni tolerado. Las mujeres solo salían a lo indispensable: el mandado, las varias compras, la misa de los domingos y alguna vez entre semana al rosario, algún pésame o entierro, algo verdaderamente muy especial, pues estas cosas lo excitaban sobremanera, él no admitía nada que rompiera o alterase el ritmo y la rutina de su vida y de sus hábitos. Cuando ellas salían, el padre o el hermano se quedaban en la casa porque Óscar temía a la soledad hasta un punto increíble y conmovedor y, además, existía el peligro de que pudiera escaparse.

Mónica había perdido la costumbre de acostarse temprano y pasaba largas horas despierta escuchando la leve respiración de Cristina y pensando en tantas y tantas cosas, hasta que oía las sordas pisadas de Óscar. Entonces Mónica se quedaba muy quieta y cerraba los ojos para que él creyera que dormía. Óscar permanecía junto a su cama algunos minutos, que a Mónica le parecían interminables, eternos. Iba todas las noches a observarla, tal vez extrañado de verla de nuevo allí o queriendo cerciorarse de si era ella. Los años vividos en la ciudad la habían hecho olvidar aquella pesadilla que no terminaba nunca.

Ese día, 6 de agosto, Óscar había estado insoportable desde el amanecer. Una de las medicinas que tomaba, y que lo tranquilizaba bastante, se encontraba agotada y el médico la había suplido con otra, que no le surtía gran efecto. Durante horas había estado gritando, aullando, vociferando, rompiendo todo lo que tenía a su alcance en el sótano, moviendo con furia la puerta de fierro cerrada con candado, aventando los muebles contra ella. Había botado la charola del desayuno, la de la comida; no oía ni atendía a nadie. «Óscar está peor que nunca», dijo la madre cuando llegaron a comer su marido y su hijo. «Yo no sé qué vamos a hacer —seguía diciendo la mujer y se apretaba las manos, agobiada por la angustia—, se ha negado a comer, lo ha roto todo…».

Sin decir una palabra más se sentaron a la mesa, entre aquel insoportable ruido y gritos y aullidos y carcajadas; abatidos por aquella tortura que les estrujaba el alma. La madre se limpiaba con los dedos las lágrimas que no lograba contener. Ni siquiera se escuchaba ahora el acostumbrado sonido que hacía el padre al sorber el caldo.

—Se ha negado a probar bocado, no quiso desayunar ni comer —volvió a decir la madre, como si no lo hubiera comentado ya cuando llegaron el notario y su hijo.

—Ha despedazado todo lo que ha podido —comentó Cristina.

—Creo que sería conveniente ir a avisarle al doctor del estado en que se encuentra —dijo Carlos.

La angustia había logrado romper aquel silencio que el padre había impuesto en las comidas, durante tantos años.

—si será prudente aumentarle la dosis

—pero… a lo mejor…

—¡qué hacer, Dios mío, qué hacer!

—yo creo que es efecto de la luna

—o de la canícula

—solo Dios sabe, ¡solo Dios sabe!

—esta es la peor de las crisis

—tiene los ojos enrojecidos y como saltados

—se ha golpeado mucho y sangrado

—ha estado tratando de abrir el candado

—yo creo que la medicina lo ha puesto así

—a veces los médicos no saben ni qué recetan

—estaba tan calmado, tan bien

—ayer estuvo cantando, la misma canción todo el día y toda la noche, pero cantaba

—sí, pero anoche rompió todas las macetas

—¡ay Dios mío, Dios mío!

—dicen que hay un yerbero en Agua Prieta que es muy bueno

—a veces son puros charlatanes que roban tiempo y dinero —intervino el padre—, yo creo que lo mejor será inyectarlo y que se duerma, ojalá y cuando despierte ya haya pasado la crisis, voy a preparar la jeringa —y se levantó de la mesa.

—Tengo miedo, papá —dijo la madre acercándose a su esposo y tomándolo de un brazo—, mucho miedo.

—Ya lo he inyectado en otras ocasiones y no ha pasado nada, tranquilízate, mujer, ten calma.

—Ya está lista la lámpara —dijo Carlos. Y los dos hombres bajaron al sótano. Las mujeres se quedaron allí, inmóviles y mudas, como tres estatuas.

Gritos inarticulados, ruidos de lucha, de golpes, de cuerpos que

caen, gemidos, exclamaciones… De pronto todo cesó, solo se oían las respiraciones jadeantes de los dos hombres, que bañados en sudor salían del sótano, agotados y maltrechos como si hubieran luchado con una fiera.

Aquel tremendo esfuerzo fue excesivo para el cansado corazón del notario, que se paró de pronto, al día siguiente, cuando se encontraba copiando una escritura en su Protocolo. Ya estaba muerto cuando lo llevaron a su casa. Lo velaron en la sala toda la noche. A pesar de ser un hombre tan querido y respetado en el pueblo, solo pudieron asistir al velorio los pocos familiares y amigos que frecuentaban a los Román y cuyas voces Óscar conocía. El dolor de la familia fue enorme, destrozados por la pena permanecieron todo el tiempo junto a su muerto llorando en silencio. Al día siguiente fue el entierro después de la misa de cuerpo presente, y a la parroquia y al cementerio sí asistió todo el pueblo. Sus compañeros de la banda municipal lo despidieron tocándole sus valses favoritos: Morir por tu amor y Tristes jardines.

Desde ese día en que murió don Carlos Román empeoró la vida de aquellas gentes: la casa con sus crespones negros en la puerta y en las ventanas, las ventanas entrecerradas, las mujeres enlutadas, silenciosas, ensimismadas o ausentes, especialmente la madre que más que un ser vivo parecía un espíritu, una figura fantasmal o la sombra de otro cuerpo, y Carlos, cabizbajo, amordazado por la angustia y el sufrimiento, sabiéndose caminar en un callejón sin salida, acorralado, sin encontrar ni solución ni esperanza para aquel infortunio, que venían padeciendo y arrastrando penosamente a través de la vida. La fatalidad se imponía y eran sus víctimas, sus presas, no había salvación.

A la semana de haber muerto el notario la madre cayó enferma, un día no se levantó más aquella mujer que se había consumido por completo. Y ni siquiera el médico podía entrar a la casa a recetarla, Óscar no lo hubiera permitido. Carlos le informaba diariamente cómo se encontraba su madre y compraba las medicinas que ordenaba. Pero todo esfuerzo era inútil, aquella vida se apagaba lentamente, sin una queja ni un lamento. Pasaba el día entero sumida en un profundo sopor, sin moverse, sin hablar, yéndose.

Pocos días vivió la madre, solo un suspiro y nada más; ni estertores ni convulsiones ni estremecimientos, ni gritos de dolor, nada, solamente un suspiro y se fue a seguir al compañero con quien había compartido la vida y la desdicha. Fue velada en el mismo lugar donde lo había sido don Carlos, enterrada también junto a él. Esa noche, la del entierro, Óscar la pasó en la recámara vacía aullando y

rechinando los dientes.

Siguieron pasando los días de aquel verano luminoso y perfumado, días largos, noches interminables, los tres hermanos encerrados dentro de sí mismos, sin atreverse a hablar, a comunicarse, tan ensimismados y huecos como si los pensamientos y las palabras se les hubieran extraviado o se los hubieran llevado los que se fueron. Cada domingo, después de asistir a misa, Cristina y Mónica iban al cementerio a llevarles flores a sus queridos muertos. Carlos se quedaba en la casa cuidando a Óscar. Por la tarde se sentaban las dos hermanas a tejer junto a la ventana de la sala, y desde allí miraban pasar la vida, como los prisioneros a través de los barrotes de su celda. Carlos aparentaba leer y se mecía en la mecedora de bejuco, donde su padre dormía unas breves siestas antes de irse a tocar a las serenatas de la Plaza de Armas.

Inmensa se veía la luna esa noche de plenilunio en agosto, había hecho bastante calor durante el día y continuaba aún en la noche, apenas si se soportaba una sábana sobre el cuerpo. Óscar aullaba como siempre lo hacía en las noches de luna llena y nadie lograba conciliar el sueño, aullaba y rompía macetas, subía y bajaba las escaleras, vociferaba, aullaba, gritaba, subía y bajaba… Agobiados por el calor que había aumentado fueron dejándose caer poco a poco en el sueño, en un sueño rojo, ardiente como una llamarada abrasadora, que los envolvía, hasta que llegó la tos, una tos seca y obstinada que los despertó. Con ojos desorbitados contemplaron las lenguas de fuego que llegaban ya hasta las habitaciones subiendo desde la planta baja, y el humo denso y asfixiante que los hacía toser, llorar, toser, y los aullidos de Óscar, que estaba sin duda abajo en el sótano, aullidos y carcajadas, carcajadas de júbilo como nunca las habían oído, y las llamas entrando, casi alcanzándolos. No podían perder tiempo, la escalera había sido devorada por el fuego, solo quedaban las ventanas. Anudando sábanas Carlos bajó a Cristina, después a Mónica y por último él se descolgó. Cuando Carlos tocó piso la casa estaba completamente invadida por las llamas que salían por las ventanas, por la puerta, por todos lados. Aún se escuchaban las carcajadas de Óscar cuando los tres, tomados de la mano, empezaron a caminar hacia la salida del pueblo. Ninguno volvió la cabeza para mirar por última vez la casa incendiada.

EL ENTIERRO

A Julio y Aurora Cortázar

Volvió en sí en un hospital, en un cuarto pequeño donde todo era blanco y escrupulosamente limpio, entre tanques de oxígeno y frascos de suero, sin poder moverse ni hablar, sin permiso de recibir visitas. Con la conciencia vino también la desesperación de encontrarse hospitalizado y de una manera tan estricta. Todos sus intentos de comunicarse con su oficina, de ver a su secretaria, fueron inútiles. Los médicos y las enfermeras le suplicaban a cada instante que descansara y se olvidara, por un tiempo, de todas las cosas, que no se preocupara por nada. «Su salud es lo primero, descanse usted, repose, repose, trate de dormir, de no pensar…». Pero ¿cómo dejar de pensar en su oficina abandonada de pronto sin instrucciones, sin dirección? ¿Cómo no preocuparse por sus negocios y todos los asuntos que estaban pendientes? Tantas cosas que había dejado para resolver al día siguiente. Y la pobre Raquel sin saber nada… Su mujer y sus hijos eran acompañantes mudos. Se turnaban a su cabecera pero tampoco lo dejaban hablar ni moverse. «Todo está bien en la oficina, no te preocupes, descansa tranquilo». Él cerraba los ojos y fingía dormir, daba órdenes mentalmente a su secretaria, repasaba todos sus asuntos, se desesperaba. Por primera vez en la vida se sentía maniatado, dependiendo solo de la voluntad de otros, sin poder rebelarse porque sabía que era inútil intentarlo. Se preguntaba también cómo habrían tomado sus amigos la noticia de su enfermedad, cuáles habrían sido los comentarios. A veces, un poco adormecido a fuerza de pensar y pensar, identificaba el sonido del oxígeno con el de su grabadora, y sentía entonces que estaba en la oficina dictando como acostumbraba hacerlo, al llegar por las mañanas; dictaba largamente hasta que, de pronto y sin tocar la puerta, entraba su secretaria con una enorme jeringa de inyecciones y lo picaba cruelmente; abría entonces los ojos y se encontraba de nuevo allí, en su cuarto del hospital.

Todo había empezado de una manera tan sencilla que no le dio importancia. Aquel dolorcillo tan persistente en el brazo derecho, lo había atribuido a una simple reuma ocasionada por la constante humedad del ambiente, a la vida sedentaria, tal vez abusos en la bebida… tal vez. De pronto sintió que algo por dentro se le rompía, o se abría, que estallaba, y un dolor mortal, rojo, como una puñalada de fuego que lo atravesaba; después la caída, sin gritos, cayendo cada vez más hondo, cada vez más negro, más hondo y más negro, sin fin, sin aire, en las garras de la asfixia muda.

Después de algún tiempo, casi un mes, le permitieron irse a su casa, a pasar parte del día en un sillón de descanso y parte recostado en la cama. Días eternos sin hacer nada, leyendo solo el periódico, y eso después de una gran insistencia de su parte. Contando las horas, los minutos, esperando que se fuera la mañana y viniera la tarde, después la noche, otro día, otro, y así… Aguardando con verdadera ansiedad que fuera algún amigo a platicar un rato. Casi a diario les preguntaba a los médicos con marcada impaciencia, cuándo estaría bien, cuándo podría reanudar su vida ordinaria. «Vamos bien, espere un poco más». «Tenga calma, esas cosas son muy serias y no se pueden arreglar tan rápidamente como uno quisiera. Ayúdenos usted…». Y así era siempre. Nunca pensó que le llegara a pasar una cosa semejante, él que siempre había sido un hombre tan sano y tan lleno de actividad. Que tuviera de pronto que interrumpir el ritmo de su vida y encontrarse clavado en un sillón de descanso, allí en su casa, a donde desde algunos años atrás no iba sino a dormir, casi siempre en plena madrugada; a comer de vez en cuando (los cumpleaños de sus hijos y algunos domingos que pasaba con ellos). En la actualidad solo hablaba con su mujer lo más indispensable, cosas referentes a los muchachos que era necesario discutir o resolver de común acuerdo, o cuando tenían algún compromiso social, de asistir a una fiesta o de recibir en su casa. El alejamiento había surgido a los pocos años de matrimonio. Él no podía atarse a una sola mujer, era demasiado inquieto, tal vez demasiado insatisfecho. Ella no lo había comprendido. Reproches, escenas desagradables, caras largas… hasta que al fin acabó por desentenderse totalmente de ella y hacer su vida como mejor le complacía. No hubo divorcio; su mujer no admitía esas soluciones anticatólicas, y se concretaron solo a ser padres para los hijos y a cumplir con las apariencias. Había llegado a serle tan extraña que ya no sabía qué platicarle ni qué decirle. Ahora ella lo atendía con marcada solicitud, que él no llegaba a entender si era todavía un poco de afecto, sentido del deber, o tal vez lástima de verlo tan enfermo. Como fuera, se encontraba bastante incómodo ante ella, no porque sintiera remordimientos de ninguna especie (nunca había tenido remordimientos en la vida), solo su propio yo tenía validez, los otros funcionaban en relación con su deseo.

Pocos amigos lo visitaban. Los más íntimos: «¿cómo te sientes?», «¿qué tal va ese ánimo?», «hoy te ves muy bien», «hay que darse valor, animarse», «pronto estarás bien», «tienes muy buen semblante, no pareces enfermo» (entonces sentía unos deseos incontrolables de gritar que no estaba enfermo del semblante, que cómo podían ser tan imbéciles), pero se contenía; lo decían seguramente de buena fe, además no era justo portarse grosero con quienes iban a platicar un

rato con él y a distraerlo un poco. Esos momentos con sus amigos y los ratos que pasaba con sus hijos cuando no iban a clases, eran su única distracción.

Todos los días aguardaba el momento en que su mujer se metía bajo la regadera, entonces descolgaba el teléfono y en voz muy baja le hablaba a Raquel. A veces ella le contestaba al primer timbrazo; otras tardaba; otras no contestaba; él imaginaba entonces cosas que lo torturaban terriblemente: la veía en la cama, en completo abandono, acompañada todavía, sin oír siquiera el timbre del teléfono, sin acordarse ya de él, de todas sus promesas… En esos momentos quería aventar el teléfono y las mantas que le calentaban las piernas, y correr, llegar pronto, sorprenderla (todas eran iguales, mentirosas, falsas, traidoras, «el muerto al hoyo y el vivo al pollo», miserables, vendidas, cínicas, poca cosa, pero de él no se burlaría, la pondría en su lugar, la botaría a la calle, a donde debía estar, la enseñaría a que aprendiera a comportarse, a ser decente, se buscaría otra muchacha mejor y se la pondría enfrente, ya vería la tal Raquel, ya vería…). Pálido como un muerto y todo tembloroso, pedía a gritos un poco de agua y la pastilla calmante. Otro día ella contestaba el teléfono rápidamente y todo se le olvidaba.

Los días seguían pasando sin ninguna mejoría. «Debe usted tener paciencia, esta es una cosa lenta, ya se lo hemos dicho, espere un poco más». Pero él empezó a observar cosas bastante evidentes: las medicinas que disminuían o se tornaban en simples calmantes; pocas radiografías, menos electrocardiogramas; las visitas de los médicos cada vez más cortas y sin comentarios; el permiso para ver a su secretaria y tratar con ella los asuntos más urgentes; la notable preocupación que asomaba a los rostros de su mujer y de sus hijos; su solicitud exagerada al no querer ya casi dejarlo solo, sus miradas llenas de ternura… Desde algunos días atrás su mujer dejaba abierta la puerta de la recámara, contigua a la de él, y varias veces durante la noche le daba vueltas con el pretexto de ver si necesitaba algo. Una noche que no dormía la oyó sollozar. No tuvo más dudas entonces, ni abrigó más esperanzas. Lo entendió todo de golpe, no tenía remedio y el fin era tal vez cercano. Experimentó otro desgarramiento, más hondo aún que el del ataque. El dolor sin límite ni esperanza de quien conoce de pronto su sentencia y no puede esperar ya nada sino la muerte; de quien tiene que dejarlo todo cuando menos lo pensaba, cuando todo estaba organizado para la vida, para el bienestar físico y económico; cuando había logrado cimentar una envidiable situación; cuando tenía tres muchachos inteligentes y hermosos a punto de convertirse en hombres; cuando había encontrado una chica como Raquel. La muerte no estuvo nunca en sus planes ni en su

pensamiento. Ni aun cuando moría algún amigo o algún familiar pensaba en su propia desaparición; se sentía lleno de vida y de energías. ¡Tenía tantos proyectos, tantos negocios planeados, quería tantas cosas! Deseó ardientemente, con toda su alma, encontrarse en otro día, sentado frente a su escritorio dictando en la grabadora, corriendo de aquí para allá, corriendo siempre para ganarle tiempo al tiempo. ¡Que todo hubiera sido una horrible pesadilla! Pero lo más cruel era que no podía engañarse a sí mismo. Había ido observando día a día que su cuerpo le respondía cada vez menos, que la fatiga comenzaba a ser agobiante, la respiración más agitada.

Aquel descubrimiento lo hundió en una profunda depresión. Así pasó varios días, sin hablar, sin querer saber de sus negocios, sin importarle nada. Después, y casi sin darse cuenta, empezó, de tanto pensar y pensar en la muerte, a familiarizarse con ella, a adaptarse a la idea. Hubo veces en que casi se sintió afortunado por conocer su próximo fin y no que le hubiera pasado como a esas pobres gentes que se mueren de pronto y no dan tiempo ni a decirles «Jesús te ayude»; los que se mueren cuando están durmiendo y pasan de un sueño a otro sueño, dejándolo todo sin arreglar. Era preferible saberlo y preparar por sí mismo las cosas: hacer su testamento correctamente, y también ¿por qué no? dejar las disposiciones para el entierro. Quería ser enterrado, en primer lugar, como lo merecía el hombre que trabajó toda la vida hasta lograr una respetable posición económica y social y, en segundo término, a su gusto y no a gusto y conveniencias de los demás. «Ya todo es igual, para qué tanta ostentación, son vanidades que ya no tienen sentido», eso solían opinar siempre los familiares de los muertos. Pero para quien lo dejaba todo, sí tenía sentido que las dos o tres cosas últimas que se llevaba fueran de su gusto. Empezó por pensar cuál sería el cementerio conveniente. El Inglés tenía fama de ser el más distinguido y por lo tanto debía ser el más costoso. Allí fue a enterrar a dos amigos y no lo encontró mal ni deprimente; parecía más bien un parque, con muchas estatuas y prados muy bien cuidados. Sin embargo se respiraba allí una cierta frialdad establecida: todo simétrico, ordenado, exacto como la mentalidad de los ingleses y, para ser sincero consigo mismo, nunca le habían simpatizado los ingleses con su eterna careta de serenidad, tan metódicos, tan puntuales, tan llenos de puntos y comas. Siempre le costó mucho trabajo entenderlos las ocasiones en que tuvo negocios con ellos; eran minuciosos, detallistas y tan buenos financieros que le producían profundo fastidio. Él, que era tan decidido en todas sus cosas, que se jugaba los negocios muchas veces por pura corazonada, que al tomar una decisión había dicho su última palabra, que cerraba un negocio y pasaba inmediatamente a otro, no soportaba a aquellos tipos que

volvían al principio del asunto, hacían mil observaciones, establecían cláusulas, imponían mil condiciones, ¡vaya que eran latosos…! Mejor sería pensar en otro cementerio. Se acordó entonces del Jardín, allí donde estaba enterrada su tía Matilde. No cabía duda de que era el más bonito: fuera de la ciudad, en la montaña, lleno de luz, de aire, de sol (por cierto que no supo nunca cómo había quedado el monumento de su tía; no tenía tiempo para ocuparse de esas cosas, no por falta de voluntad, ¡claro!; su mujer le contó que lo habían dejado bastante bien). Allí también estaba Pepe Antúnez, ¡tan buen amigo, y qué bueno era para la copa!, nunca se doblaba, aguantaba hasta el final. Ya cuando estaba alegre, le gustaba oír canciones de Guty Cárdenas, y por más que le dijeron que dejara la copa nunca hizo caso. «Si no fuera por estas —decía levantando la copa— y una o dos cosas más, ¡qué aburrida sería la vida!». Y se murió de eso. Él tampoco había sido malo para la copa: unos cuantos whiskys para hacer apetito, una botella de vino en la comida, después algún coñac o una crema y, si no hubiera sido porque tenía demasiados negocios y le quedaba poco tiempo, a lo mejor habría acabado como el pobre Pepe… Pensó también en el Panteón Francés. «Tiene su categoría, no cabe duda, pero es el que más parece un cementerio, tan austero, tan depresivo. Es extraño que sea así, pues los franceses siempre parecen tan llenos de vida y de alegría… sobre todo ellas… Renée, Dennise, Viviàne…». Y sonrió complacido, «¡guapas muchachas!». Cuando estaba por los cuarenta creía que tener una amante francesa era de muy buen tono y provocaba cierta envidia entre los amigos, pues existe la creencia de que las francesas y las italianas conocen todos los secretos y misterios de la alcoba. Después, con los años y la experiencia, llegó a saber que el ardor y la sabiduría eróticos no son un rasgo racial, sino exclusivamente personal. Había tenido dos amantes francesas por aquel entonces. Viviàne no fue nada serio. A Renée se la presentaron en un coctel de la embajada francesa:

—Acabo de llegar… estoy muy desorientada… no sé cómo empezar los estudios que he venido a hacer, usted sabe, un país desconocido…

—Lo que usted necesita es un padrino que la oriente, algo así como un tutor…

La mirada con que ella aceptó el ofrecimiento fue tan significativa, que él supo que podría aspirar a ser algo más que tutor. Y así fue, casi sin preámbulos ni rodeos se habían entendido. Con la misma naturalidad con que algunas mujeres toman un baño o se cepillan los dientes, aquellas niñas iban a la cama. Le había puesto un departamento chico pero agradable y acogedor: una pequeña estancia

con cantina, una cocinita y un baño. En la estancia había un couch forrado de terciopelo rojo que servía de asiento y de cama, una mesa y dos libreros. Renée llevó solamente algunos libros, una máquina de escribir y sus objetos personales. Él le regaló un tocadiscos para que pudiera oír música mientras estudiaba. Ella nunca cocinaba en el departamento, decía que no le quedaba tiempo con tantas clases y se quejaba siempre de que comía mal, en cualquier sitio barato. Los hermanos estudiaban aún, el padre, un abogado ya viejo, litigaba poco. Por lo tanto de su casa le enviaban una cantidad muy reducida para sus gastos. Él no había podido soportar que Renée viviera así y le regaló una tarjeta del Diners' Club para que comiera en buenos restaurantes. Al poco tiempo tuvo que cambiarla a otro departamento más grande y, por supuesto, más costoso. Ella se lamentaba continuamente de que el departamento era demasiado reducido, de que se sentía asfixiar, de que los vecinos hacían mucho ruido y no la dejaban trabajar… Después tuvo que comprarle un automóvil, porque perdía mucho tiempo en ir y venir de la escuela, los camiones siempre iban llenos de gente sucia y de léperos que la asediaban con sus impertinencias; a veces hasta necesitaba pedir ayuda, ¡y claro que él no podía permitir esas cosas! Renée le había gustado mucho, era cierto, pero nunca se apasionó por ella. La relación duró como un año. Después ella empezó a no dejarse ver tan seguido: «Tengo que estudiar mucho, reprobé una materia, y quiero presentarla a título de suficiencia, un compañero me va a ayudar…». Cuando ella tenía que estudiar, lo cual sucedía casi todas las noches, él pasaba a llevarle una caja de chocolates o algunos bocadillos; ella abría la puerta y recibía el obsequio pero no le permitía entrar: «Estando tú, no podré estudiar y tengo que pasar el examen», le daba un beso rápido y cerraba la puerta con un au revoir chéri. Él se marchaba entonces un poco fastidiado en busca de algún amigo para ver una variedad, o a tomar algunas copas antes de irse a dormir a su casa… Aquel día le llevó los chocolates como de costumbre. Se había despedido, y ya se iba, cuando notó que llevaba desanudada la cinta de un zapato, se agachó para amarrársela, pegado casi a la puerta del departamento. Entonces escuchó las risas de ellos y algunos comentarios: «Ya nos trajeron nuestros chocolates. ¡Pobre viejo tonto!», decía el muchacho. Después más risas, después… ¡Lo que había sentido! Toda la sangre se le subió de pronto a la cabeza, quiso tirar la puerta y sorprenderlos, golpear, gritar; y no estaba enamorado, era su orgullo, su vanidad por primera vez ofendida. ¡Qué buena jugada le había hecho la francesita! Encendió un cigarrillo y le dio varias fumadas. No valía la pena, había reflexionado de pronto, solo quedaría en ridículo, o a lo mejor se le pasaba la mano y mataba al muchacho y ¿entonces?, ¡qué escándalo en los periódicos! Un hombre de su posición engañado por un

estudiantillo, ¡daba risa! Sus amigos se burlarían de él hasta el fin de su vida, ya se lo imaginaba. Además, toda la familia se enteraría, los clientes que lo juzgaban una persona tan seria y honorable… No, de ninguna manera se comprometería con un asunto de tal índole. Tomó el elevador y salió del edificio, estacionó su carro a cierta distancia y esperó fumando cigarrillo tras cigarrillo. Quería saber a qué hora salía el muchacho, para estar totalmente seguro. Esperó hasta las siete de la mañana; lo vio salir arreglándose el cabello, bostezando… Después ella lo había buscado muchas veces. Lo llamaba a su oficina, lo esperaba a la entrada, lo buscaba en los bares acostumbrados. Él permaneció inabordable; ya no le interesaba: había miles como ella, o mejores. Dennise no significó nada, se acostó con ella dos o tres veces, y era mucho, pues todos sus amigos y casi media ciudad, habían pasado solo una vez por su lecho; tenía la cualidad de ser muy aburrida y la obsesión de casarse con quien se dejara, además era larga y flacucha, no tenía nada…



Se decidió finalmente por el Cementerio Jardín, quedaría cerca de su tía Matilde. Después de todo, ella fue como su segunda madre, lo había recogido cuando quedó huérfano y le dio cariño y protección. Ordenaría que le hicieran un monumento elegante y sobrio: una lápida de mármol con el nombre y la fecha. Compraría una propiedad para toda la familia; que pasaran allí a la tía Matilde y a sus hermanos. Comprar una propiedad tenía sus ventajas: como inversión era bastante buena, pues los terrenos suben de precio siempre, aun los

de los cementerios; aseguraba también que sus hijos y su mujer tuvieran dónde ser enterrados; no sería nada difícil que acabaran con la herencia que iba a dejarles, ¡había visto tantos casos de herencias cuantiosas dolorosamente dilapidadas! Su ataúd sería metálico, bien resistente y grande; no quería que le pasara lo que a Pancho Rocha: cuando fue a su velorio tuvo la desagradable impresión de que lo habían metido en una caja que le quedaba chica. Pediría una carroza de las más elegantes y caras para que las gentes que vieran pasar su entierro dijeran: debe haber sido alguna persona muy importante y muy rica. En cuanto a la agencia funeraria donde sería velado no había problema, Gayosso era la mejor de todas. Estas disposiciones irían incluidas en el testamento que pensaba entregar a su abogado y que debería ser abierto tan pronto él muriera para darle tiempo a la familia de cumplir sus últimos deseos.

Los días empezaron a hacérsele cortos. A fuerza de pensar y pensar se le iban las horas sin sentir. Ya no sufría esperando las visitas de los amigos, por el contrario deseaba que no fueran a interrumpirlo ni que su secretaria llegara a informarlo o a consultarle cosas de sus negocios. La familia comenzó a hacerse conjeturas al observar el cambio que había experimentado después de tantos días sumido en el abatimiento. Se le veía entusiasmado con lo que planeaba; sus ojos tenían otra vez brillo. Permanecía callado, era cierto, pero ocupado en algo muy importante. Llegaron a pensar que estaría madurando alguno de esos grandes negocios que solía realizar. Para ellos este cambio fue un alivio, pues su depresión les hacía más dura la sentencia que se cernía sobre él.

Comenzó por escribir el testamento, las disposiciones para el entierro las dejaría al final, ya que estaban totalmente planeadas y resueltas. La fortuna —fincas, acciones, dinero en efectivo— sería repartida por partes iguales entre su mujer y sus tres hijos; su mujer quedaría como albacea hasta que los muchachos hubieran terminado sus carreras y estuvieran en condiciones de iniciar un trabajo. A Raquel le dejaría la casa que le había puesto y una cantidad de dinero suficiente para que hiciera algún negocio. A su hermana Sofía, algunas acciones de petróleos; la pobre nunca estaba muy holgada en cuestión de dinero, con tantos hijos y con Emilio que casi siempre terminaba mal en todos los negocios que emprendía. A su secretaria le daría la casa de la colonia del Valle: había sido tan paciente con él, tan fiel y servicial, tenía casi quince años a su servicio… Su hermano Pascual no necesitaba nada, ya que era tan rico como él. Pero su tía Carmen sí, aunque era cierto que nunca tuvo gran cariño por aquella vieja neurasténica que siempre lo estaba regañando y censurando; en fin, así era la pobre y ya estaba tan vieja que le quedaría sin duda poco

tiempo de vida, que por lo menos ese tiempo tuviera todo lo que se le antojara.

Tardó varios días en escribir el testamento. No quería que nadie se enterara de su contenido hasta el momento oportuno. Escribía en los pocos ratos en que lo dejaban solo. Cuando alguien llegaba, escondía los papeles en el escritorio y cerraba con llave el cajón. Todo había quedado perfectamente aclarado para no dar lugar a confusiones y pleitos, era un testamento bien organizado y justo, no defraudaría a nadie. Solo faltaba agregar allí las disposiciones para el entierro, lo cual haría en cualquier otro momento.

Dos cosas deseaba antes de morir: salir a la calle por última vez, caminar solo, sin que nadie lo vigilara y sin que nadie en su casa se enterara, caminar como una de esas pobres gentes que van tan tranquilas sin saber que llevan ya su muerte al lado y que al cruzar la calle un carro las atropella y las mata, o los que se mueren cuando están leyendo el periódico mientras hacen cola para esperar su camión; quería también volver a ver una vez más a Raquel, ¡la había extrañado tanto!… La última vez que estuvieron juntos cenaron fuera de la ciudad; el lugar era íntimo y agradable, muy poca luz, la música asordinada, lenta… A las tres copas Raquel quiso bailar; él se había negado: le parecía ridículo a su edad, podía encontrarse con algún conocido, eso ya no era para él; pero ella insistió, insistió y ya no pudo negarse. Recordaba aún el contacto de su cuerpo tan generosamente dotado, su olor de mujer joven y limpia, y como si hubiera tenido un presentimiento, la había estrechado más.

Cuando la fue a dejar a su casa, no se quedó con ella; no se sentía bien, tenía una extraña sensación de ansiedad, algo raro que le oprimía el pecho, lo sofocaba y le dificultaba la respiración; apenas había podido llegar a su casa y abrir el garaje… Cumpliría estos deseos, sin avisarle a nadie, se escaparía. Después de la comida resultaría fácil: su mujer dormía siempre una pequeña siesta y los sirvientes hacían una larga sobremesa. Él pasaba siempre las tardes en la biblioteca donde había una puerta que comunicaba con el garaje, por allí saldría sin ser visto. En el clóset de la biblioteca tenía abrigo y gabardina… Cuando regresara les explicaría todo, ellos entenderían. En su situación ya nada podía hacerle mal, su muerte era irremediable. Se quedara sentado inmóvil como un tronco o saliera a caminar, para el caso ya todo era igual… En aquel momento entró su mujer: la tarde estaba fría, llovía un poco, era mejor irse a la cama. Accedió de buena gana y se dejó llevar. Antes de dormirse volvió a pensar con gran regocijo que al día siguiente haría su última salida. Se sentía tan emocionado como el muchacho que se va por primera vez

de parranda: vería a Raquel, vería otra vez las calles, caminaría por ellas…

Estaba en la biblioteca, como de costumbre, sentado en su eterno sillón de descanso. No se escuchaba el menor ruido. Parecía que no había un alma en toda la casa. Sonrió complacido: todo iba a resultarle más fácil de lo que había pensado. Eran cerca de las cuatro de la tarde cuando se decidió a salir. Sacó del clóset la gabardina, una bufanda de lana y un sombrero. Se arregló correctamente y escuchó pegado a la puerta, pero no había la menor señal de vida en aquella casa, todo era silencio, un silencio absoluto. Bastante tranquilo salió por la puerta del garaje, no sin antes haberse colocado unos gruesos lentes oscuros para no ser reconocido. Quería caminar solo. La tarde era gris y algo fría, tarde de otoño, ya casi invierno. Se acomodó la bufanda y se subió el cuello de la gabardina, se alejó de la casa lo más rápido que pudo. Después, confiado, aminoró el paso y se detuvo a comprar cigarrillos. Encendió uno y lo saboreó con gran deleite, ¡tanto tiempo sin fumar! Al principio les pedía siempre a sus amigos que le llevaran cigarrillos, nunca lo hicieron, después no volvió a pedirlos. Caminó un rato sin rumbo, hasta que se dio cuenta de que iba en dirección contraria a la casa de Raquel y cambió su camino. Al llegar a una esquina se detuvo: venía un cortejo fúnebre y ya no le daba tiempo de atravesar la calle. Esperaría… Pasaron primero unos camiones especiales llenos de personas enlutadas, después siguió una carroza negra, nada ostentosa, común y corriente, sin galas, «debía ser un entierro modesto». Sin embargo, detrás de la carroza, varios camiones llevaban grandes ofrendas florales, coronas enormes y costosas, «entonces se trataba de alguna persona importante». Venía después el automóvil de los deudos, un Cadillac negro último modelo, «igual al suyo». Al pasar el coche pudo distinguir en su interior las caras desencajadas y pálidas de sus hijos y a su mujer que, sacudida por los sollozos, se tapaba la boca con un pañuelo para no gritar.

TIEMPO DESTROZADO

Primero fue un inmenso dolor. Un irse desgajando en el silencio. Desarticulándose en el viento oscuro. Sacar de pronto las raíces y quedarse sin apoyo, sordamente cayendo. Despeñándose de una cima muy alta. Un recuerdo, una visión, un rostro, el rostro del silencio, del agua… Las palabras finalmente como algo que se toca y se palpa, las palabras como materia ineludible. Y todo acompañado de una música oscura y pegajosa. Una música que no se sabe de dónde sale, pero que se escucha. Vino después el azoro de la rama aérea sobre la tierra. El estupor del ave en el primer día de vuelo. Todo fue ligero entonces y gaseoso. La sustancia fue el humo, o el sueño, la niebla que se vuelve irrealidad. Todo era instante. El solo querer unía distancias. Se podía tocar el techo con las manos, o traspasarlo, o quedarse flotando a medio cuarto. Subir y bajar como movido por un resorte invisible. Y todo más allá del sonido; donde los pasos no escuchan sus huellas. Se podía llegar a través de los muros. Se podía reír o llorar, gritar desesperadamente y ni siquiera uno mismo se oía. Nada tenía valor sino el recuerdo. El instante sin fin estaba desierto, sin espectadores que aplaudieran, sin gritos. Nada ni nadie para responder. Los espejos permanecían mudos. No reflejaban luz, sombra ni fuego…

Entramos en la Huerta Vieja, mi padre, mi madre y yo. La puerta estaba abierta cuando llegamos y no había ni perros ni hortelano. Íbamos muy contentos cogidos de las manos, yo en medio de los dos. Mi padre silbaba alegremente. Mamá llevaba una cesta para comprar fruta. Había muchas flores y olor a fruta madura. Llegamos hasta el centro de la huerta, allí donde estaba el estanque con pececitos de colores. Me solté de las manos de mis padres y corrí hasta la orilla del estanque. En el fondo había manzanas rojas y redondas y los peces pasaban nadando sobre ellas, sin tocarlas… quería verlas bien… me acerqué más al borde… más…

—No, hija, que te puedes caer —gritó mi padre. Me volví a mirarlos. Mamá había tirado la cesta y se llevaba las manos a la cara, gritando.

—Yo quiero una manzana, papá.

—Las manzanas son un enigma, niña.

—Yo quiero una manzana, una manzana grande y roja, como esas…

—No, niña, espera… yo te buscaré otra manzana.

Brinqué adentro del estanque. Cuando llegué al fondo solo había manzanas y peces tirados en el piso; el agua había saltado fuera del estanque y, llevada por el viento, en remolino furioso, envolvió a papá y a mamá. Yo no podía verlos, giraban rodeados de agua, de agua que los arrastraba y los ocultaba a mi vista, alejándolos cada vez más… sentí un terrible ardor en la garganta… papá, mamá… papá, mamá… yo tenía la culpa… mi papá, mi mamá… Salí fuera del estanque. Ya no estaban allí. Habían desaparecido con el viento y con el agua… comencé a llorar desesperada… se habían ido… tenía miedo y frío… los había perdido, los había perdido y yo tenía la culpa… estaba oscureciendo… tenía miedo y frío… mi papá, mi mamá… miré hacia abajo; el fondo del estanque era un gran charco de sangre…

Un árabe vendía telas finas en un cuarto grande lleno de casilleros.

—Quiero una tela muy linda para hacerme un traje, necesito estar elegante y bien vestida esa noche —le dije.

—Yo tengo las telas más hermosas del mundo, señora… mire este soberbio brocado de Damasco, ¿no le gusta?

—Sí, pero yo quiero una cosa más ligera, los brocados no son propios para esta estación.

—Entonces tengo esta. Fíjese qué dibujos… caballos, flores, mariposas… y se salen de la tela… mírelos cómo se van… se van… se van… después regresan… los caballos vuelven solo en recuerdo, las mariposas muertas, las flores disecadas… todo se acaba y descompone, querida señora…

—¡No siga, por Dios! Yo no quiero cosas muertas, quiero lo que perdura, no lo efímero ni lo transitorio, esa tela es horrible, me hace daño, llévesela, llévesela…

—¿Y qué me dice de esta otra?

—Bella… muy bella en verdad… es como un oleaje suave y…

—No, señora, está usted completamente equivocada, no es un oleaje suave, esta tela representa el caos, el desconcierto total, lo informe, lo inenarrable… pero le quedará sin duda un bello traje…

—Aparte de mí esa tela desquiciante, no quiero verla más… yo quiero una tela linda, ya se lo dije.

El árabe me miraba con sus negros ojos, hundidos y brillantes. Entonces descubrí una tela sobre una mesa.

—Déjeme ver esta, creo que me gusta…

—Muy bonita, ¿verdad?

—Sí, me gusta bastante.

—Pero no puedo vendérsela.

—¿Por qué no?

—Hace años la dejó apartada una señora y no sé cuándo vendrá por ella.

—Tal vez ya se olvidó de la tela. ¿Por qué no me la vende?

—Si se olvidó no tiene importancia, la tela se quedará aquí siempre, siempre, siempre; pero por ventura, querida señora, ¿sabe usted lo que esta palabra significa?… Bueno, ¿qué le parece esta que tengo aquí?

—Muy linda, la quiero.

—Debo advertirle que con esta tela no le saldrá nada, si acaso un adorno para otro vestido… ¡Ah!, pero tengo esta que es un primor, mire qué seda más fina y qué color tan tierno y delicado, es como un pétalo…

—Tiene razón, es perfecta para el traje que quiero, exactamente como yo la había pensado.

—Se verá usted con ella como una rosa animada. Es mi mejor tela, ¿se la llevará sin duda?

—Por supuesto, córteme tres metros.

—Pero… ¿qué es lo que estoy oyendo?, ¿cortar esta tela?, ¿hacerla pedazos? ¡Qué crimen más horrendo! No puede ser, no… su sangre corriendo a ríos, llenando mi tienda, manchándolo todo, todo, subiendo hasta mi garganta, ahogándome, no, no, ¡qué crimen asesinar esta tela!, asesinarla fríamente, solo porque es bella, porque es tierna e indefensa, ¡qué infamia, qué maldad, qué ser más despreciable es usted, deleznable y vil, y todo por un capricho! ¡Ah, qué crueldad, qué crueldad…!, pero le costará bien cara su maldad, la pagará con creces, y no podrá ni arrepentirse porque no le darán tiempo; mire, mire hacia todos lados, en los casilleros, en las mesas, solo hay telas vacías, huecas, abandonadas; todos se han salido, todos vienen hacia acá, hacia usted, y se van cercando, cada vez más, más, más estrecho, más cerca, hasta que usted ya no pueda moverse ni respirar, así, así, así…

Sangre, ¡qué feo el olor de la sangre! Tibia, pegajosa, la cogí y me horroricé, me dio mucho asco y me limpié las manos en el vestido. Lloraba sin consuelo y los mocos me escurrían; quería esconderme debajo de la cama, a oscuras, donde nadie me encontrara… «Lucinda, niña, déjame quitarte ese vestido y lavarte las manos y la cara; estás llena de sangre, criatura». Mi mamá me limpiaba la nariz con su pañuelo… mamá, mamá, ¿por qué mataron al borrego?, le salía mucha sangre caliente, yo la cogí, mamá, allí en el patio… Me lavaron y pusieron otro vestido y Quintila me llevó a la feria; mi papá me dio muchos veintes, subí a los caballitos, en el blanco, fueron muchas vueltas, muchas, y me dio basca… Quintila me compró algodón rosa y nieve de vainilla, el algodón se me hizo una bola en la garganta y vomité otra vez, y otra, tenía la boca llena de pelos, de pelos tiesos de sangre, nieve con pelos, algodón con sangre… Quintila me metía el algodón en la boca… «abre la boca, hija, da unos traguitos, anda, sé buena, bebe, te hará bien». Yo no quiero ese caldo espeso, voy a vomitar, no me den ese horrible caldo, es la sangre del borrego, está tibia, espesa; mi brazo, papá, me duele mucho, un negro muy grande y gordo se ha sentado sobre mi brazo y no me deja moverlo, mi brazo, papá, dile que se vaya, me duele mucho, voy a vomitar otra vez el caldo, qué espeso y qué amargo…

Entré en una librería moderna, llena de cristales y de plantas. Los estantes llenos de libros llegaban hasta el techo. La gente salía cargada de libros y se iban muy contentos, sin pagar. El hombre que estaba en la caja suspiraba tristemente, cada vez que alguien salía, y escribía algo en un gran libro, abierto sobre el mostrador. Empecé entonces a escoger libros rápidamente, antes de que se acabaran. Me llevaría

muchos, igual que los demás. Ya había logrado reunir un gran altero, pero cuando quise cargar con ellos, me di cuenta de que no podía con tantos. Los brazos me dolían terriblemente con tanto peso y los libros se me caían sin remedio; parecía que se iban escurriendo de entre mis brazos. Decidí descartar unos, pero tampoco podía con los restantes; los brazos seguían doliendo de manera insoportable y los libros pesaban cada vez más; dejé otros, otro, otro más, hasta quedar con un libro, pero ni con uno solo podía… entonces me di cuenta de que ya no había gente allí, ni siquiera el hombre de la caja. Toda la gente se había ido y ya no quedaban libros, se los habían llevado todos. Sentí mucho miedo y fui hacia la puerta de salida. Ya no estaba. Comencé a correr de un lado a otro buscando una puerta. No había puertas. Ni una sola. Solo muros con libreros vacíos, como ataúdes verticales. Comencé a gritar y a golpear con los puños a fin de que me oyeran y me sacaran de allí, de aquel salón sin puertas, de aquella tumba; yo gritaba, gritaba desesperada… sentí entonces una presencia, oscura, informe; yo no la veía pero la sentía totalmente, estaba atrapada, sin salida, empecé a retroceder paso a paso, lentamente para no caerme, también avanzaba, lo sabía, lo sentía con todo mi ser, ya no pude dar un paso más, había topado con un librero, sudaba copiosamente, los gritos subían hasta mi garganta y allí se ahogaban en un ronquido inarticulado; ya estaba muy cerca, cada vez más cerca, y yo allí, sin poder hacer nada, ni moverme, ni gritar, de pronto…

Estaba en los andenes de una estación del ferrocarril, esperando un tren. No tenía equipaje. Llevaba en las manos una pecera con un diminuto pececito azul. El tren llegó y yo lo abordé rápidamente, temía que se fuera sin mí. Estaba lleno de gente. Recorrí varios carros tratando de encontrar un asiento. Tenía miedo de romper la pecera. Encontré lugar al lado de un hombre gordo que fumaba un puro y echaba grandes bocanadas de humo por boca, nariz y ojos. Comencé a marearme y a no ver y oler más que humo, humo espeso que se me filtraba por todos lados con un olor insoportable. Empezó a contraérseme el estómago y corrí hasta el tocador. Estaba cerrado con candado. Desesperada quise abrir una ventanilla. Las habían remachado. No pude soportar más tiempo. Vomité dentro de la pecera una basca negra y espesa. Ya no podía verse el pececito azul; presentí que había muerto. Cubrí entonces la pecera con mi pañuelo floreado. Y comencé a buscar otro sitio. En el último carro encontré uno frente a una mujer que vestía elegantemente. La mujer miraba por la ventanilla; de pronto se dio cuenta de mi presencia y se me quedó mirando fijamente. Era yo misma, elegante y vieja. Saqué un espejo de mi bolsa para comprobar mejor mi rostro. No pude verme. El espejo no reflejó mi imagen. Sentí frío y terror de no tener ya rostro. De no

ser más yo, sino aquella marchita mujer llena de joyas y de pieles. Y yo no quería ser ella. Ella era ya vieja y se iba a morir mañana, tal vez hoy mismo. Quise levantarme y huir, bajarme de aquel tren, librarme de ella. La mujer vieja me miraba fijamente y yo supe que no me dejaría huir. Entonces una mujer gorda, cargando a un niño pequeño, vino a sentarse al lado mío. La miré buscando ayuda. También era yo aquella otra. Ya no podría salir ni escapar, me habían cercado. El niño comenzó a llorar con gran desconsuelo, como si algo le doliera. La madre, yo misma, le tapaba la boca con un pañuelo morado y casi lo ahogaba. Sentí profundo dolor por el niño, ¡mi pobre niño!, y di un grito, uno solo. El pañuelo con que me tapaban la boca era enorme y me lo metían hasta la garganta, más adentro, más…

SEMBLANZA • DE MI MUERTE •

Que no muera
un día nublado y frío
de invierno
y me vaya tiritando
de frío y de miedo
ante lo desconocido,
ese mundo de sombras
sin rostro
que camina siempre
a mi lado,
o me aguarda
al doblar la esquina,
ese misterio insondable
que no logramos develar
y que angustia
y perturba la existencia.
Quiero irme
un día soleado
de una primavera reverdecida
llena de brotes y retoños
de pájaros y de flores,
a buscar
mi Jardín del Edén,

mi Paraíso Perdido

y gozar de los frutos

de la vid y de la higuera,

el perfume de los cerezos

y los naranjos en flor

y el calor del sol

que no se oculta nunca.



AMPARO DÁVILA (Pinos, Zacatecas, México, 21-2-1928 - Ciudad de México, México, 18-4-2020), fue la única sobreviviente entre sus hermanos debido a que su hermano mayor murió al nacer, el siguiente murió de meningitis y el último murió durante su infancia.

Aprendió a amar la lectura a muy temprana edad pasando el tiempo en la librería de su padre. A los siete años se traslada a San Luis Potosí para estudiar la primaria y secundaria. Su infancia fue marcada por el miedo, un tema que aparece en algún número de sus trabajos futuros como autora.

Su primer trabajo publicado fue Salmos bajo la luna en 1950, seguido por Meditaciones a la orilla del sueño y Perfil de soledades en

1954.

Era conocida por su uso de temas de locura, peligro y muerte, generalmente relacionados con una mujer como protagonista. Muchos de ellos parecen tener desórdenes mentales con tendencia a la violencia física. Muchas veces la mujer no es capaz de escapar de la locura como una forma de sobrellevar las decisiones tomadas.

También juega con la idea del tiempo como un símbolo de lo que no se puede cambiar. Los personajes femeninos de sus relatos llamaron la atención de la crítica, aun cuando varios de sus protagonistas son varones. En ambos casos, sin embargo, destaca tanto lo frustrado de las relaciones interpersonales (noviazgos que no llegan a culminar en casamiento, parejas infelices, matrimonios asfixiados por la rutina) como el deseo ardiente y no satisfecho de contar con una pareja.

Table of Contents